nowtilus
saber

BREVE HISTORIA de los...

ÍBEROS

Jesús Bermejo Tirado

2ª EDICIÓN

La apasionante y desconocida historia de uno de los pueblos más florecientes de la Iberia prerromana, clave para entender la cultura mediterránea occidental de la Antigüedad.

BREVE HISTORIA DE LOS ÍBEROS

Jesús Bermejo Tirado

nowtilus

Colección: Breve historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de los íberos
Autor: © Jesús Bermejo Tirado

Copyright de la 2ª edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las corres pondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-3543

Libro electrónico: primera edición

A mis padres,
las escasas virtudes que poseo
se las debo a ellos.

ÍNDICE

Prólogo

Introducción

CAPÍTULO 1
El problema de los orígenes

CAPÍTULO 2
El enigma de las lenguas ibéricas

CAPÍTULO 3
Los diferentes pueblos ibéricos

CAPÍTULO 4
¿Cómo veían los antiguos griegos y romanos a los íberos?

CAPÍTULO 5
Reyes, aristócratas y caballeros (¿y esclavos?)

CAPÍTULO 6
El legado monumental

CAPÍTULO 7
La guerra en el mundo ibérico

CAPÍTULO 8
La religión en el mundo ibérico

CAPÍTULO 9
El ocaso de la sociedad ibérica

CAPÍTULO 10
Curiosidades: las andanzas de la arqueología ibérica

Epílogo

Anexos documentales

Tabla cronológica (a.C.)

Bibliografía

Agradecimientos

Prólogo

Un navegante que llegase a las costas de Iberia en el siglo IV a.C. procedente de la Magna Grecia encontraría numerosos refugios, desde Ampurias hasta Cartagena, habituados al tráfico y al comercio de ida y vuelta en el Mediterráneo. En los puertos del levante de la Península, se hablaban con seguridad varias lenguas, entre ellas, el griego que a veces encontramos utilizado para transacciones comerciales, el púnico que traían los navegantes de Cartago y las lenguas indígenas que se acostumbraron a convivir y que también encontramos en los plomos ibéricos, algunos identificados como inventarios o cuentas de carácter comercial.

En los centros levantinos también sería habitual la estampa exótica de barcos extranjeros, de vestimentas, de modas y de multitud de elementos diferenciadores de las culturas mediterráneas. Pero también serían habituales los ras gos propios y diferenciadores de los pueblos indígenas que se acostumbraron desde muy antiguo a ese contacto comercial y marítimo.

Es por esta vía de la comunicación por mar como debemos explicar gran parte de los rasgos que diferencian lo que genéricamente llamamos mundo ibérico. El Valle del Ebro se convierte en un territorio estrechamente en contacto con los pueblos del exterior y las influencias arribadas a la costa. Lo mismo ocurre con otros ríos por los que remontan las influencias externas, como son el Júcar, el Turia y el Segura. Quizá cada uno de los territorios que forman la cuenca de los ríos y los tramos de costa que los separan adquieren rasgos y personalidad. La arqueología, cuando los estudia, revela una amplia gama de matices pero un cierto denominador común en el que, en los siglos inmediatamente anteriores al cambio de era se percibe un cierto predominio de la influencia helenizante que se había extendido por prácticamente todo el Mediterráneo desde la muerte de Alejandro.

Arribando al muelle de Cartagena y adentrándose al interior por el *Campus Espartarius* y las zonas montañosas que lindan con la Alta Andalucía, se encontró el camino terrestre para descender, Guadalquivir abajo, hacia otro gran valle fluvial ocupado desde fechas igualmente antiguas y donde las fuentes situaban un país de riquezas agrícolas, ganaderas y metalúrgicas. El valle del Guadalquivir es la arteria principal de la Turdetania y en su desembocadura varias ciudades, situadas en lugares abrigados para ser vir de refugio a los navegantes, llegaron a alcan zar una gran prosperidad.

El puerto más cosmopolita del Atlántico fue, durante estos siglos inmediatamente anteriores al cambio de era, la fenicia Gades. Desde allí se navegó por la costa norteafricana y por la costa occidental atlántica de la Península, hasta las fuentes del estaño. Llegar a Gades por tierra era tomar contacto con el gran puerto del Océano. La ruta terrestre que recorría todo levante y penetraba por el Guadalquivir hasta su desembocadura fue conocida en la antigüedad y estuvo rodeada por la aureola del mito y la leyenda, al situarse en ella el camino recorrido por Hércules para ir a Tartessos con el fin de robarle su codiciada manada de bueyes al rey Gerión.

También al Océano se podía llegar, y de hecho se había llegado igual que a la costa levantina, por vía marítima. La difícil y arriesgada travesía del Estrecho se veía recompensada con la acogida de establecimientos como el situado en el Castillo de Doña Blanca, Asta Regia, Cau ra, algo más arriba o navegando un día más ha cia occidente el emplazamiento de Onuba, en la confluencia de los ríos Odiel y Tinto, en cualquie ra de estos puertos los navegantes orien tales podían intercambiar sus

productos, sobretodo por metales.

Los dos mundos descritos tienen unos rasgos diferenciadores que en gran medida son la consecuencia de sus propias raíces culturales y los estímulos externos que llegaron procedentes del Mediterráneo griego y del Mediterráneo púnico, hoy distinguimos los pueblos ibéricos del levante con sus ritos, sus ciudades y sus manifestaciones religiosas de los de la Turdetania, más apegada a las tradiciones de la época orientalizante, que a veces nos da la impresión de que perdura hasta fechas muy avanzadas.

Iberia era ese mundo que se había acostumbrado y había recibido influencias múltiples de sus relaciones con los pueblos mediterráneos, pero la península ibérica que nosotros concebimos hoy albergaba otros pueblos cuyos rasgos culturales estaban más cerca de las tradiciones europeas y atlánticas de la edad del hierro, el contacto con ellos fue menor y las consecuencias, una clara diferenciación entre levante y occidente en las culturas de la península. Tan solo cuando, dos siglos después de haber pisado los romanos el suelo hispano, Augusto decide ocupar la totalidad del territorio peninsular, se inicia una política que va a llevar en cierto modo a la unificación cultural, aunque el proceso durará también algunos siglos.

Es difícil centrar, por tanto, lo que se puede definir como mundo ibérico, pero intentando ser rigurosos habría que referirse en un primer término a los pueblos de la costa y valles del levante y de una manera secundaria al territorio también difícilmente definible en términos geográficos de lo que se llamó la Turdetania. Por ello este libro tiene el valor de dar al lector que quiera iniciarse en los pueblos indígenas una visión en la que se abordan de manera muy amplia casi todos los puntos de vista con que ha sido tratado el tema hasta ahora.

En los últimos años ha habido distintas corrientes a la hora de estudiar, con documentación arqueológica, un pasado que en este caso se remonta a casi veinticinco siglos, por una parte las fuentes antiguas nos hablan de pueblos a los que ponen nombres y de los que nos describen elementos diferenciadores de índole diversa. Por otro lado la arqueología ve esas diferencias en la cultura material, es decir, diferencia rasgos culturales. Esto ha dado lugar a que a veces las escuelas se hayan enfrentado incluso con el com ponente añadido de los planteamientos ideológicos que condicionan las explicaciones históricas. El autor no ha eludido abordar estas cuestiones y quizá por su juventud y por lo que con seguridad continuará desarrollando en otras obras en el futuro, debamos ver en este libro el anuncio de una nueva forma de enfocar la arqueología de los pueblos ibéricos. Sin duda ha tocado temas polémicos y en ocasiones ha dado su propio punto de vista, pero no ha ocultado advertir al lector cuando se encuentra ante un tema que aún hoy es objeto de debate.

La arqueología ibérica, en el estado en el que hoy la entendemos, es en gran medida una aportación al conocimiento de la antigüedad hecho casi en exclusiva en el siglo XX. Se puede decir que la primera gran figura que sistematiza lo que hasta entonces podía decirse fue Bosch Gimpera. Pero a lo largo del siglo se han ido haciendo descubrimientos y aportaciones realmente espectaculares. Desde la Dama de Elche, cuyo hallazgo fue muy en las postrimerías del XIX, hasta el descubrimiento de los espectaculares grupos escultóricos de Porcuna, hay un largo recorrido en el que se han ido incorporando piezas esenciales para el entendimiento del mundo ibérico y del mundo turdetano. Es presumible que a lo largo del siglo XXI la arqueología haga nuevas y espectaculares aportaciones. Es también presumible que la investigación arqueológica lea cada vez con mayor precisión los documentos arqueológicos que hoy tenemos a mano y los que se tendrán en el futuro. El inicio de este nuevo recorrido le corresponde a las jóvenes generaciones, excelentemente formadas, que están comenzando ahora a replantearse con nuevos estudios lo que hasta ahora se había dicho del mundo ibérico. Uno de estos investigadores es Jesús Bermejo Tirado, que desde hace años viene

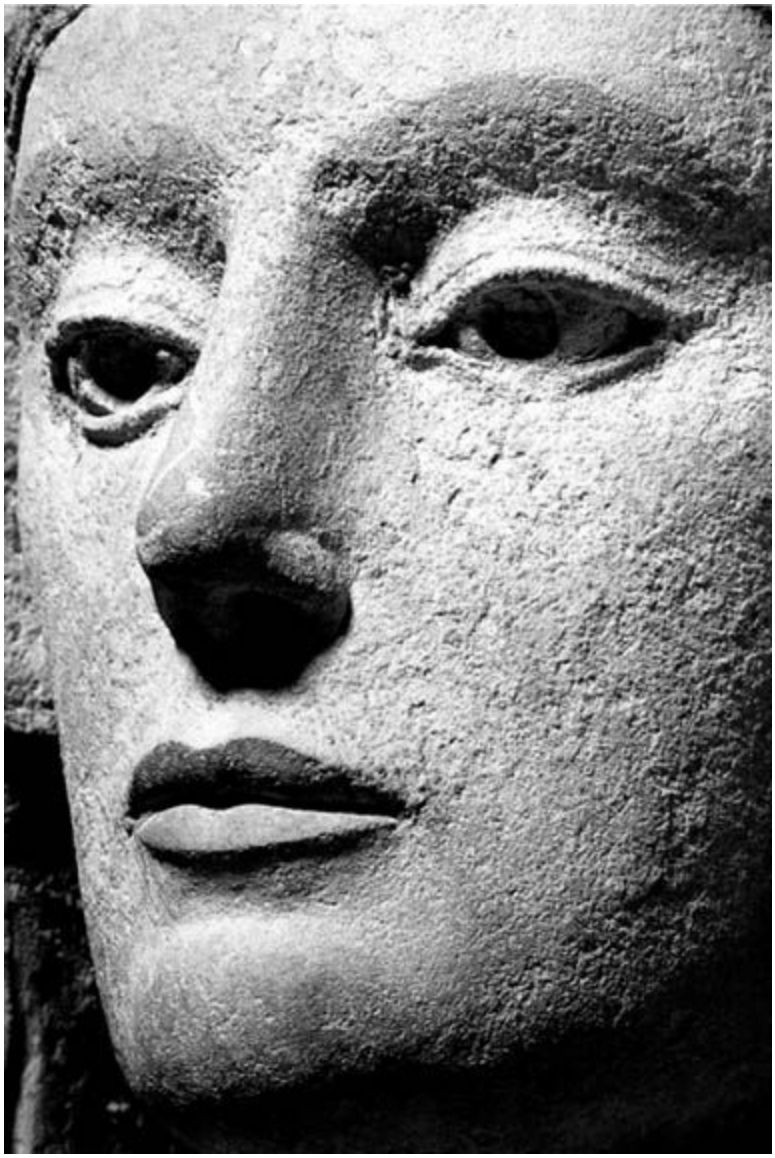
observando con gran agudeza y profusión de datos los numerosos elementos de raíz mediterránea que pueden identificarse en el mundo cultural ibérico. El tema fue tratado desde esta óptica por otros autores, pero la novedad de este libro es la síntesis que hace de los últimos descubrimientos y los debates históricos a que nos han llevado. Su lectura es fácil y está pensado, sin prescindir del rigor metodológico de un arqueólogo minucioso, para hacer comprensible a un lector culto el estado en el que se encuentra hoy el conocimiento de un aspecto considerado esencial en nuestro pasado histórico.

José María Luzón Nogué
Catedrático de Arqueología de la
Universidad Complutense
Real Academia de Bellas Artes de San Fernando
9 de Enero de 2007

Introducción

En los primeros párrafos de su obra sobre el arte ibérico[1], el arqueólogo catalán Miquel Tarradell indicaba que la cultura ibérica, una de las sociedades con más personalidad del Mediterráneo occidental de nuestra antigüedad, era una completa desconocida, salvo en una serie de fórmulas escolares, para la mayoría de los españoles, incluso para los que poseían una amplia formación intelectual. Hoy, cuando han transcurrido más de treinta años desde que la obra saliera a la luz, los notables avances acontecidos en el conocimiento de esta etapa de nuestro pasado prerromano no se han traducido en un avance tan significativo en cuanto a su difusión a un sector amplio de la sociedad. Lamentablemente, y aunque caigamos en un cierto pesimismo, la situación ha cambiado muy poco con respecto a lo descrito por el Dr. Tarradell, el español (o por extensión el iberoamericano) medio tiene una vaga noción del iberismo, y cuando la tiene está teñida de ciertas imágenes cargadas de connotaciones o tópicos, como la Dama de Elche, Picasso o la tauromaquia.

Esta obra va dirigida a cubrir algunos de estos huecos del imaginario culto que tenemos en común aquellos que compartimos un tronco cultural, el latinoamericano, y a aquellos que, asomándose desde fuera de él, tengan curiosidad por conocer nuestra prehistoria reciente. El conocimiento del mundo ibérico servirá sin duda para el enriquecimiento mutuo y para la valoración de los yacimientos arqueológicos, sobre todo en un momento en el que cada día sufren el expolio continuo debido a gentes ajenas a la verdadera sensibilidad cultural que pertenecen a todos los ámbitos de nuestra sociedad. El único antídoto que existe contra la amenaza constante de nuestro patrimonio cultural es el conocimien to, la educación, la creación de una con ciencia personal generalizada sobre la necesidad de estudiar y conservar el pasado arqueológico. Porque el patrimonio histórico, incluido el arqueológico, es un bien público, es decir, nos pertenece a todos por igual y todos tenemos la misma obligación de protegerlo y el mismo derecho a disfrutarlo, la mejor manera de valorarlo es conociéndolo. Por mucho que nos empeñemos en la adecuada gestión de la ar queología en su vertiente administrativa, ten dencia que en la actualidad se extiende de manera preocupante por ámbitos que hace tan so lo algunos años parecían innegociables, el fo mento de su estudio es la mejor manera de pro tección de un bien cultural.



Detalle del rostro de la Dama de Elche. Se puede apreciar la maestría del trabajo del escultor. Museo Arqueológico Nacional.

Para conseguir este fin, el alejamiento, patente y constante, entre la disciplina arqueológica y el gran público deberá ser salvado de forma que se pueda integrar nuestra actividad en el ámbito social y educativo de la vida cotidiana de la ciudadanía actual. En un tiempo como el que vivimos, marcado irremisiblemente por los avances sociales y tecnológicos, estamos sin embargo en un estado embrionario en cuanto al desarrollo de instrumentos adecuados que per mitan a aquellos que se encuentran fuera de una minoría selecta, el uso y disfrute del patrimonio arqueológico de aquellos que no quieran, o que no puedan, dedicarse de manera profesional a la investigación y conservación del mismo. En este sentido, el ejemplo de aquellos arqueólogos, mal llamados aficionados, que se sumergen de manera académicamente intachable en el estudio de las culturas de nuestra antigüedad debe servir de estímulo a aquellos que "solo" nos dedicamos a la arqueología de manera profesional. En realidad esta forma de pensamiento arqueológico no hace sino recoger una línea de trabajo iniciada en España durante los inicios del siglo XX por una generación de eruditos y arqueólogos vinculados a la Institución Libre de Enseñanza a los que queremos recordar con nuestras palabras.

Quien espere de este libro un relato novelado de la historia de estas gentes —convertido en una sucesión de batallas y personajes hasta la conclusión de un proceso perfectamente acotado en el tiempo— va a encontrar algo diferente. Esta visión del pasado, entendiendo por ello una simple sucesión de acontecimientos, no tiene mucho que ver con el quehacer cotidiano de los arqueólogos.

El lector debe hacer el esfuerzo de tener paciencia pues la intención del autor no es otra que la de ofrecer una visión lo más completa y amena posible de las antiguas comunidades ibéricas en diversos aspectos. La cla ridad y el deleite han sido nuestras guías a la ho ra de componer este trabajo, espero que el lector disfrute al leerlo tanto como hemos disfrutado al escribirlo.

Siguiendo estos principios, vamos a prescindir de complejas tipologías, contextos estratigráficos y demás abigarradas referencias científicas, tediosas pero imprescindibles para la práctica de la investigación arqueológica, para quedarnos con lo más interesante: los elementos culturales interpretados de una manera divulgativa con el objeto de hacer más atractivo nuestro discurso. El avezado lector deberá estar asimismo tranquilo ya que esto no va a significar en ningún caso la invención de hechos, lugares o materiales que se sustentarán desde una amplia batería de recursos documentales. La bibliografía que adjuntamos al final de la obra será excelente garantía de algunos de los términos a los que haremos referencia.

El texto se encuentra estructurado en torno a diversos aspectos generales de la sociedad que vamos a estudiar, también hablaremos de aquellos aspectos en los que tradicionalmente se articula el trabajo del arqueólogo, intentando que, por medio de una mezcla de precisión y pedagogía, los elementos con los que los arqueólogos estamos familiarizados sean explicados desde el punto de vista de los que no tienen esa familiaridad. Si conseguimos o no ese objetivo es algo que debe ser juzgado por cada uno de los lectores. El autor, por su parte, solo pretendía introducir a aquellos que se acerquen al libro en el estudio de la arqueología ibérica para intentar sacar este maravilloso mundo del destierro en lo exclusivamente académico a que esta condenado desde hace décadas.

Las referencias geográficas serán una constante a lo largo del texto. Lamentablemente la lógica del espacio nos ha impedido dar una información mucho más precisa sobre su ubicación, pues en caso contrario nos extenderíamos en exceso. Esto no debe ser impedimento para que aquellos que quieran visitar en vivo estos sitios, museos y yacimientos, puedan rememorar o ampliar lo aprendido de esas comunidades. Ese ha sido el criterio desde el que hemos incluido la mayoría de referencias geográficas, el ofrecer un grupo de lugares al que poder acercarse a hacer una visita. Muchos de ellos, por su vinculación mediterránea, se encuentran cerca de puntos especialmente frecuentados durante los periodos de vacaciones. Su desconocimiento provoca en muchos casos la escasa afluencia de visitantes que padecen la mayoría de los yacimientos españoles. Un mayor número de visitas supondría un refuerzo en la obligación de conservar e investigar nuestro patrimonio arqueológico. Hasta que este deseo se cumpla, el visitante de lugares arqueológicos se enfrentará al abandono casi generalizado de una multitud de yacimientos muy interesantes. Tenemos conciencia personal de las dificultades con las que habitualmente tropiezan aquellos que quieren disfrutar de estos lugares. Debemos por tanto advertir al turista arqueológico que es necesaria una buena dosis de paciencia para la realización de esta actividad. Pero, en cierto modo, este tipo de penurias dotan al aficionado a la arqueología prehistórica y clásica de una cierta pátina de romanticismo.

La historia de los estudios ibéricos está salpicada por la ideología política de muchos de los que han sido sus protagonistas. La evolución del pensamiento político en nuestra historia contemporánea, y el triunfo de determinadas concepciones sobre otras, ha provocado que el mundo ibérico haya sido utilizado como paradigma de la unidad y el sentimiento nacionalista hispano, durante los años del régimen franquista, o como referente de una identidad autonómica, a partir de la llegada de la democracia en España. Pese a que pueda parecer lo contrario, los arqueólogos nunca hemos sido asépticos políticamente hablando, reflexionar sobre unas posturas y otras es un ejercicio muy saludable intelectualmente hablando. Este debate, que todavía sigue muy vivo, exige un tratamiento mucho más amplio del que podríamos haberle proporcionado en estas páginas que siguen a

continuación, tal vez próximos trabajos sirvan de soporte para nuestras consideraciones sobre las conexiones de la arqueología y la política. Quizá el periódico retorno a este tipo de cuestiones sea la única manera de mantener una actitud crítica frente a la instrumentalización de la arqueología ibérica con fines políticos e ideológicos.

Somos conscientes de que el esfuerzo de síntesis que nos exige una obra de estas características ha provocado que sean muchos los elementos que queden en el tintero, sin embargo, en algunas ocasiones merece la pena dar primacía a la visión de conjunto sobre los aspectos específicos. La bibliografía sobre esta materia adolece de tener muy pocos libros que aborden el tema de manera general aunque, cuando lo han hecho, en algunos casos se han convertido en auténticos clásicos de la literatura arqueológica española. Estas carencias seguramente son debidas a la rapidez con que se contrastan y desechan numerosas hipótesis sobre nuestra prehistoria reciente. En la actualidad, tan solo con la revisión continuada de las sucesivas monográficas y revistas científicas podremos obtener una visión aproximada de lo que ocurre en la investigación arqueológica contemporánea. El volumen de publicaciones y de estudios ha crecido tanto en los últimos años que solo es posible estar realmente al día en determinadas áreas específicas. Este libro no pretende un objetivo tan ambicioso, solo intenta ofrecer un cuadro general de un fenómeno de vital importancia para la comprensión del devenir histórico de la península ibérica. Estos *Príncipes de Occidente*, según reza el título de la reciente exposición de 1998 con sede en Barcelona, París y Bonn, crearon un arte, una sociedad. En definitiva, una cultura que debe ser definida y estudiada de manera adecuada para poder aproximarnos de una manera más profunda a nuestro patrimonio histórico común.

---

[1] Publicado en la década de los años setenta.

1

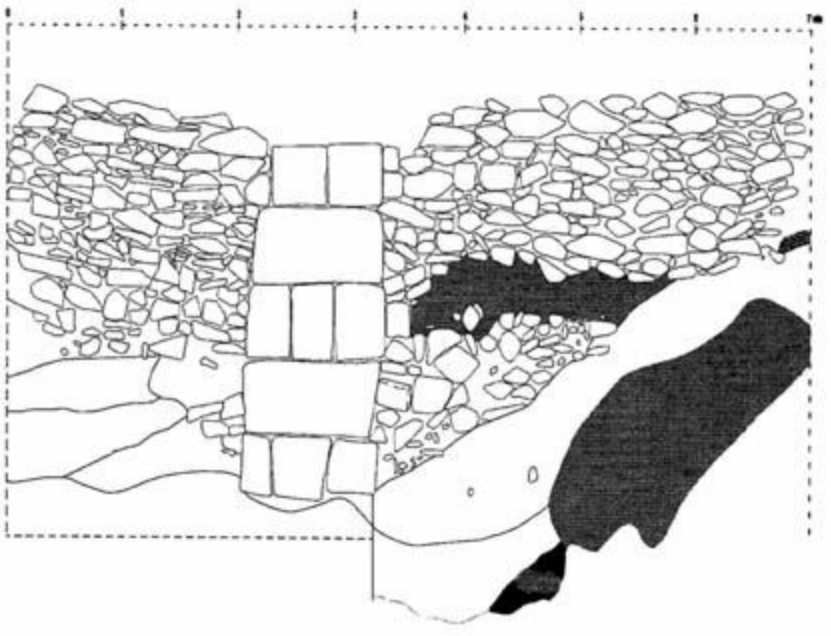
El problema de los orígenes

Son muchos los estudiosos que han intentado establecer una explicación que pue da ser adecuada a la hora de establecer el origen de una de las culturas con más personalidad en el antiguo occidente mediterráneo. El problema de su origen se ha tropezado con una serie de problemas arqueológicos que han supuesto que las interpretaciones hasta ahora propuestas resulten poco fiables. El principal de estos problemas es el desconocimiento absoluto de la lengua (o las lenguas) ibéricas. Su hipotética alineación con grandes troncos lingüísticos, de manera similar al indoeuropeo o las lenguas bereberes de origen norteafricano, se ha utilizado para buscar una posible vinculación a orígenes de diversas zonas geográficas, sobre todo desde puntos de vista historicistas tradicionales, muy utilizados en la Europa del XIX y que tendían a buscar la explicación de los cambios en invasiones y conquistas de tipo militar.

Hoy descartamos una explicación de este tipo para buscar los orígenes del iberismo en nuestro territorio. Es por lo tanto la arqueología, es decir el estudio de los objetos depositados en el terreno, nuestra única guía para la búsqueda de una explicación satisfactoria. Descartado un origen norteafricano por la mayoría de los expertos actuales, hoy se tiende a poner el acento en la propia evolución interna de las poblaciones peninsulares influidas por aportes provenientes de gentes venidas de Grecia y Fenicia, o dicho de una manera más genérica, de otros lugares del Mediterráneo, por lo menos desde el siglo VIII a.C., por muy diversas razones.

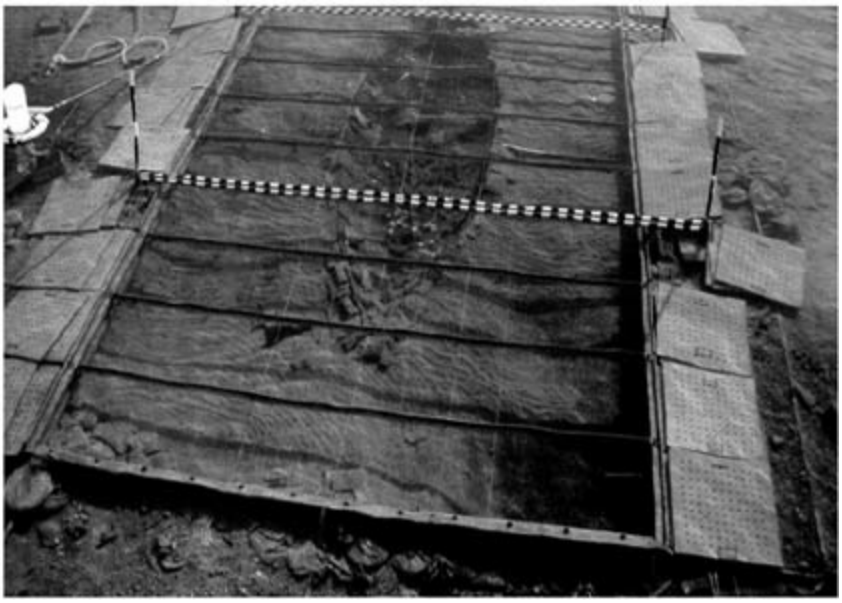
Estos dos puntos de vista, interno y externo, deben ser tenidos en cuenta para comprender de manera más idónea el surgimiento de esta cultura. Esta propuesta para encontrar el origen de lo ibérico nos obliga a buscar un precedente en lo que los investigadores y las fuentes escritas han llamado Tartessos. La mítica ciu dad, mencionada en numerosos textos, tanto clásicos como de origen oriental como la propia Biblia (en la que se mencionan las naves de Tarsis), ha sido uno de los temas más tratados por la arqueología española de los últimos cien años. Tras sus huellas han ido generación tras generación de arqueólogos españoles, franceses y alemanes intentando descubrir los restos de la supuesta capital del reino donde gobernaba el legendario Argantonios, el longevo rey que acogió a Colaios de Samos, un navegante griego que fue arrastrado, según cuenta Heródoto, hasta las costas andaluzas por una tormenta. La mítica Tartessos, entendida como una ciudad, fue el blanco de numerosas rebuscas de arqueólogos que, con escasa fortuna y con los textos antiguos en la mano, intentaron sin éxito su localización en lugares tan dispares como la costa de Málaga, Cádiz, el Coto de Doñana o la ciudad de Huelva. Muchos de estos arqueólogos e historiadores elaboraron un origen helenizante para Tartessos intentando buscar las huellas de las antiguas navegaciones que, desde el Bronce Final, llevarían a los sucesores de los antiguos aqueos a arribar las costas de Iberia formando el germen de lo que se pasaría a denominar cultura Tartésica. Estos arqueólogos, algunos de los cuales se encontraban muy influidos por la ideología del momento, muy extendida por Europa a partir de los años veinte, negaron sistemáticamente cualquier tipo de influencia fenicia en la

colonización antigua de la península ibérica. Paradójicamente, algunos de los seguidores de esta tendencia, en su carrera por convertirse en los descubridores de la capital de este reino, fueron descubriendo los restos de una profunda y amplia presencia fenicia en nuestras costas y por lo tanto han sido los causantes de la verdadera conciencia de la influencia oriental en lo que pudo ser Tartessos y en el origen del mundo ibérico. Poco a poco se fueron descubriendo los restos de una serie de asentamientos fenicios, más o menos vinculados al centro redistribuidor de Gadir (la actual Cádiz), que prueban el trasvase de gentes, y sobre todo de ideas, desde las ciudades de la costa fenicia, en especial de Tiro.



Reconstrucción de un lienzo de la antigua muralla orientalizante del Cabezo de San Pedro (Huelva), según García Sanz y Fernández Jurado (2001).

Estos descubrimientos fueron probando la existencia de un comercio continuado entre gentes venidas del Oriente mediterráneo y los indígenas, lo que solo es explicable mediante el desarrollo, por parte de los antiguos navegantes fenicios, de técnicas de navegación astronómicas, desarrolladas por los caravaneros de las rutas de comercio de los desiertos de Siria y Arabia, y de la ingeniería naval, fabricando naves tan efectivas como los famosos *hippoi* (caballos en griego, en referencia a los motivos con que estos hombres del mar decoraban las proas de sus naves) o los *gôlah* (voz semita similar al griego *gaulos*, que significa bañera).



Reproducción de una vista del proceso de excavación del pecio de Mazarrón (Murcia), tomado de un cartel del Museo Nacional de Arqueología Submarina de Cartagena, Ministerio de Cultura.

Poco a poco el desarrollo de las tecnologías náuticas fue permitiendo la llegada cada vez más frecuente de gentes venidas del Oriente mediterráneo entre los siglos VIII-VI a.C. Esta época en la que se produce un aumento de los materiales e influencias culturales de origen oriental en todo el Mediterráneo, incluyendo a Grecia, la Italia lacial, Etruria y por supuesto la península ibérica, se conoce por los arqueólogos con el nombre de orientalizante y supone un auténtico movimiento cultural en todo el Mediterráneo antiguo. Poco después, los navegantes griegos también iniciaron un periodo de contactos con las poblaciones autóctonas del Mediterráneo occidental, en el que destacaron los habitantes de Focea, ciudad griega de la antigua Asia Menor, región que actualmente se puede asimilar a la costa de la actual Turquía. Según el historiador griego Heródoto, los foceos entraron en contacto con el rey local Argantonios quien les entregó plata suficiente como para financiar la defensa de su ciudad frente al gran enemigo persa que acechaba a sus puertas. Los foceos fundaron la colonia de Massalia, actual Marsella en la ribera mediterránea francesa, que sirvió de punto de partida para el establecimiento de las dos únicas fundaciones de origen griego que la arqueología ha logrado documentar en territorio español, Emporion y Rhode (actuales Ampurias y Rosas, en la provincia de Gerona). Pero pese a que, de mo mento, la presencia griega en asentamientos parece circunscribirse a una serie de áreas muy concretas, su influencia fue mucho mayor, a juzgar por la gran cantidad de objetos de procedencia helénica que se encuentran en nuestro litoral. Los hallazgos de buques hundidos, como el del puerto de Pollença (Mallorca), fechado en el siglo VI a.C., o los de armas, como el casco corintio de la Ría de Huelva o el de Jerez de la Frontera, nos señalan un ambiente de navegantes-guerreros que se aventuraban por nuestros ríos en busca de nuevos mercados para comerciar exponiéndose a la posible hostilidad de los nativos. Se trata de una época de descubrimientos y exploraciones que podría asemejarse a una especie de *Far West,* lejano oeste ibérico, una época de riesgo en la que aventureros, mercenarios y comerciantes convivirían en nuestro territorio en busca de las inmemoriales riquezas de Tartessos.

Casco corintio de la Ría de Huelva (S. VI a.C.). Los griegos que venían a comerciar a Iberia estaban bien armados.

Hoy, cuando ya casi no tenemos la esperanza de encontrar la mítica ciudad, llamamos tartésico a lo que produjeron los nativos peninsulares de los valles del Guadiana y del Guadalquivir durante la época orientalizante, una sociedad muy relacionada con los colonos y comerciantes fenicios que buscaron fundamentalmente un aprovechamiento minero de algunas de las zonas más ricas de las serranías de las cordilleras ibéricas. También es cierto que muchos de ellos se asentaron en pequeños establecimientos de la costa dedicándose principalmente a la pesca y al aprovechamiento agrícola de las fértiles tierras del sur de Andalucía. El contacto entre las elites autóctonas y estos navegantes y colonos del oriente mediterráneo provocó que llegasen a nuestras costas una serie de rasgos culturales y procesos tecnológicos que posibilitaron la introducción de la península ibérica en las corrientes económicas del Mediterráneo antiguo. Entre esos aportes destacan algunos como la cerámica a torno, la extracción y tratamiento del metal por medio de técnicas mineras y metalúrgicas avanzadas, novedades arquitectónicas como las casas de planta rectangular, así como ciertos tipos de paramentos propios del ámbito oriental, por poner solo algunos ejemplos. Pero, por encima de todos ellos, uno de los principales avances lo encontramos en la introducción de la escritura, lo que abrió nuevos horizontes en los procesos de transmisión de la información. Aunque, de momento, no sepamos la profundidad con que se introdujo la escritura en los ambientes indígenas, el mero hecho de su introducción en fechas que podrían remontarse al siglo VII o VI a.C. nos indica que los primeros alfabetos peninsulares podrían haber sido elaborados al mismo tiempo o incluso antes que el alfabeto griego arcaico. Pero, además de adelantos tecnológicos, también se introdujo una serie de elementos culturales y artísticos que, por supuesto, han tenido su reflejo en el registro arqueológico. La penetración cultural en algunos casos llegó a ser tan profunda que alteró patrones de

comportamiento tan arraigados en las sociedades como los rituales funerarios o los elementos de la religión.

Cerámica fenicia de engobe rojo del tipo boca de seta. Estas importaciones son una muestra de los productos fenicios que llegaban a las costas ibéricas desde el siglo VII a.C.

Ese horizonte de hibridación entre ambos mundos, el de los colonizadores y el de las elites autóctonas, no debe entenderse como un fenómeno de conquista militar como el que se produjo durante la Edad Moderna en la América colonial, más bien se trata del estrechamiento de una serie de conexiones en el que los intereses fenicios y griegos podían cubrirse desde una serie de centros establecidos o desde una delegación estable en los propios asentamientos indígenas. No es muy difícil imaginar cómo determinados individuos de la elite autóctona aprovecharon su relación con los navegantes del lejano oriente para dotarse de un manto de prestigio con el que legitimar la preeminencia sobre otros asentamientos, asimismo estos régulos incipientes se beneficiaban de algunos progresos tecnológicos y artísticos que los griegos y fenicios podían proporcionarles, como adelantos arquitectónicos en las fortificaciones de sus asentamientos o nuevas formas de expresión plástica como la gran escultura en piedra, que será introducida y reelaborada por los artesanos ibéricos, de manera que adapten esquemas ideológicos grecofenicios a la idiosincrasia propia de los príncipes ibéricos. Por el contrario, los contratistas (por utilizar una terminología más cercana a nuestra época) griegos y fenicios se aprovechaban del comercio de las materias primas que abundaban en nuestra península, principalmente metales y productos agropecuarios, y se aseguraban su introducción en los mercados interiores de Iberia.

Pronto ese tráfico empezó a producir auténticas redes incipientes de comercio, lo que provocó la creación de vías de comunicación entre las diversas regiones de la península ibérica. Estas redes de comunicación se establecieron en torno a la Vía de Herakles, la gran vía de comunicación de la Iberia prerromana que penetraba desde el sur de Francia y conectaba, siempre discurriendo en paralelo a la costa, todas las poblaciones del mundo ibérico hasta la zona de Gadir (Cádiz), donde

estaba el gran puerto del Océano. Esta era, junto a la navegación por el Mediterráneo, la única gran vía de comunicación que existió en territorio indígena hasta la época romana, pero ello no significa que no existiesen otras rutas de comunicación hacia el interior de la península, principalmente los cursos de los ríos y valles que penetran desde la costa levantina hacia áreas del interior. En el caso de algunos ríos podemos afirmar que eran navegables hasta zonas más interiores de lo que lo son en la actualidad, de lo que tenemos un excelente ejemplo en el caso del Guadalquivir. Los estudios sobre el paisaje en la antigüedad nos indican que este río fue navegable por embarcaciones mercantes hasta la zona de la antigua *Corduba* (Córdoba), y la actual ciudad de Sevilla estaría situada en línea de costa por la existencia de un estuario que los romanos denominaron *Lacus Ligustinus*. Los pasos montañosos, pequeños valles y corredores naturales se convirtieron en un auténtico acicate para la creación de pequeños puestos que controlasen estratégicamente esas vías por las que discurrían los productos iniciando una época de dominación territorial entre las surgentes elites.

Hasta ahora hemos hablado mucho de las gentes venidas del otro lado del Mediterráneo pero, ¿con quiénes se encontraron estos aventureros, comerciantes, guerreros, mercenarios y navegantes al llegar a la península? ¿Con qué gentes tuvieron que comunicarse, intercambiar productos, luchar o convivir? Durante la Edad de Bronce habían surgido una serie de focos que se expandieron por determinadas áreas a juzgar por los restos arqueológicos que se pueden encontrar en todo nuestro territorio. La investigación actual no se pone de acuerdo en realizar una concreta caracterización arqueológica de estos focos culturales y, de momento, solo se pueden adscribir a un territorio de manera muy imprecisa. Lo que sí sabemos es que en la vertiente mediterránea de Iberia, que coincide a grandes rasgos con el área de desarrollo de lo ibérico, empiezan a producirse una serie de cambios iniciándose un proceso que terminará por dar paso al surgimiento de una nueva época: la Edad de Hierro. Esta época de cambios se ha querido denominar de muchas maneras pero la mayoría de expertos coincide en referirse a ella como Bronce Final. Durante este periodo, que se puede situar entre los siglos XI y VIII a.C., y durante el posterior orientalizante, las sociedades autóctonas de esta vertiente peninsular comienzan un proceso de cambio que terminará por iniciar el desarrollo de la sociedad ibérica. Hemos hecho referencia a Tartessos como un fenómeno de aculturación de unas elites autóctonas, es decir, como un fenómeno que afectó a un segmento muy reducido de la población. Este proceso al que nos referimos ahora debería ser entendido como más amplio y profundo y afectó a la totalidad de los naturales del área ibérica y posteriormente del interior de la península.

Arqueológicamente, estos cambios se detectan a través, por ejemplo, de las variaciones en el patrón de habitación. Los núcleos de habitación se reorganizan y tienden a dotarse de una serie de medidas de defensa arquitectónica de manera elaborada. Los taludes y acumulaciones de rocas se sustituyen por incipientes muros de mampuestos y en algunos lugares, como en Puente Tablas (Jaén), acabarán por surgir auténticos bastiones defensivos, lo que supone una innovación técnica notable en la defensa de los centros. Además, algunas de estas construcciones defensivas están realizadas con paramentos de gran tamaño y peso que los antiguos denominaban «ciclópeos» en la creencia de que solo estos seres fantásticos poseían la suficiente fuerza como para amontonar semejantes rocas. Esos mismos asentamientos comienzan a planificarse, con lo que tenemos indicios del surgimiento de un incipiente urbanismo. En el poblado de El Oral (Alicante), aunque ya en pleno proceso de formación de lo ibérico, tenemos documentada la utilización de estructuras que sirven como soporte a más de un edificio, lo que prueba la planificación, cuando menos inmediata, de las formas más óptimas de construcción.

Estos cambios arquitectónicos darán lugar a un tipo de asentamiento muy extendido dentro del mundo ibérico. Se trata de poblados en alto, aprovechando las ventajas estratégicas de las defensas naturales y de la visibilidad que la altura proporciona, dotadas del entramado defensivo que comentábamos más arriba. Su aspecto imponente todavía puede apreciarse en las campiñas de Córdoba, Jaén o en el paisaje de Alicante. En algunos casos llegaron a convertirse en auténticas ciudadelas fortificadas a las que los exploradores romanos se referían con la palabra *oppidum* o *castellum.*

Pero para realizar todas esas grandes obras era preciso tener una autoridad que ordenara y coordinara el esfuerzo de los grupos de personas que eran necesarias para extraer y montar todos esos grandes bloques de piedra. La «arqueología de la muerte», de las necrópolis[2], nos ha permitido en muchos casos conocer mejor cómo se fue produciendo ese fenómeno de evolución y jerarquización de la sociedad. Si durante la Edad de Bronce las diferencias en los enterramientos se deben en su mayoría a criterios de edad, sexo y familia, durante el Bronce Final asistimos a diferenciaciones de enterramientos sobre la base de criterios no biológicos (niño-adulto; hombremujer; familiar-no familiar). A partir de ahora, los ajuares y el ritual de enterramiento empiezan a poder interpretarse desde un punto de vista social donde el militar, el guerrero, en definitiva, el aristócrata comienza a diferenciarse de otros enterramientos más modestos y sobre todo sin una panoplia de armas que acompañe al difunto. El hallazgo, aunque en fechas posteriores, de restos de carros de caballos en enterramientos como Toya (Jaén) puede ser interpretado más que como una arma de utilización exclusiva en el campo de batalla como un signo de distinción social de su poseedor. Las necesidades de objetos exóticos y costosos que confirmen su nivel social, como la cerámica griega o la importación de elementos artísticos que utilizar en sus monumentos funerarios, fueron una de las principales razones de ser del desarrollo de un contacto continuado con los elementos fenicios y griegos que comentábamos más arriba.

La agrupación de esas aristocracias en algunas poblaciones dará lugar al surgimiento de auténticos centros primarios en torno a los que se establecerá un dominio de tipo territorial. Este interés estratégico por el dominio del territorio se puede apreciar arqueológicamente a través de yacimientos de claro carácter secundario que se dispersaban por el territorio como medio de asegurar un control militar sobre de terminadas áreas que implicaban vías de comunicación, como los valles de ríos o los pasos para penetrar en la meseta, o bien para integrar el mayor número posible de explotaciones agropecuarias dentro del dominio del príncipe de turno. Un ejemplo muy claro de este tipo de estrategias lo encontramos en la pro vincia de Valencia, en un gran *oppidum* ibérico asentado sobre el Tossal de Sant Miquel de Llíria. Este establecimiento, famoso por su cerámica con decoraciones figuradas, cuenta con una gran densidad de construcciones siendo el centro principal de una región, la antigua Edetania, que incluye, a grandes rasgos, el centro y el norte de la provincia valenciana y parte del territorio castellonense. En torno a este núcleo principal poco a poco fueron surgiendo una serie de centros de carácter dependiente que se explican como consecuencia de la dominación territorial de los antepasados de los régulos ibéricos. Lugares como el Puntal dels Llops o el Castellet de Bernabé se explican como consecuencia de políticas similares. La descripción del Puntal es la de un pequeño hábitat, de no más de veinte casas, sobre una elevación del terreno que domina estratégicamente un paso contiguo. Do ta do de una muralla defensiva e incluso de un pe queño bastión que protegía la zona más vul nerable del recinto, la entrada, debemos imaginarnos un centro mantenido como medio efectivo de extensión territorial de las elites ins taladas en el Tossal de Sant Miquel.

El alto valor estratégico de algunos de estos entramados de establecimientos en torno a centros

secundarios también puede medirse sobre la base de un criterio geográfico de fácil comprobación, la visibilidad. Estudios arqueológicos recientes han demostrado que existía una relación de visibilidad entre distintos establecimientos ibéricos de una zona de manera que se podía conseguir una comunicación secuencial en todas las áreas de una región como forma de comunicación ante cualquier contingencia de tipo bélico. La implantación territorial de los señores-guerreros ibéricos será otra de las constantes a la hora de la creación de una plástica con la que inmortalizar su imagen y prestigio para la eternidad.

La evolución de los usos agropecuarios, marcados fundamentalmente por la introducción de herramientas de faena más avanzadas y resistentes, características de los comienzos de la Edad de Hierro en el Mediterráneo, supuso otra de las características principales de este proceso de cambios del que surgirá el iberismo. La amplitud de rendimientos y beneficios producidos por estos factores se puede detectar arqueológicamente con algunos ejemplos concretos como el de los numerosos silos para almacenar el grano de Ullastret (Gerona), reflejo de un excedente agrario con el que la clase dominante *indiketa*, la facción ibérica que se desarrolló en la zona, financiaba los numerosos productos cerámicos griegos así como la prestación de servicios variados, provenientes seguramente del cercano centro de Ampurias, que se documentan en el yacimiento.

Pero también se producen cambios en ámbitos tan eminentemente conservadores como el mundo de las creencias religiosas. En esta época asistimos al surgimiento de santuarios, es decir, lugares sagrados donde el devoto se pone en contacto con la divinidad. Algunos de estos lugares que eran la sede de cultos desde épocas ancestrales ahora reciben la atención de varios centros cercanos en el territorio. En algunos casos, seguramente llegó a producirse una identificación comunitaria en torno a estos santuarios siendo probablemente igual el dominio de un centro principal que el radio de acción de uno de estos santuarios. Abrigos, cuevas o elevaciones del relieve que empiezan a recibir signos de un tipo de culto diferente al que tradicionalmente se habían consagrado los habitantes de la región. El santuario de Despeñaperros (Jaén) contiene todos los elementos orográficos para entender su sacralización, aun hoy la belleza de ese paisaje resulta cuanto menos evocadora. En torno a él se desarrollaron una serie de rituales cuya huella arqueológica más visible la tenemos en los nu merosos exvotos (más de 6.000 conocidos), ofrendas a la divinidad con forma de figuritas de bronce que se conservan en nuestros museos. La mayoría de estas figuras, de carácter antropomorfo, nos dan muchas pistas para intentar ca racterizar las formas religiosas de la época. Algunos de ellos están provistos de un exagerado falo como forma de petición relacionada con la fecundidad o la virilidad. Otras, por el contrario, tienen forma de carro tirado por mulas, lo que se ha interpretado como referencia a los ritos de tránsito pese a que su importancia como paso comunicativo entre diversas demarcaciones no fue tan grande a lo largo de la protohistoria como lo es en la actualidad.

Vista del llamado Asclepeion (templo dedicado a Asclepios) de Ampurias (S. IV a.C.).

Otro tipo de cultos con base territorial son los que tenían un marcado carácter heroico. El culto a un héroe, fundador de la dinastía y mítico creador del orden aristocrático de una zona, es una constante en el desarrollo de toda una serie de comunidades del Mediterráneo. En los úl timos años se ha documentado un ejemplo único de este tipo de cultos en el área ibérica en el san tuario de El Pajarillo (Huelma, Jaén), donde se han recuperado una serie de esculturas que hacían una clara referencia a este tipo de creencias religiosas.

Todos estos cambios deben insertarse dentro de un proceso de definición que terminó por crear las comunidades autóctonas con las que los navegantes mediterráneos tuvieron que interactuar. Pero no han sido únicamente estos aportes los que han influido en la formación de la cultura ibérica, también debemos hablar de otra clase de contribuciones, las provenientes de la prehistoria centroeuropea, que normalmente son ignoradas o minimizadas por los especialistas de lo ibérico.

El inicio de la Edad de Hierro (s. IX a.C. aproximadamente) en la región centroeuropea se caracterizó por la eclosión de un foco cultural que en sus diversas variantes tuvo una expansión muy amplia por gran parte de la Europa continental. Los arqueólogos alemanes que estudiaron este fenómeno cultural lo denominaron Campos de Urnas, debido a un tipo de enterramiento que se caracterizaba por la cremación del cadáver y la deposición de sus restos dentro de una urna cerámica. Agrupaciones de este tipo de enterramientos se han documentado desde la frontera de la Europa del Este hasta penetrar en la península ibérica. Además, y precisamente asociadas a este tipo de prácticas funerarias, se han encontrado algunos otros objetos como determinados tipos de armas y demás piezas metálicas que han servido para completar su imagen. Nuestro desconocimiento de su lengua, su sociedad, o de casi cualquier aspecto no vinculado con algún tipo de consideración de estas gentes como una entidad cultural definida y concreta hacen que nuestro verdadero conocimiento del fenómeno de los Campos de Urnas sea muy pequeño.

El viejo paradigma académico de los historiadores alemanes del siglo XIX y principios del XX, en el que las explicaciones «invasionistas» estaban a la orden del día, hizo que esa extensión que supuestamente tuvieron los Campos de Ur nas se explicara como el reflejo de una serie de conquistas militares de gentes que se habían expandido desde algún centro originario de Centroeuropa. Desde esta perspectiva, en la que la explicación de cualquier cambio cultural es tan fácil como argumentar una guerra de con quista, los Campos de Urnas eran el reflejo de gen tes aguerridas que, provistas de

armas, bue nos caballos y una fiereza insondable, se lan zaban a la con quista de vastos territorios con un éxito arrollador.

Hoy aceptamos por norma que las explicaciones simplistas similares a las mencionadas no suelen resultar correctas y, más bien, se tiende a caracterizar dicho fenómeno como a la expansión progresiva de determinados individuos, grupos y formas culturales que en cada caso pudieron tener unos elementos u otros. Estos individuos que eran portadores de una serie de elementos culturales tales como sus armas o sus rituales funerarios (quizá los dos elementos más conocidos de los Campos de Urnas) pudieron adoptar diversas expresiones a lo largo de su expansión por la Europa templada. Una banda de mercenarios, contratados por un asentamiento en conflicto con su población vecina, también puede servir para explicar la aparición en una determinada área de un tipo de espada característica de este horizonte. La búsqueda de nuevas rutas para la práctica de la trashumancia también nos puede servir para explicar la infiltración de pequeños contingentes de gentes en regiones en principio alejadas de sus focos de origen.

Esta progresiva infiltración cultural también se detecta en el levante y el sur, así como en áreas que posteriormente fueron regiones plenamente iberizadas. Los Campos de Urnas penetraron por los Pirineos dejando una serie de artefactos registrables arqueológicamente que nos indican una presencia en todo el área de la meseta norte y centro teniendo también un especial arraigo en Cataluña, el Valle del Ebro y el Norte de la Comunidad Valenciana, zonas todas ellas en el que este componente centroeuropeo quedará progresivamente eclipsado por el proceso de iberización que comentábamos más arriba. Pero, pese al progresivo retraimiento de los Campos de Urnas en el nordeste de la Península, algunos autores han recuperado con gran éxito algunos de los rasgos culturales que seguramente proceden de esta fase y que han seguido desarrollándose en la tradición cultural ibérica. Seguramente, el más famoso y el más polémico sea la adopción de la cremación como rito funerario frente a la inhumación tradicional de las poblaciones peninsulares durante la Edad de Bronce. El íbero preferirá el rito de la incineración de sus restos mortales y su deposición en urnas funerarias que irán evolucionando desde las toscas cerámicas a mano hasta lujosas importaciones áticas como las que detectamos en enterramientos tan significativos como las necrópolis de Pozo Moro (Albacete) o Galera (Granada).

Hasta ahora hemos analizado una serie de elementos considerados como importantes en el surgimiento del horizonte indígena. Debemos reafirmarnos en una idea que apuntábamos más arriba: la existencia de un proceso interno, el de la sociedad autóctona que tiene una serie de líneas de desarrollo propias detectables a veces incluso desde antes de la Edad de Bronce. El desarrollo mostrado por algunas facies del Calcolítico es buena muestra de ello. Sobre esta fase también actúa un proceso externo conformado por los aportes e influencias que recibe la Península debido a los múltiples contactos con otras gentes del Mediterráneo.

En definitiva, hemos de explicar el surgimiento del fenómeno cultural ibérico como la confluencia de variados factores que hicieron que esas gentes desarrollaran un foco cultural tan interesante y especial como el que estamos analizando.

---

[2] Término académico que hace referencia a los antiguos lugares de enterramiento.

2

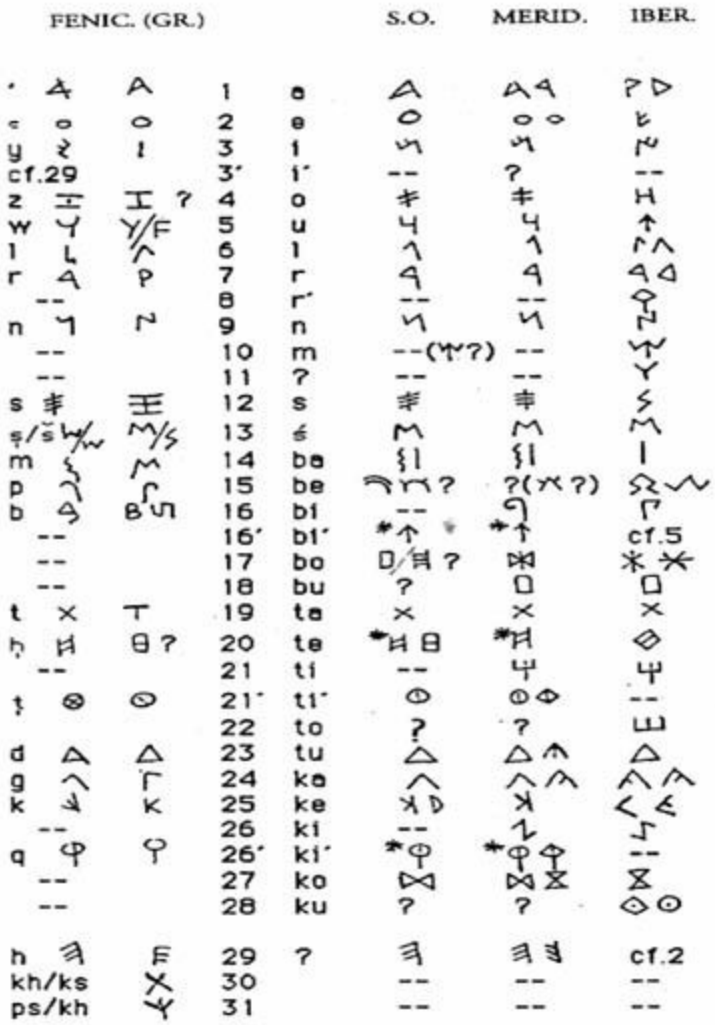
El enigma de las lenguas ibéricas

El problema del (des-)conocimiento de la lengua que hablaron las gentes que poblaron el área de la *koiné*[3] cultural ibérica ha sido uno de los más grandes desafíos al que se han enfrentado numerosos investigadores, dedicando en algu nos casos su vida profesional a este difícil objetivo. Pese a contar con el segundo mayor con junto de inscripciones de las llamadas culturas periféricas del Mediterráneo antiguo, solo superada en volumen por la cultura etrusca, el habla de los íberos es un completo enigma para los filólogos y arqueólogos que estudian la protohistoria hispana.

Antes de hablar sobre las principales teorías que han tratado de explicar este lenguaje, hemos de analizar su vertiente gráfica. En la península ibérica contamos con varios alfabetos paleohispánicos en los que se han registrado varias formas lingüísticas, algunas de ellas de origen indoeuropeo, como las que fueron propias de las comunidades celtibéricas al sur del Valle del Ebro. De esta manera, un mismo alfabeto creado para la plasmación de un determinado lenguaje en origen pudo ser adaptado para registrar otro diferente, incluso procedente de un tronco etimológico distinto.

El alfabeto del Suroeste, o Tartésico, aparece en la Península por lo menos desde el siglo VII a.C. (seguramente es más antiguo). Se trata de un alfabeto con plausible ascendente fenicio, introducido seguramente por razones económicas derivadas del comercio con agentes orientales en los valles del Guadalquivir y el Guadiana. Es el alfabeto que aparece reflejado en las llamadas Estelas Decoradas del Suroeste, algunas de las cuales contienen inscripciones con este tipo de grafía. No sabemos si reflejaba un dialecto indígena o de origen atlántico (como algunos filólogos sospechan que fue el turdetano del que hablaremos más adelante); lo que sí sabemos es que en la península ibérica contábamos con una forma de escritura de manera contemporánea a su aparición en otros lugares considerados más desarrollados en época arcaica (siglos VIII-VI a.C.) como la región de la Península Itálica o la Grecia Continental[4]. Otro tipo de alfabeto prerromano es el meridional, que corresponde a un grupo de inscripciones andaluzas y del Sudeste no muy numerosas que, en algunos casos, reflejan escritos ibéricos.

Poco después en el levante, por influencia de las comunidades de comerciantes de la otra orilla del Mediterráneo, también se crean otros alfabetos cuyo máximo exponente es el llamado silabario ibérico o ibérico-levantino desarrollado durante el siglo V a.C., como demuestran los múltiples plomos inscritos encontrados en numerosos yacimientos y que suelen ser interpretados como contratos comerciales o administrativos seguramente dotados de un valor sagrado. En esta época los negocios comerciales a grandes distancias y la religión solían estar profundamente conectados. A estos sistemas gráficos habría que añadirles el que reflejan las llamadas inscripciones greco-ibéricas, es decir, escritas en una adaptación del alfabeto griego-jonio.



Los diferentes tipos de escrituras paleohispánicas, según De Hoz (1999). Se pueden observar algunas coincidencias entre los diferentes alfabetos.

El desarrollo de formas de escritura prerromanas tuvo en el área ibérica su principal campo de actuación. La variedad regional en las formas de escritura, fenómeno que detectamos en otras áreas como el mundo egeo, puede ser el reflejo de la lengua empleada por los habitantes de estas regiones que inventasen un tipo de sistema de representación gráfica adaptado a sus peculiaridades lingüísticas. En cualquier caso, nuestro desconocimiento del significado de las expresiones ibéricas nos impide, de momento, resolver estos acertijos del lenguaje.

En nuestra explicación de los silabarios ibéricos tenemos que hacer una referencia obligada a la figura de Manuel Gómez-Moreno, erudito e investigador de los más variados campos del arte y la historia peninsular. Entre la década de los veinte y los treinta, asombró a la comunidad científica con el desciframiento del alfabeto ibérico levantino, y en gran medida del meridional, descubriendo que los signos en realidad hacían referencia a sílabas y no a simples fonemas como nuestro alfabeto actual. Este ha sido sin duda el descubrimiento más importante de la lingüística ibérica en toda su historia y aún hoy recordamos con misterio y admiración de qué forma pudo llegar Gómez-Moreno a tan reveladoras conclusiones. Su trabajo es la base sobre la que se han apoyado todos aquellos, filólogos y epigrafistas, que han intentado dar una explicación al enigma de las lenguas ibéricas.

Muchas y muy variadas han sido las teorías que han tratado de solucionar este desconocimiento. Hoy, algunas de ellas nos parecen absurdas pero en su tiempo fueron tenidas en cuenta como valiosas hipótesis de trabajo.

Una de las más famosas teorías al respecto se basaba en el hecho de que existan ciertas similitudes

fonéticas entre los sonidos de los silabarios ibéricos y el euskera. Esto hizo pensar a algunos estudiosos de finales del siglo XIX y comienzos del XX que ambas lenguas procedían de la misma matriz lingüística, algo que de manera muy inconsistente llegó a plantear la vinculación cultural de las comunidades ibéricas con las poblaciones vasco-pirenaicas de la Edad del Hierro. El vasco-iberismo, como modelo de interpretación arqueológica tuvo gran aceptación y publicidad debido en gran medida a la originalidad de sus postulados (originalidad que se debe más a artificios filológicos que a otras cuestiones), pero hoy sabemos que las bases teóricas de esta hipótesis son poco menos que descabelladas y se encuentran totalmente desacreditadas en los ámbitos académicos.

Otros investigadores han tratado de vincular esta forma de expresión verbal al tronco común indoeuropeo, entre las que se encuentran, entre otros, el latín, el griego clásico, o el persa. Esta teoría tuvo gran aceptación durante el primer periodo, el más marcadamente fascista, de la dictadura franquista, insertándose en un proceso totalmente interesado desde un punto de vista político, que trataba de crear una imagen del mundo ibérico insertado en las tradiciones culturales de la Europa aria. Este modelo fue introducido en las universidades españolas por una serie de arqueólogos que in fluidos por es tancias de formación en las uni versidades alemanas de la primera época nazi, regresaron a España defendiendo sin pudores las ideas de la supremacía aria frente al resto de razas y etnias del planeta. Los lazos políticos del régimen franquista en sus primeros años, hasta la derrota de las potencias fascistas en la II Guerra Mun dial, llevaron a patrocinar a estos estudiosos como forma de vincularse al pasado oficial del glorioso nuevo orden totalitario impulsado por intelectuales de la Ale mania nacionalsocialista y la Italia de Mussolini. Esta línea de investigación, pese a contar con grandes investigadores entre sus defensores, no ha obtenido ningún avance destacable en el conocimiento de estas lenguas prerromana.

En las últimas décadas se ha impuesto una teoría que vincula el antiguo ibérico al libio camítico, de origen norteafricano, perteneciente al tronco camita, como el bereber. Esta teoría está ganando adeptos desde hace algunos años, pero lo cierto es que también ha conseguido escasos réditos en su intento de buscar una interpretación coherente de este fenómeno lingüístico.

No todo son cuestiones sin resolver en esta materia, investigaciones recientes han conseguido identificar algunas de las características principales que podemos encontrar en las inscrip ciones ibéricas:

- Muchas de ellas tienen un carácter formulario, es decir, repiten una serie de esquemas compositivos por lo que seguramente se trate de inscripciones sagradas con algún tipo de inscripción votiva (similares a las fórmulas de las oraciones católicas), escritura administrativa con función económica o incluso sociopolítica (aun que esto último resulta poco probable).

- La utilización del alfabeto en inscripciones monetales de época íbero-romana[5], sobre todo en referencia a topónimos; así como de antropónimos en inscripciones latinas, nos ha permitido rastrear rasgos propios de este grupo filológico. La rica toponimia permite hacer un mapa de distribución de la lengua ibérica por toda la Península. Un ejemplo claro de esto lo tenemos en los nombres de ciudades encabezados por los prefijos *ili*-o *ipo*-, como *Ilici* (Elche), *Iliturgi* (Alto Guadalquivir) o *Ipolca* (Porcuna), *Iponuba* (Baena) e *Ilipa* (Alcalá del Río).

- Las terminaciones en *-sken/-skan* de algunos de los exergos (inscripciones monetales) de época íbero-romana aparecen como forma de expresar los orígenes de quienes emi tieron este tipo de monedas. Los expertos han interpretado esta terminación como una especie de genitivo plural similar a la terminación *-ion* de algunas monedas griegas de época clásica (siglos V-IV a.C.). En muchas de estas monedas suelen leerse inscripciones tipo *athenaion* que se puede traducir libremente por la expresión «de los atenienses» en alusión a la adscripción de la moneda.

Una cuestión que merece nuestra atención es el área de implantación de ese habla. Como veremos más adelante, lo que los arqueólogos llamamos cultura ibérica fue un conglomerado de pueblos que responden a una serie de características culturales similares, pero que en todo momento mantuvieron una serie de rasgos definitorios. Puede que en algunos casos esas diferencias se deban a cuestiones de lengua. No sería muy difícil imaginar un área ibérica en la que cada región tuviese sus propias formas dialectales diversas, como ocurrió por ejemplo en el mundo griego donde el dialecto jonio se diferenciaba de la lengua que se hablaba en la mayoría de la Grecia Continental. Una forma muy reveladora de contemplar esta cuestión nos puede llevar a considerar el ibérico hablado en el levante pe nin sular, como una lengua vehicular, una especie de referente lingüístico aceptado por una serie de comunidades por interés económicocomercial, de manera similar a lo que su cede en nuestros días con el inglés. Algunas áreas con desarrollos preibéricos muy fuertes, el caso de la Andalucía occidental, presentan más problemas que los estudiosos de las len guas paleohispánicas se encuentran debatiendo en la actualidad.

Poco más podemos añadir sobre el conocimiento de la lengua ibérica, solo apuntar que a la espera de hallazgos futuros, sobre todo de una inscripción bilingüe que sirviera co mo la Piedra Roseta de la arqueología ibérica, el desciframiento de la lengua de los íberos haría cre cer nuestro conocimiento sobre este com plejo cul tural de manera impredecible. Reiterando nuestras esperanzas de futuros descubrimientos en yacimientos tanto au tóctonos como griegos o fenicios, por el momento hemos de afirmar que el misterio de estas antiguas len guas seguirá suscitando la aten ción y el es fuerzo constante de numerosos estudiosos en el intento de arrojar luz sobre el oscuro ambiente cultural de la prehistoria reciente española.

---

[3] Término griego que hace referencia a momentos culturales de desarrollo e implantación en áreas geográficas amplias y diversos focos culturales.

[4] En este caso estoy hablando de alfabetos griegos arcaicos, la aparición de la escritura en esa zona se remonta a la Edad del Bronce, con los denominados Lineal A y Lineal B, este último descifrado por los filólogos Chadwick y Ventris.

[5] Pese a que el uso de la moneda era de sobra conocido por los habitantes de los asentamientos ibéricos debido al contacto con las comunidades fenicias y griegas, la acuñación de moneda indígena no fue un hecho hasta una época tardía.

3

Los diferentes pueblos ibéricos

Uno de los caballos de batalla más im portantes en las investigaciones so bre el mundo ibérico es la búsqueda continua de su adecuada definición (sí es que la tiene) como entidad cultural más o menos homogénea.

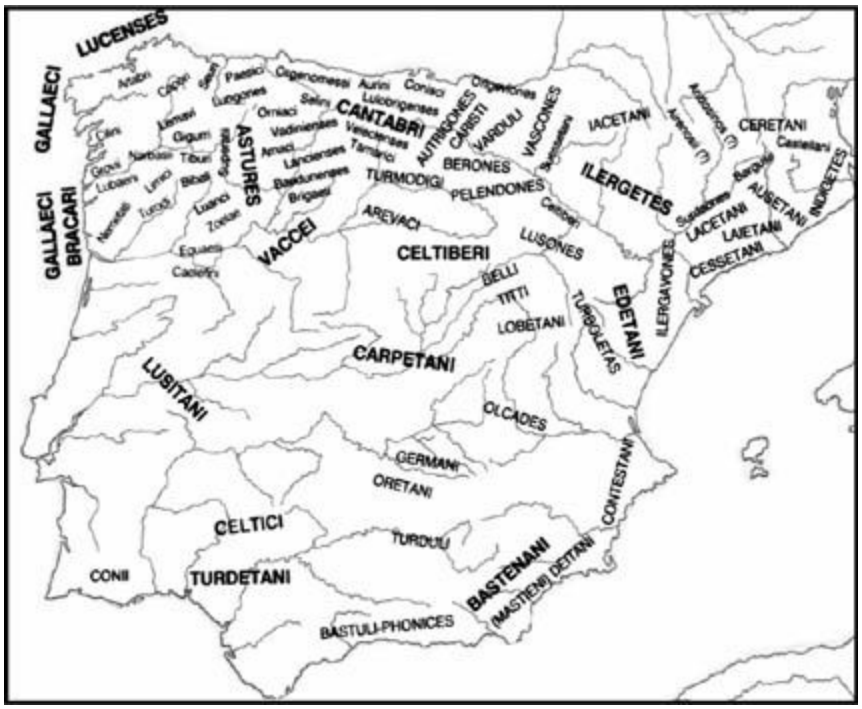
Esta cuestión, que en principio puede parecer muy compleja, deja de serlo si hacemos un esfuerzo por intentar definir el concepto de co munidad cultural en el mundo antiguo. In tentar equiparar el horizonte ibérico con sociedades estatales como Roma o Cartago, o con otros tipos de sociedades dotadas de sistemas políticos complejos como la polis griega, resulta una tarea muy poco útil y que puede llegar a confundir a aquellas personas que estén poco familiarizadas con este tipo de cuestiones.

En este sentido y para obtener la mayor claridad posible hemos de afirmar rotundamente que la cultura o culturas ibéricas jamás tuvieron un nivel de organización interna lo suficientemente desarrollado como para unificar una serie de rasgos culturales, lengua, derecho, historia, tradiciones, religión, etc, con el que podríamos caracterizar a una comunidad cultural unitaria. Sin embargo y a pesar de lo que una parte importante de la investigación se ha esforzado en negar, sí que existen los suficientes rasgos comunes; nos referimos a los restos materiales entre las diversas zonas del mundo ibérico que justifican la utilización del convencionalismo «ibérico» como forma de referirse al mundo protohistórico[6] de la mitad meridional y la fachada mediterránea de la península ibérica durante la II Edad del Hierro, aproximadamente entre los siglos VI y I a.C.

Aún advirtiendo que el término «ibérico» hace referencia a un convencionalismo aceptado por la investigación y sin mencionar argumentos de tipo lingüístico, todavía en estado embrionario pero que sin duda en un futuro servirán para zanjar la cuestión, hemos de afirmar a favor de esa denominación que la mayoría de las fuentes antiguas aceptan dicha nomenclatura por lo que en teoría debemos pensar que seguramente serían percibidos de esta manera por una parte importante de los eruditos o viajeros, griegos o latinos a través de cuyas crónicas conservamos noticias de las gentes que habitaron nuestro península en aquella época. Esto no significa que tenga que ser verdad necesariamente, ya hemos visto en el capítulo anterior como el estudio de las fuentes antiguas debe abordarse desde una perspectiva crítica, pero sí constata la existencia de una tradición histórica heredada de manera más o menos precisa. En este sentido su posicionamiento geográfico, volcado al Mediterráneo y dentro de las redes comerciales y culturales que surcaban estos mares desde la Edad del Bronce, hace de estos pueblos entidades diferenciables de otros fenómenos culturales de la protohistoria circunmediterránea, como los complejos de la fachada atlántica o las de raigambre céltica.

Estamos, por tanto, definiendo una matriz o base sobre la que una serie de comunidades desarrollarán, como en otras sociedades contemporáneas (mundo etrusco, Grecia arcaica) sus propias peculiaridades culturales que deben ser contextualizadas en unos parámetros lo más

asépticos posibles, sin caer en el viejo paradigma de la unidad nacional del pueblo ibérico pero sin caer en la fiebre centrífuga que envuelve a una parte de los estudios y que no responde a otra cosa que a intereses políticos.



Mapa de los pueblos indígenas de la península ibérica a la llegada de los romanos, extraído de Abad (1992). Se puede apreciar la complejidad étnica de la etapa prerromana.

Una vez realizado este ejercicio de reflexión previa, vamos a pasar a describir brevemente a cada una de las comunidades que componían el mundo ibérico. Hemos de matizar, antes que nada, que los nombres con los que conocemos a esos grupos humanos en algunos casos tienen una raíz de origen indígena, pero en otros su denominación se debe a la erudición de los antiguos estudiosos de origen griego o latino. No debe pues extrañar a aquel lector que prosiga sus pesquisas sobre estas regiones en las fuentes clásicas las posibles variaciones que se documentan de un autor a otro sobre una misma comunidad.

TURDETANIA

Empezando nuestro recorrido por la vertiente sur, en el territorio comprendido más o menos en el Valle del Guadalquivir, encontramos a los Turdetanos. La investigación protohistórica en esa zona se ha centrado normalmente en Tartessos, el fenómeno protohistórico más estudiado dentro de nuestra prehistoria reciente, acaparando gran parte de los escasos recursos de que la arqueología dispone para el desarrollo de sus estudios. Con ese panorama es muy poco lo que se ha avanzado en el conocimiento de lo turdetano. Es muy reveladora la falta de definición del mundo turdetano, mientras que algunos autores lo han querido caracterizar como el pueblo sucesor del área tartésica tradicional después del colapso material que sufre el valle medio del Guadalquivir durante el siglo VI a.C., otros abogan por la vinculación atlántica de este complejo protohistórico, basándose en la importancia que tienen los yacimientos onubenses y en paralelismos de sus formas materiales, alejándolo del resto de pueblos que componen el ámbito ibérico. Pese a lo mucho que se ha escrito

sobre el tema, en la actualidad la comunidad arqueológica no tiene datos suficientes como para realizar una adecuada caracterización del tránsito del mundo tartésico al turdetano.

En cualquier caso, en zonas fronterizas con otras demarcaciones similares, cuyo ejemplo puede ser la campiña cordobesa, encontramos pruebas en el registro material que nos indican claramente una filiación ibérica. La existencia de escultura animalística en piedra (como el León de Nueva Carteya o el León de Baena), la construcción de recintos fortificados (como El Higuerón o Nueva Carteya) o la existencia de necrópolis de este mismo horizonte en territorio cordobés (cuyo ejemplo más destacado es Almedinilla, donde se ha rescatado una magnífica colección de falcatas ibéricas) son indicadores más que suficientes para afirmar que, si bien no es generalizable a todo el Valle del Guadalquivir, una parte del mismo, coincidente con su curso alto, sería fácilmente equiparable a lo que denominamos ibérico.

La Turdetania se encontraba articulada en torno a una serie de grandes núcleos que actuarían como los centros reguladores de su territorio. Uno de los más importantes de ellos sea Torreparedones (Córdoba), dotado de un recinto amurallado de gran empaque y en el que se han documentado restos que nos indican una cierta monumentalización, como el capitel del Cerro de las Vírgenes o un relieve que representa una columna con remate animalístico. Además, Torreparedones parece ser el centro neurálgico de un sistema de puestos secundarios y atalayas que abarcaría la campiña cordobesa hasta el occi dente de la provincia de Jaén, donde empeza ría la zona de influencia de otro gran *oppidum*, Porcuna.

En la zona sevillana nuestro conocimiento es menor[8]; tenemos algunas secuencias arqueológicas completas, como el Cerro Macareno (Sevilla), pero aún no acertamos a realizar una sistematización precisa de la misma.

Falcatas procedentes de Almedinilla, según Vaquerizo (1991). La falcata era el arma típica de las aristocracias ibéricas.

Toda esta área se encuentra en muy estrecho contacto con núcleos de origen feniciopúnico. Gran parte del registro material, como la cerámica pintada, se encuentra influenciada por esas concepciones orientalizantes, sobre todo en lo que se refiere a motivos geométricos semicirculares, de gran profusión en la Andalucía ibérica y muy del gusto orientalizante. Precisamente en Torreparedones se ha excavado un edificio religioso que parece reflejar estos intercambios con el mundo oriental semita asemejándose a estructuras fenicias y púnicas. Además de esto, la exhumación de un exvoto[9], de época romano-republicana, dedicado a *Dea Caelestis* y una advocación latina de la

diosa púnica Tanit, nos indican ese entronque religioso. Las fuentes antiguas también reflejan que los turdetanos siempre se cuentan entre los efectivos mercenarios de Aníbal durante la II Guerra Púnica, lo que es indicativo de una tradición de convivencia entre los generales cartagineses y estos grupos humanos, seguramente en el marco de una política de alianzas con algunos de los pueblos prerromanos de la península ibérica.

ORETANIA

Otro de los grupos étnicos más mencionados por los autores clásicos son los oretanos, que ocuparían una zona indeterminada de la provincia de Jaén y la provincia de Ciudad Real, llegando a algunas zonas lindantes con La Mancha, algo que se documenta en yacimientos conquenses como Iniesta.

Esta comunidad, llamada así por un gran centro, todavía no bien conocido, que recibía el nombre de *Oretum,* tiene una serie de centros principales en la provincia de Jaén como es Cástulo. En este lugar se han encontrado numerosos indicios de monumentalización, en concreto el famoso capitel de Cástulo o las molduras arquitectónicas de un supuesto *naiskos* o templete funerario que se exponen en el Museo Arqueológico de Linares (Jaén).

La cerámica pintada de esta zona responde a motivos geométricos en su mayor parte surgidos del intercambio estilístico con individuos de ascendencia oriental. Sin embargo, el nivel de importaciones cerámicas griegas (cerámicas áticas) es más elevado en esta zona de la provincia de Jaén. Este fenómeno detectable en otros yacimientos jienenses no adscritos al ámbito oretano, como el sepulcro de Toya (la antigua Tugia) o los Castellones de Ceal, responde tal vez a su situación estratégica como punto de unión entre las zonas ricas en mineral de las cordilleras béticas y los puntos de comercio mediterráneo de la costa levantina.

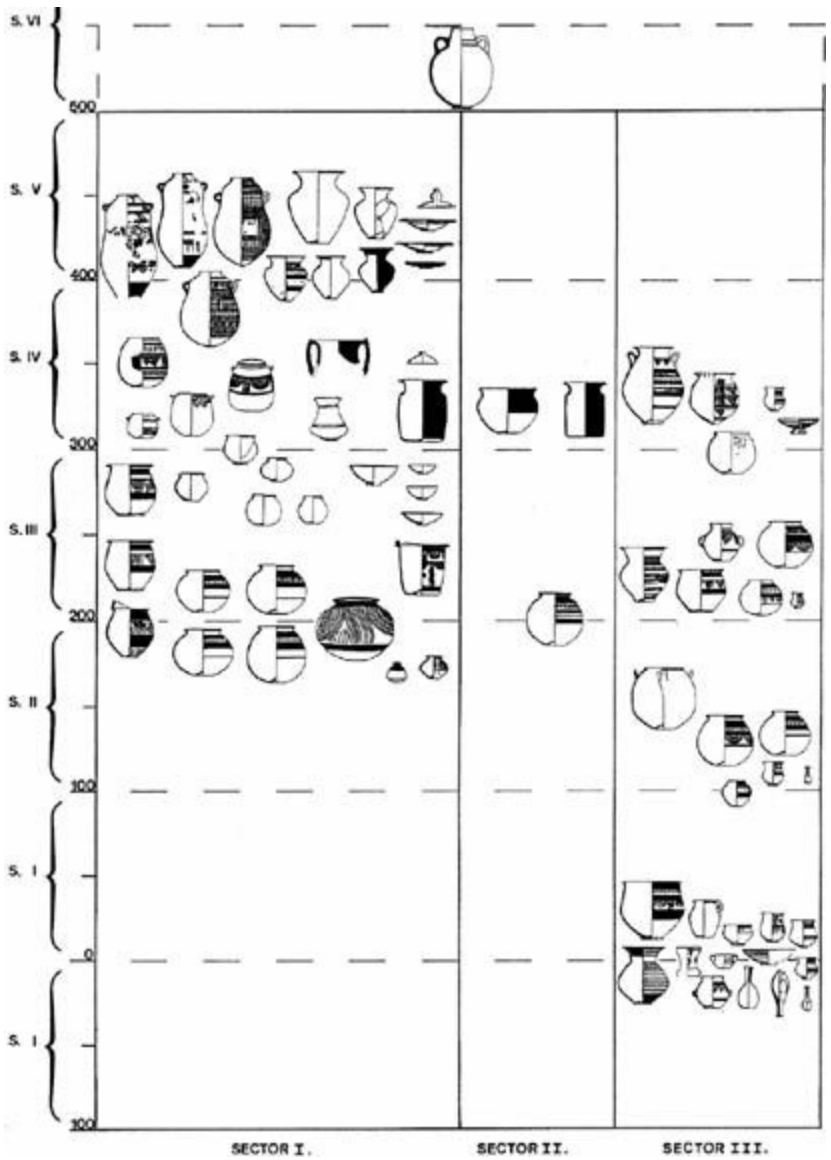
Otros grandes asentamientos de la provincia de Jaén, el caso de Porcuna o Puente Tablas, nos indican la existencia de un foco de desarrollo en esas comarcas, que experimentaron un amplio crecimiento en época ibérica. Este desarrollo se puede apreciar en el patrocinio de conjuntos escultóricos complejos, con representaciones iconográficas propias, similares a las del Santuario de El Pajarillo (Huelma, Jáen), o en la construcción de grandes recintos fortificados al modo de los de Mengíbar o la propia Puente Tablas, a escasamente 1 km. de la capital de provincia.

BASTETANIA

Un poco más hacia el este tenemos a las poblaciones que ocupaban la zona este de la provincia de Jaén y el territorio aproximado de la actual provincia de Granada, quizá ocupando también parte del territorio murciano. Este grupo es denominado por ciertas fuentes como Bastetanos, nombre derivado del topónimo de uno de los grandes centros de la región, *Basti*, que algunos han querido identificar con el núcleo urbano que produjo la necrópolis de Baza (Granada), famosa por el hallazgo de una escultura femenina de gran tamaño que conserva su policromía, la llamada Dama de Baza. Uno de los rasgos característicos de esta área es la abundancia de cámaras funerarias en las que los príncipes de la zona se enterraron. Estas tumbas de cámara se encuentran en un número muy alto en esta clase de

yacimientos de la provincia de Granada como la ya mencionada Baza o en Galera, lugar identificado tradicionalmente con la Tutugi de los textos antiguos. Al igual que en las necrópolis jienenses, en estos grandes ámbitos funerarios el volumen de importaciones cerámicas griegas alcanza una entidad suficiente como para asumir la existencia de un tráfico comercial más o menos regularizado.

En la cerámica autóctona predominan los motivos geométricos curvilíneos con decoraciones de raigambre orientalizante. Ciertas importaciones de gran significación como la Dama Sedente de Galera, de origen oriental, nos hablan, como en el caso de turdetanos y ore tanos, de unos estrechos lazos con las factorías fenicio-púnicas del mediodía peninsular, algo que no resulta nada extraño si tenemos en cuenta que todos estos pueblos se encuentran ocupando las rutas estratégicas de comunicación terrestre entre el Valle del Guadalquivir, las factorías fenicias de la costa sur andaluza y los grandes centros del comercio mediterráneo situados en el levante de la península ibérica.



Resumen tipológico de las cerámicas autóctonas de Galera, según Pereira (et alii) (2004). En él se puede observar la profusión de motivos decorativos geométricos que caracterizan a estas cerámicas.

De todas las tipologías materiales, las que mejor definen al mundo bastetano son las cajas de piedra con decoración pintada. Aunque aparecen también en otras áreas periféricas a la región bastetana, tienen su centro de irradiación en el área de Galera, donde contamos con una serie de magníficos ejemplares que nos indican la adaptación de prácticas funerarias de corte aristocrático en relación a producciones de lujo que se detectan en todo el arco mediterráneo, fundamentalmente en el

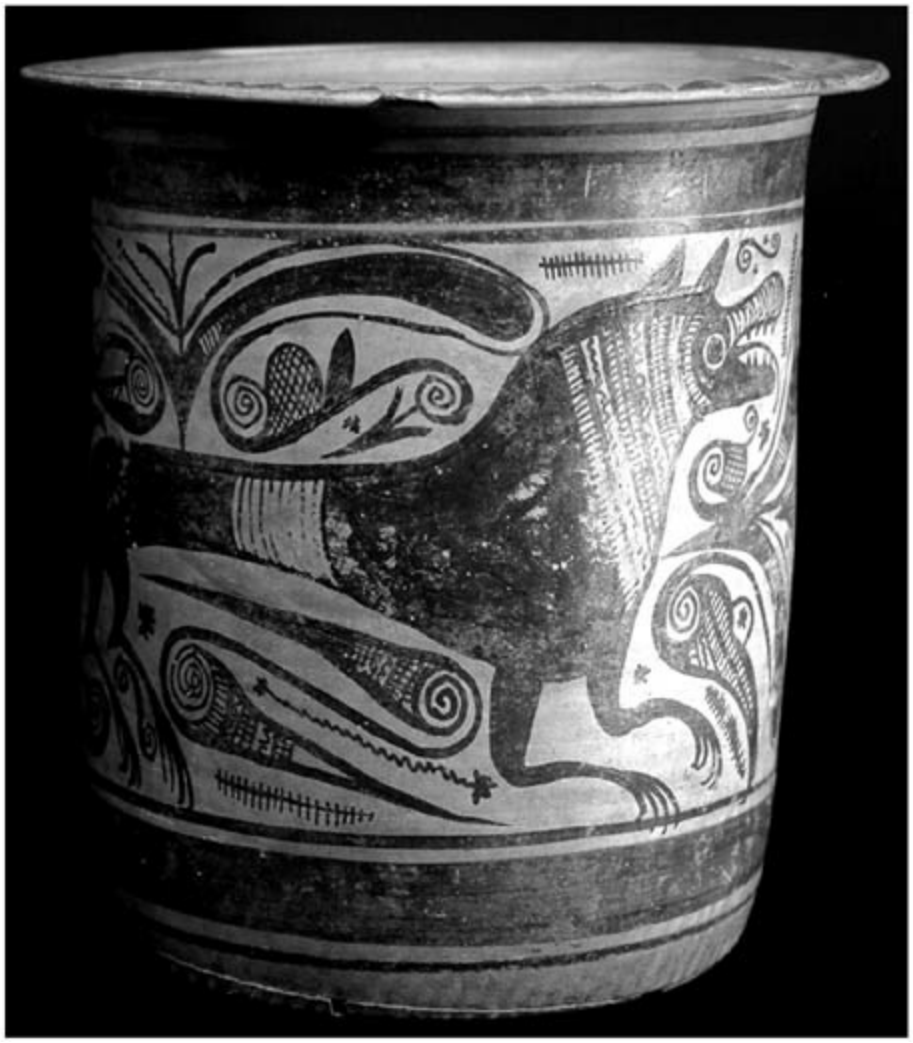
mundo etrusco. Los motivos decorativos con los que se adornaban estas cajas nos indican la riqueza ritual y mitológica de sus creencias de ultratumba.

CONTESTANIA

Siguiendo nuestro recorrido geográfico por los distintos pueblos de la antigua Iberia hemos de hacer mención al grupo de los mastienoscontestanos[10]. La verdadera identificación de estos dos grupos humanos todavía está en fase de debate, pero parece aceptarse que los mastienos ocuparían un área comprendida más o menos en territorio murciano, mientras que la Contestania abarcaría el sur de la provincia de Valencia, Alicante, el norte de Murcia y algunas zonas del este de la provincia de Albacete[11].

Ese mundo del Sureste de la Península es una de las zonas con más personalidad del ámbito ibérico. Tradicionalmente se consideraba esta franja como una de las más helenizadas, basándose sobre todo en la profusión de cerámicas áticas que aparecían en la zona, así como en la existencia de una tradición escultórica de clara raigambre griega arcaica que podemos apreciar en ejemplos como las esfinges de Agost (Alicante), Bogarra o El Salobral. Aquí también se ha documentado la práctica de rituales de corte griego identificados con el consumo del vino (*symposium*) o con ciertas prácticas de tipo funerario (*silicernia*[12]). Pero en la actualidad tendemos a considerar el desarrollo contestano más como una evolución interna que como una reacción a los intercambios con comerciantes y marinos de origen mediterráneo, que por si mismos no justifican el surgimiento de una sociedad al nivel que la arqueología ha demostrado para esta región. De esta manera, los puertos comerciales del litoral contestano, como la Illeta dels Banyets (Campello, Alicante) o La Picola (Sta. Pola, Alicante) se encuentran en el radio de acción de grandes centros como La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia) o *Ilici* (el nombre ibérico de Elche). Además, a este modelo de desarrollo cultural se han venido a sumar recientes descubrimientos como el de la factoría fenicia de La Fonteta (Guardamar de Segura, Alicante) o los templos de tipo semita de la Illeta dels Banyets, que nos indican un fuerte influjo de carácter orientalizante.

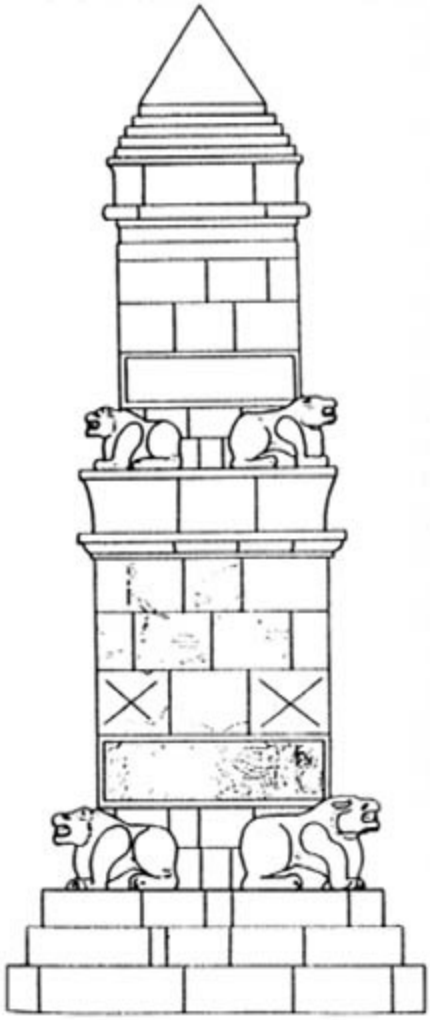
Con respecto a la cerámica, esta zona del sureste emerge con personalidad propia con un tipo de decoración denominada tradicionalmente como tipo Elche-Archena (por ser estos dos yacimientos claves en el estudio de esta tipología) caracterizada por las decoraciones pintadas que representan escenas figuradas con animales y plantas, reales y fantásticos, dis pues tas en escenas de bandas enmarcadas en muchos casos entre cenefas de «S» consecutivas. Seguramente la utilización de decoración figurada en las cerámicas de la zona a partir del siglo IV a.C. se deba a la influencia del comer cio de manufacturas áticas, pero la iconografía, la estética y el lenguaje visual son puramente ibéricos y su lectura solo puede realizarse desde la propia personalidad del arte autóctono. Puede que los contestanos asumiesen determinados motivos o seres fabulosos en sus decoraciones cerámicas o en sus esculturas, pero les dieron un significado, una simbología propia, aunque hoy no acertemos a descifrarla.



Vaso cerámico *Kalathos* tipo sombrero de copa, procedente del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia). Se trata de un claro ejemplo de las decoraciones del llamado estilo Elche-Archena.

MESETA MERIDIONAL

Un área en estrecha conexión con el ámbito contestano es el área de Albacete. El previo conocimiento que teníamos de lugares tan importantes como El Cerro de los Santos o el Llano de la Consolación se ha ampliado con avances en la investigación de otros lugares que en los últimos años se han centrado en el conocimiento exhaustivo de los lugares de enterramiento. Este avance en el estudio de los ámbitos funerarios nos ha permitido descubrir nuevos aspectos sobre la sociedad ibérica y los individuos que produjeron estos enterramientos. Necrópolis como las de los Villares de Hoya Gonzalo o Pozo Moro (Chinchilla, Albacete) han hecho cambiar nuestra visión de la jerarquía indígena y de los rasgos culturales que caracterizaban a esos individuos. Así en Los Villares de Hoya Gonzalo se han encontrado, en un contexto estratigráfico preciso, restos de rituales de banquete relacionados con el mundo funerario (*silicernia)* cuyos orígenes nos llevan al mundo griego aunque con amplia implantación en otras culturas mediterráneas como en el caso de los etruscos.



Reconstrucción del Monumento turriforme de Pozo Moro, según M. Almagro-Gorbea (1983). Sin duda se trata de uno de los vestigios más importantes de la arqueología ibérica. El original puede contemplarse en el Museo Arqueológico Nacional.

En Pozo Moro, sin embargo, hemos comprobado definitivamente las raíces que unen al mundo ibérico, sobre todo en sus etapas formativas (siglo VI a.C.), con la *koiné* orientalizante que se desarrolló en el Mediterráneo durante los siglos VII y VI a.C. Los relieves simbólicos con los que está decorado el famoso monumento turriforme de Pozo Moro, que podemos admirar en el Museo Arqueológico Nacional, nos remiten a un mundo mitológico y de divinidades muy parecido al que podríamos encontrar en sepulcros similares de Chipre, Siria o Fenicia desde el final de la Edad del Bronce.

EDETANIA

La Edetania es una comunidad que se articula en torno al gran centro de Edeta (el nombre ibérico del Tossal de Sant Miquel de Llíria, Valencia). Lo que sabemos de este gran centro es que era la cabeza de un entramado regional con diversos establecimientos dependientes o secundarios dispuestos de manera estratégica para asegurar un dominio efectivo sobre el territorio. Ese tipo de fenómenos de coerción política, al que ya hemos hecho referencia más arriba, también se ha estudiado en los casos de la campiña cordobesa, la provincia de Jaén o la propia Contestania ibérica.

Pero si Edeta es conocida dentro de la investigación arqueológica es por su cerámica con decoración en escenas de carácter narrativo. Aunque aparecen en época tardía (las más antiguas son del siglo II a.C.), la originalidad de las escenas, que contienen diversas figuras humanas (estas han sido denominadas "damas y caballeros" por algunos autores, de manera literaria), nos denotan inequívocamente el desarrollo de la épica y la mitología, de manera similar a otros lugares del Mediterráneo. Estas decoraciones de tipo descriptivo que, en ocasiones, van acompañadas de grafitos en caracteres ibéricos levantinos suponen una fuente de información de extraordinario valor.

Desarrollo de la decoración de un vaso de Llíria (Valencia) con escenas de luchas rituales acompañadas de músicos, según Abad (1992).

Dentro del territorio edetano, aunque con entidad territorial propia debido a su importancia como jalón de la Vía Heraclea (la principal vía de comunicaciones de época prerromana), tenemos el famoso yacimiento de Sa gunto, con su puerto de época ibérica. Esta ciu dad, inmortalizada por los cronistas latinos de la Segunda Guerra Púnica, ha pasado a la pos teridad como protagonista del *Casus Belli* que originó el segundo y principal en fren tamien to armado entre romanos y cartagineses. Si hemos de hacer caso a las fuentes, Sagunto poseía a alturas del siglo III a.C. un sistema político equiparable en ciertos aspectos a lo que podría ser una polis griega, con instituciones públicas y ciudadanía. Arqueológicamente, nada de esto ha podido ser probado pero no hemos de descartar que en el futuro nuevos descubrimientos nos empujen a pensar en la verosimilitud de lo que, en referencia a la antigua *Arse* (nombre ibérico de Sagunto), nos cuentan autores como Polibio, Tito Livio o Silio Itálico[14].

VALLE DEL EBRO

Remontando el valle del Ebro nos encontramos a poblaciones de raigambre ibérica, pero situadas en un mundo fronterizo en contacto con las comunidades celtibéricas del interior de la Península. Este carácter fronterizo se deja en trever en la cultura material de grandes asentamientos como el Cabezo de Azaila o San Antonio de Calaceite (ambos en el oriente de la provincia de Teruel). Otro de los grandes cen tros ibéricos de Aragón es Boslkan (la antigua Huesca) que con el tiempo llegaría a ser la capital del estado rebelde a Roma con el que Sertorio, magistrado romano en conflicto con las autoridades que le enviaron a administrar el gobierno de esta zona del mundo romano, desafió a la autoridad romana en la primera mitad del siglo I a.C. Sertorio apoyó su poderío peninsular en los pactos con las aristocracias ecuestres de ascendencia indígena que componían las elites locales.

Todo este ámbito fronterizo entre lo ibérico y lo celtíbero fue durante todo el conflicto sertoriano uno de los principales elementos de apoyo del caudillo latino.

Vista general del Poblado del Cerro de Alcalá (Azaila, Teruel).

NORTE DE CASTELLÓN, CATALUÑA Y SUR DE FRANCIA

El mosaico de las comunidades ibéricas de la Península ha de completarse con el norte de la provincia de Castellón, Cataluña y la cuenca mediterránea del sur de Francia hasta la línea del río Herault. En el territorio comprendido entre el norte de Castellón y el litoral de la provincia de Tarragona las fuentes nos hablan de los ilergetas (o ilergetes) y los ilergavones, establecidos en torno a grandes centros como La Moleta de Remei (Tarragona) del que dependen algunos puntos secundarios en la provincia castellonense, como el Puig de la Nau o el Puig de la Misericordia. En estos centros, la investigación de los últimos años se ha encargado de documentar una creciente presencia de materiales fenicios, lo que es indicador del pujante papel que los influjos orientales tuvieron también en zonas tan septentrionales donde tradicionalmente se había prestado más atención a influjos de tipo griego o centroeuropeo.

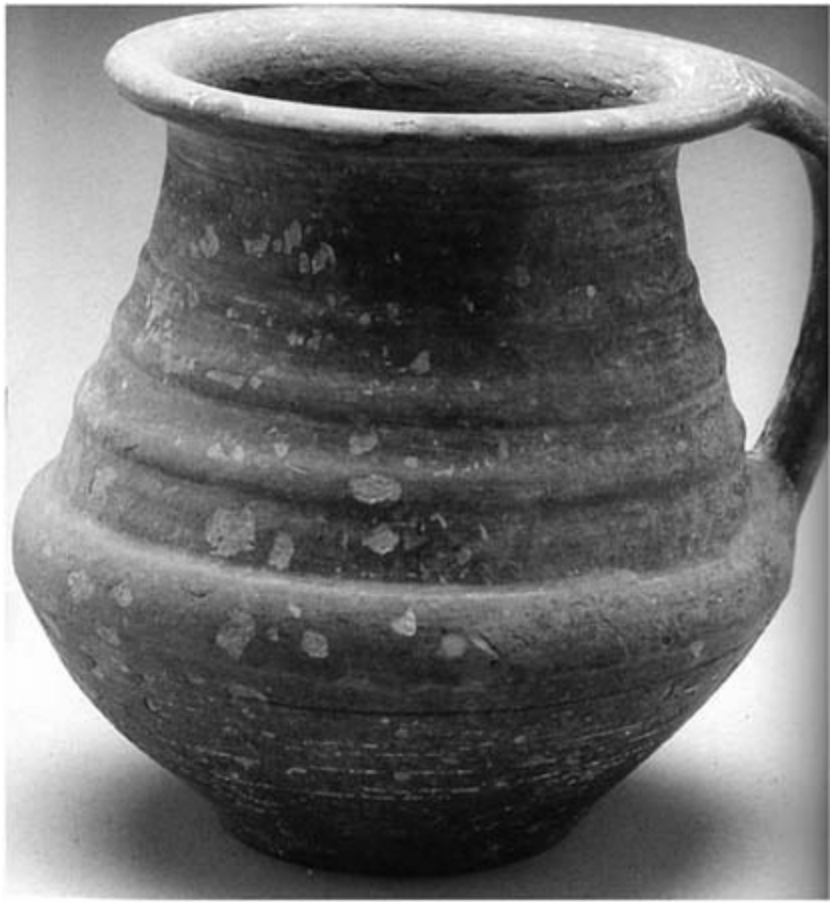
Ya en el interior de la provincia de Tarragona tenemos noticia de los kessetanos, asentados en torno al gran centro de Kesse, cuya área de extensión será ocupada posteriormente por los romanos para establecer su primer gran acuartelamiento en territorio peninsular a principios del siglo III a.C. creando el germen de lo que después sería la capital administrativa de la futura provincia tarraconense, la antigua Tarraco (actual Tarragona). Más al norte, en torno a la provincia de Barcelona, tenemos a los laietanos, repartidos en torno a diversos *oppida* como Puig Castellet (Sta. Coloma de Gramanet, Barcelona) u Olerdola, uno de los más importantes yacimientos ibéricos de toda Cataluña. Además de estas comunidades, en la Cataluña interior, lindando con las comunidades pirenaicas, tenemos a los ausetanos con asentamientos en la provincia de Lleida como La Gessera.

En el litoral en torno al Golfo de Rosas (Gerona), lugar donde se establecieron los dos únicos centros griegos documentados arqueológicamente en la península ibérica, las antiguas Emporion (L´Escala) y Rhode (Roses) se desarrolló una de las comunidades con mayor esplendor urbano de todo

el horizonte ibérico, los *indiketes*. Al abrigo de un intenso comercio agrícola con estos centros griegos, auténticas colonias que fueron clave en el contacto de Iberia con las redes comerciales del Mediterráneo, sobre todo, con las ciudades griegas del Asia Menor[15] (actual costa egea de Turquía), se desarrollan una serie de establecimientos y *oppida* como Mas Castellar del Pontós, Puig de Sant Andreu (Ullastret, Gerona) o Castell (Palamós, Gerona) que experimentarán un desarrollo espectacular desde el siglo V a.C. hasta la época de la dominación romana. Algunos de estos núcleos, como El Puig de Sant Andreu (Ullastret), llegarán a dotarse de un sistema defensivo muy desarrollado, así como de un desarrollo urbanístico perfectamente planificado que incluye la construcción de viviendas palaciales, como recientemente han descubierto los trabajos arqueológicos practicados en el yacimiento, seguramente con la colaboración de arquitectos de origen griego.

Este ámbito de la Cataluña ibérica se caracteriza por la importación de abundantes materiales cerámicos procedentes del comercio mediterráneo[16]; comercio que queda probado con la excavación de miles de silos para almacenar cereal en las inmediaciones o en los propios yacimientos indiketes. Dichos silos es taban destinados a la exportación de excedentes agrarios para los puertos griegos (seguramente con los helenos como intermediarios se comerciaba también con otros puntos del Mediterráneo). Una prueba más de los estrechos vínculos comerciales de los indiketes con las colonias comerciales griegas como Emporion son los abundantísimos fragmentos de ánforas, cerámicas de gran tamaño utilizadas para el transporte de grano, aceite y vino principalmente, de origen ibérico, que se encuentran en las excavaciones de la neápolis de Emporion (lugar de habitación de los griegos habitantes de la colonia gerundense). La producción de otros tipos de cerámicas pintadas en toda esta zona es muy semejante a la del resto del levante pero, a partir de mediados del siglo VI a.C., se desarrolla una tipología cerámica que va a tener amplia difusión por la costa catalana, sur de Francia y litoral valenciano. Esta cerámica de color grisáceo se caracteriza por la finura de sus pastas y por una serie de formas, la mayoría platos y cuencos. Se trata de uno de los tipos cerámicos ibéricos que más desarrollo tuvo, sobre todo, en el actual litoral de Cataluña por lo que se la denomina «cerámica gris» de la costa catalana.

Para acabar nuestro recorrido, no podemos dejar de hacer referencia a las comunidades ibéricas que habitaron el litoral meridional de Francia hasta la frontera natural que supone el valle del río Herault. Estas comunidades, que tal vez tuvieron un desarrollo sociocultural menor al que tuvieron los pueblos de la costa catalana como los indiketes, se movían en la esfera de influencia de la colonia focea de Massalia (Marsella) aunque con menor intensidad en sus con tactos que las ciudades situadas en el en torno de Emporion.



Jarrita de cerámica gris de la Costa Catalana. Pese a ser una cerámica con un origen muy delimitado, se expandió por un área muy amplia. Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo.

Como conclusión a todo este repaso etnográfico del mundo ibérico, podemos ob servar que ocupó un territorio complejo en su configuración política y social. Esto exige cierto esfuerzo de abstracción a aquellos que se acercan a él por primera vez, pero al mismo tiempo es un ámbito que posibilita su estudio como una de las culturas más peculiares del Mediterráneo occidental.

---

6 El término protohistoria, de clara influencia germánica, hace referencia al estudio de los pueblos de la prehistoria reciente o los inicios de la Edad antigua.

8 Debido, como ya hemos comentado, al excesivo protagonismo que ha tenido el estudio del horizonte tartésico.

9 Objeto o representación ofrecido a la divinidad en un templo o santuario.

10 Aunque los incluyo en el mismo grupo, hay investigadores que piensan que los primeros tienen una entidad diferente a la de los contestanos, que serían la comunidad más documentada de la zona.

11 Las precisiones son muy precarias cuando hablamos de etnias ibéricas, cualquier apunte aquí realizado lo es a título de apreciación.

12 Práctica ritual de origen helénico en la que se produce la amortización de vajillas como forma de sacrificio de tipo sepulcral.

14 Autores respectivamente de las *Historias, Historia de Roma* y *Púnica,* este último se trata del poema épico más largo de toda la historia de la literatura romana.

15 Una de las cuales, Focea, era la metrópoli de origen de los establecimientos griegos que jalonaban el Mediterráneo occidental desde Alalia (Córcega) hasta Emporion (Golfo de Rosas, Gerona) pasando por la importante polis colonial de Massalia (actual Marsella, Francia).

16 Sobre todo de cerámicas áticas de las denominadas de figuras negras y de Barniz Negro.

4

¿Cómo veían los antiguos griegos y romanos a los íberos?

Antes de pasar a analizar los diversos aspectos del iberismo, hemos de pro fundizar, si acaso de manera breve, en una fuente de conocimiento tan importante para el estudioso de la antigüedad como son los autores clásicos.

Desgraciadamente, y pese a los trabajos sobre los silabarios ibéricos realizados por Manuel Gómez-Moreno y otros continuadores del estudio de la filología paleohispánica, se guimos sin conocer de manera aceptable las antiguas lenguas ibéricas. Esta falta de testimonios directos provoca que no podamos extraer información útil de todos aquellos fragmentos epigráficos, con escrituras indígenas, que la arqueología ha podido documentar. De esta manera, para encontrar fuentes escritas referentes al presente tema de estudio hemos de fijar nuestro punto de atención en ambientes externos al mundo nativo. A la espera de la resolución definitiva del enigma lingüístico, el conocimiento de estos autores, su análisis e interpretación son imprescindibles en el trabajo de todo investigador del mundo antiguo. También resulta desafortunado el hecho de que no conservemos textos de importancia provenientes de los ámbitos fenicios y cartagineses, lo que restringe aún más nuestra búsqueda de datos útiles hacia aquellas fuentes que provienen de griegos o latinos.

El estudio de estos textos, como se verá a continuación, nos permitirá realizar una especie de etnografía de los diversos grupos humanos que habitaron la Península en época prerromana. La mayoría de datos son eminentemente descriptivos y se limitan algunas veces a una sencilla enumeración de ciudades u *oppida*, etnias o accidentes geográficos.

En ocasiones estas menciones han servido a los eruditos de nuestro reciente pasado para establecer diferentes mapas de distribución territorial de las diversas etnias. Esta cuestión se ha constituido a lo largo de un tiempo en un punto de divergencia, enfrentando a algunos autores en cuestiones, como los límites y las fronteras entre comunidades, que no resuelven problemas realmente interesantes para un mayor conocimiento o caracterización de esas mismas etnias. El estudio de los diversos documentos clásicos nos hará concluir que las adscripciones geográficas que nos apuntan para los pueblos ibéricos varían de unos a otros según las fuentes que estos utilizaron (que casi nunca son directas y por lo tanto imprecisas) y el momento en que compusieron su obra. No deben sorprender al lector estas variaciones pues pueden responder a fenómenos frecuentes en la antigüedad, como traslados de asentamientos o migraciones, o a simples errores en las transcripciones primarias, que han de ser analizadas con la suficiente perspectiva. Por tanto, nuestra búsqueda de información en dichas composiciones no ha de centrarse en situar a una determinada comunidad entre un determinado río, valle o monte, sino en rastrear aquellos rasgos que nos sirvan para calificar de manera más precisa y amplia a esas mismas comunidades.

La cronología de estos textos a los que nos referimos es casi siempre posterior a la época de las

Guerras Púnicas[17], escritos por autores que estudian una Hispania[18] convertida en provincia del Estado romano. Es por tanto una información circunscrita a los últimos momentos del iberismo, están además insertos en un contexto amplio y con un punto de vista exógeno que suele realizar menciones de lugares, personas y acontecimientos en tanto en cuanto están relacionados con el desarrollo de las guerras contra los cartagineses o con el imperialismo romano en general. Nos encontramos por tanto en un contexto periférico en el que muchas de las cuestiones se tratan de manera indirecta sin casi protagonismo.

Recreación de un mapa de la antigua Contestania a través de los pasajes de Ptolomeo, según Llobregat (1972).

Un rasgo que diferencia a este grupo de autores de otros más antiguos[19], que hacen referencia a la península ibérica, es la percepción del espacio geográfico. Para autores como Homero, Hesíodo o el propio Heródoto, así como los que compusieron algunos ciclos míticos como los de los Argonautas o Herakles, la referencia al extremo occidente se hace desde una perspectiva exótica, como tierra a la que solo arriban héroes extraordinarios como el propio Herakles u Odiseo, o navegantes y aventureros como Colaios de Samos.

Los autores que analizamos a continuación tienen una percepción geográfica diferente. Para ellos Hispania (o al menos una parte de ella) ha entrado en contacto con el mundo civilizado, es decir, forma parte de Roma. Muchos de estos autores son geógrafos o historiadores que tratan de analizar lugares y acontecimientos de los que tienen una certidumbre precisa. De ello podremos extraer conocimiento etnográfico con creto, pues muchos de ellos como Estrabón, autor de la *Geografía,* tuvieron la intención de explicar los modos y costumbres de estos pueblos, de integrarlos en una erudición general del mundo hasta entonces conocido. Estos conocimientos previos deben servirnos para esbozar de manera previa el contexto histórico en el que estos autores nos transmiten una información, para así poder valorarla de manera equilibrada.

El análisis que aquí hacemos no pretende ser en modo alguno exhaustivo, pero sí pretende ofrecer al lector un arco de autores con los que pueda hacerse una idea de qué modo reflejaron a las culturas indígenas de la Península y presentar un debate sobre el grado de validez de los datos que obtenemos por estos medios.

Siguiendo este criterio, creemos conveniente comenzar con Estrabón. Este geógrafo de formación griega nació en el antiguo reino helenístico del Ponto (actual costa norte de Turquía) en el siglo I.

a.C.; se trata por tanto de un contemporáneo del Emperador Augusto. Estrabón procede de una noble familia helenística que se pasó al lado romano durante el transcurso de las Guerras Mitridáticas[20].

Una vez producida la provincialización del Ponto, tras la conquista de Pompeyo, Estrabón encarnará perfectamente la figura del intelectual helenístico (heredero de una fecunda tradición cultural griega) que pone sus conocimientos al servicio de los nuevos amos romanos. Su principal obra, la *Geografía*, es un compendio de los saberes geográficos existentes tras la ampliación de la percepción geográfica que se había producido tras las conquistas de Alejandro Magno. Esa recopilación tiene un fin, su puesta al servicio de los nuevos gobernantes romanos. Es una especie de manual para el conocimiento de las provincias (aunque algunos ámbitos no se encuentren bajo dominación latina) destinado a los futuros gobernadores provinciales.

A su vez, Estrabón recoge una parte de la discusión sobre el concepto de Geografía, que dividía a los eruditos griegos, criticando una especie de cientifismo físico que detecta en algunos autores como Eratóstenes, así como otros geógrafos de la escuela de Alejandría para los que la geografía es principalmente una ciencia de medición y descripción física de los diversos elementos de la Tierra.

Estrabón introduce en su obra la descripción de las gentes que habitan esos lugares y algunas de sus formas de comportamiento, seguramente queriendo caracterizar de forma pintoresca, exótica o simplemente incivilizada a algunos de estos pueblos.

Dentro de su obra, la *Geografía*, es en los libros II y III donde nos habla de las gentes que habitan el litoral (sur y levante nos interesan a nosotros) de la costa ibérica. En el inicio del libro III nos hace una descripción pormenorizada de los territorios y fenómenos geográficos que componen el sur de la Península. Menciona a los bastetanos (III, 1, 7) como habitantes de la zona de Calpe, en las inmediaciones de las columnas de Herakles. Habla de la Turdetania en general (III, 2), que podríamos interpretar como el sustrato cultural que se superpone al influjo anterior, de raíz orientalizante. Además vincula a los bastetanos con la región de la Turdetania.

Más adelante (III, 3) habla de los ríos Anas (actual Guadiana) y Betis (actual Guadalquivir) como navegables, lo que los convierte en vías de comunicación de estos pueblos ibéricos de la Turdetania.

A lo largo de estos pasajes habla de numerosas ciudades, lo que puede ser indicativo de la tradición urbanística de esta zona, tradición que detecta la arqueología y que será recogida por los romanos para establecerse en algunas de las ciudades más prosperas de Hispania como Gadir (Cádiz), Corduba (Córdoba), Híspalis (Sevilla), Urso (Osuna) o Cástulo (Linares). Pero por encima de todas estas menciones la más distintiva caracterización que nos propone Estrabón la obtenemos de un pasaje (III, 1, 6) en el que nos cuenta de los Turdetanos que:

> (…) Estos son tenidos por los más cultos de entre los íberos, puesto que no solo utilizan escritura, sino que de sus antiguos recuerdos tienen también crónicas históricas, poemas y leyes versificadas de seis mil años (…)

A continuación también nos indica el uso de la escritura en otros pueblos del entorno:

> (…) También los otros pueblos íberos utilizan escritura, cuyos caracteres nos son uniformes, como tampoco es una la lengua (…)

Tenemos, en ese fragmento, una indicación a la diversidad lingüística y de escritura que caracterizó al mundo ibérico, seguramente siempre dentro de un tronco común. Aquí Estrabón nos caracteriza a unas gentes plenamente civilizadas y con una tradición jurídica que el autor, de manera exagerada, retrotrae a seis mil años de antigüedad como una manera de resaltar un origen antiguo y por lo tanto prestigioso. Un paralelo para este tipo de búsqueda de la tradición como signo de

prestigio lo podemos encontrar en la afirmación del historiador Heródoto de que Argantonios, el rey de Tartessos, vivió durante ciento veinte años como forma de expresar la longevidad de su linaje (Hrt. I, 163). Esa misma longevidad de Argantonios es mencionada por el propio Estrabón en su obra (III, 2, 14). No es casual la combinación de la referencia a la longevidad y la vinculación a Tartessos. Estrabón nos indica por medio de esta mención las raíces tartésicas del ámbito turdetano. Se trata en definitiva de resaltar el largo devenir civilizador de esta región.

Habla también (III, 2, 5) de la existencia de estrechos y canales que facilitan la navegación hacia esa zona y posibilitan un comercio con otras regiones del Mediterráneo.

De sus recursos agrícolas y pesqueros tenemos noticias (III, 2, 6-7), donde nos resalta la importancia de los salazones, introducidos por los fenicios en torno a las costas de Cádiz y Málaga. Pero por encima de estos, nos habla de las riquezas minerales, sobre todo de oro (III, 2, 8) y estaño, que junto a la fertilidad de las tierras nos dibuja un panorama de abundancia con el que los antiguos autores han caracterizado a la zona de la antigua Tartessos.

Pero Estrabón no solo habla de la Turdetania, también nos transmite información sobre otras regiones como los pueblos que habitan las regiones del levante. Nos habla del individualismo, según su expresión, de estas gentes (III, 4, 5). Comunica, por tanto, la idea de su fragmentación en pequeñas tribus e indica asimismo que es esta la causa de su debilidad frente a ataques extranjeros, como los púnicos y más tarde los romanos. Podemos interpretar esta afirmación como un reflejo del grado de estructuración de la sociedad ibérica en estas regiones, que todavía no había alcanzado, según lo que nos cuenta Estrabón, un estadio de entidad estatal, como pudieron ser Roma o Cartago.

Si bien es cierto que el nivel de desarrollo de la sociedad ibérica no había alcanzado los grados de sofisticación que muestran por aquellas fechas el universo griego o el romano, la simplificación que realiza Estrabón en este pasaje no responde a los diversos sistemas de organización territorial y urbana que la arqueología detecta en muchos puntos de estas regiones. La imagen salvaje e incivilizada que nos quiere transmitir sobre estos pueblos del levante se completa con referencias a su «(…) trapacería innata y su falta de sencillez (…)». Como decimos, esta imagen etnográfica, muy parecida a la que podría darse de la África negra durante el periodo victoriano del siglo XIX, si se nos permite el símil, choca contra la interpretación arqueológica de yacimientos tan dinámicos y que parecen tan desarrollados como los de Andalucía y el sureste. Resulta ciertamente contradictoria esta caracterización incivilizada con la afirmación de la utilización de sistemas de escrituras en otras tribus ibéricas que citamos más arriba (III, 1, 6).

Un asunto importante tratado por el autor del Ponto con relación a los pueblos que habitan la fachada levantina es la Vía Augusta (III, 4, 9), la antigua Vía de Herakles que suponía la principal ruta de comunicación terrestre de toda la Península. Esta vía de la que nos habla Estrabón constaba de dos rutas principales, una más ceñida a la costa entraba desde los Pirineos y llegaba a Gadir, de esta salía un ramal que atravesaba Albacete y entraba en Jaén por la apertura natural del Sistema Penibético, que coincide con el vértice superior del Valle del Guadalquivir. Una auténtica red de comunicaciones que los romanos aprovecharon para construir un tramo más en su asombrosa red de calzadas imperiales.

Acerca de los usos militares de los íberos (III, 4, 15) nos indica que eran típicamente peltastas[21]. También nos destaca su caballería, comparando sus caballos con los de la región de los Partos. La caballería era muy importante en el contexto de la tradición jerárquica autóctona y el arte nos da numerosos referentes a este modo de entender la aristocracia, tan extendida por todo el orbe mediterráneo. También será amplia la fama que alcancen los jinetes ibéricos en la antigüedad como mercenarios en diversas campañas militares contra griegos, púnicos y romanos.

Redundando en esta visión etnográfica que nos da Estrabón podemos hablar de cómo nos da noticia de la costumbre que tenían de lavarse los dientes con orín envejecido en cisternas o la de dormir en el suelo. Este discurso denigrante encierra la intención política de Estrabón de justificar la dominación romana como beneficiosa por su acción civilizadora frente a unas culturas bárbaras como, según afirma, era la ibérica.

Un asunto que ha suscitado la atención de los historiadores y juristas es el de la llamada *devotio*, a la que hace alusión Estrabón (III, 4, 18) y que podríamos definir como una especie de institución jurídico-religiosa que vincula a un grupo de guerreros aristócratas con su jerarca mediante un juramento sacro (seguramente dotado de elementos o rituales de iniciación) por el que estos se comprometen a no sobrevivir a su jefe en batalla. Se trata de una institución típica de sociedades primitivas cuyos paralelos más cercanos los encontramos en los *soldurii* célticos o en los *comitati* germánicos. Este elemento nos sirve para caracterizar mejor a una sociedad como la ibérica, basada en los lazos de señores militares y en su adscripción a un determinado territorio sobre el que ejercen su dominio.

Analizando de manera global las menciones realizadas por Estrabón, podemos concluir que la imagen que nos transmite de los antiguos íberos está fundamentada en su compromiso político con la potencia dominadora romana por lo que no duda en aplicar un paradigma de lo «bárbaro» para caracterizar a los antiguos habitantes de la Península frente a la «civilización» que supone la cultura romana. Una excepción evidente a este panorama lo encontramos en los turdetanos a quienes caracteriza como herederos de la tradición tartésica y plenamente desarrollada con elementos tan definitorios como la posesión de una tradición jurídica o incluso la conservación del recuerdo de su historia.

Otro escritor procedente de un ambiente helénico y nacido en el año 76 a.C., y que por lo tanto vivió los primeros años del reinado de Augusto, es Diodoro Sículo. El autor, de origen siciliota, fue un compilador incansable de textos y referencias múltiples. Entre sus fuentes documentales destacan otros autores como Hecateo, Heródoto, Ctesias de Cnido, Clitarco y Megástenes. Su principal obra fue la *Biblioteca Histórica* de la que conservamos parcialmente quince libros.

En Diodoro Sículo, su tendencia a convertirse en literatura de esparcimiento y su estilo esquemático y conciso, así como su carácter de compilador, han hecho que durante mucho tiempo, sobre todo en el siglo XIX, no haya sido tenido muy en cuenta como fuente, lo que sí ha ocurrido con otros historiadores antiguos más respetados tradicionalmente como Polibio o Tito Livio. Hoy hemos de revisar sus textos con mucha atención pues en ellos podemos encontrar una valiosísima información.

En su obra encontramos continuas alusiones a la riqueza metalífera de la Península (BH V, 35, 4), algo que ya era frecuente en otros autores anteriores y que no hace sino continuar con un tópico historiográfico que tuvo gran éxito en toda la antigüedad. En una referencia muy citada nos cuenta cómo unos mercaderes fenicios que arribaron a la península ibérica lanzaron sus anclas por la borda y fundieron unas nuevas en plata para así poder cargar con mayor volumen de este metal precioso.

También es muy curiosa la noticia que nos transmite sobre el envío de embajadas de paz a Alejandro Magno (BH, XVII, 113). No sabemos si este hecho se produjo en realidad pero, de ser así, resultaría muy sintomático de la integración indígena en las corrientes helenísticas que estaban surgiendo en el Mediterráneo, una integración que podemos registrar perfectamente por medio de la arqueología en lo que se refiere al contacto con los centros griegos y púnicos de Occidente.

Un pasaje de gran interés nos cuenta cómo Herakles se enfrenta a los tres hijos de Crisaor (IV, 18, 2-5), primer rey de Iberia, uno de los cuales era Gerión[22]. Estos acuden a su encuentro seguidos por

un ejército personal respectivamente. Esto puede ser interpretado como un reflejo de las formas de dependencia sagrada, *devotio*, en la que cada hijo de Crisaor sería un *princeps* al que se vinculan personalmente una serie de guerreros. Después nos dice en ese mismo pasaje cómo:

> (…) Vence a todos los caudillos y somete a la Iberia. Como recorriese el país de los íberos y recibiera honras de cierto reyezuelo de los indígenas que se distinguía por su piedad y sentido de justicia, le dejó como presente varios de los bueyes (…)

De este fragmento podemos deducir la existencia de un conjunto de reyezuelos que ejercían su gobierno en unas determinadas áreas de la Iberia antigua. El poder de estos reyezuelos estaba basado en el triunfo militar y personal ya que, en otro pasaje (IV, 19, 1), Diodoro nos narra cómo Herakles entrega «(…) el reino de los íberos a los nativos de mayor prestigio». El hijo bastardo de Zeus había obtenido el reino por la fuerza de las armas lo que le da legitimidad ante unos reyes que le rinden tributos y honras. En su potestad estaba el elegir quién habría de gobernar en su ausencia.

Es obvio que la interpretación de este pasaje, lo que podría ser una referencia a los legendarios tiempos de Herakles, a aquella etapa de exploración precolonial de la que hemos hablado en la primera parte de esta introducción, no es extrapolable directamente a la época que estudiamos pero sí que es el reflejo de la existencia de instituciones de tipo sociopolítico claramente aristocráticas/militares.

Más adelante compara a los sicanos de Sicilia con los habitantes de Iberia en torno al río Sicano (¿Júcar?) (V, 6, 1). No debemos dar, por falta de pruebas consistentes, verosimilitud a esta noticia pero sí que puede ser el reflejo, una vez más, de una estrecha comunicación entre Iberia con el territorio suditálico de la época colonial. Reafirmando esta interacción cultural mutua nos cuenta (XIII, 110, 5-6) cómo íberos y campanos luchaban juntos en las primeras Guerras Púnicas en Sicilia, en un ambiente claramente magnogreco.

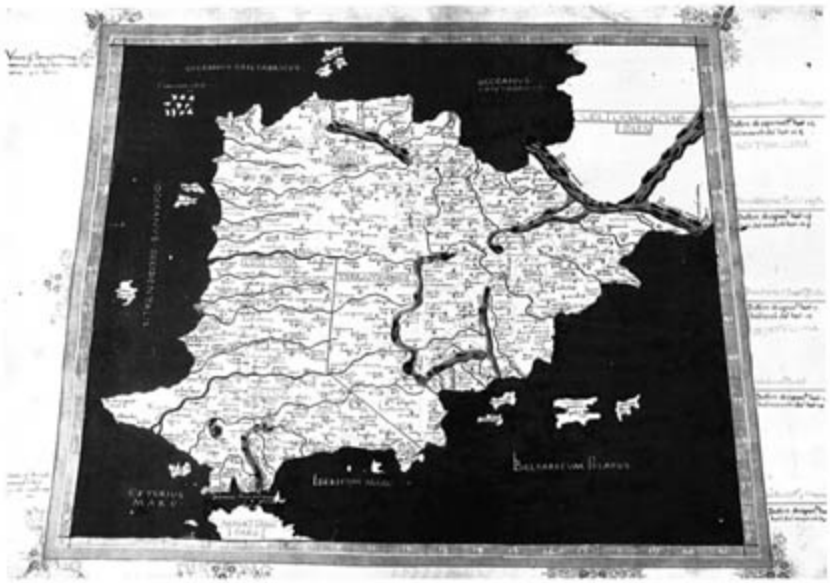
Un autor que aporta información de tipo geográfico es Pomponio Mela, autor tingitano[23] (su lugar exacto de nacimiento nos es desconocido) que fue contemporáneo al reinado de Claudio. En su principal obra, la *Corografía*, nos hace una descripción pormenorizada de la geografía ibérica, primero de manera general y luego dividida por provincias. En esta obra nos sitúa a Hispania como el primer territorio de Europa. Siguiendo una especie de caracterización geográfica nos explica el mito de Herakles y la separación del Estrecho de Gibraltar. Continúa indicándonos la peninsularidad de Hispania y nos la caracteriza por sus riquezas en «Hombres, caballos, hierro, plomo, cobre, plata y oro (…)» muy en la línea de los tópicos habitualmente manejados por los autores antiguos. Aporta además una serie de descripciones geográficas de las distintas provincias de la que podemos extraer numerosos topónimos, pero que no nos señalan información social o etnográfica de ningún tipo.

En una línea muy similar podríamos situar la información transmitida por otro ilustre geógrafo como Claudio Ptolomeo. Este griego del siglo II d.C. nació en Tolemaida Hermia (en el Alto Egipto) y desarrolló toda su actividad en Alejandría. Los ocho libros de su *Geografía* pueden reducirse a tres partes: la primera habla de la geografía entendida como ciencia. En la segunda se ocupa de las nomenclaturas y topónimos de lugares, ríos, accidentes y poblaciones. La tercera vendría a ser una recopilación de toda su extensa obra científica. La obra de Ptolomeo se convertirá en una referencia general para geógrafos y exploradores hasta el siglo XVI. Muchos mapas e identificaciones de lugares se han realizado a partir de su obra.

En línea con nuestro trabajo podemos encontrar una serie de nombres de ciudades y comunidades que podemos considerar como ibéricas o que están estrechamente conectadas con su ámbito. Al mencionar la bética, Ptolomeo enun cia a pueblos, como los turdetanos, los túrdulos y los bástulos.

Con respecto a la tarraconense, el número de comunidades se amplía y en contramos a bastitanos, contestanos, edetanos, iler cavones, cossetanos o kessetanos, laietanos, in digetes, ausetanos, castellanos (castellani que habitan en castellae) e iaccetanos.

Pese a la poca información que encontramos en relación con nuestro tema de estudio, sus textos han servido de referente para muchos arqueólogos que han discutido sobre la situación y extensión de algunas de estas poblaciones en la antigüedad, discusiones en las que no vamos a entrar por considerarlas poco útiles para nuestros fines.



Versión medieval del mapa de la península ibérica en época de Ptolomeo. La percepción de los autores clásicos influyó durante siglos en el concepto de la prehistoria reciente hispana.

Otro grupo de autores que aporta información que nos interesa analizar son los historiadores de Roma como Polibio, Tito Livio, César, Apiano, Dion Casio, Cornelio Nepote, Trogo Pompeyo etc. Todos ellos nos ofrecen noticias tangenciales, noticias en su mayoría de carácter político-militar, de la península ibérica y sus gentes en conexión a un periodo histórico de gran importancia (quizá el que más tuvo) en la tradición historiográfica latina, las Guerras Púnicas.

Los bárquidas trataron de establecer un control estable y duradero basado en los usos políticos helenísticos que estaban triunfando en todo el Mediterráneo desde el principio del siglo III a.C. Para ello iniciaron un programa de control de los recursos y materias primas de gran parte del ámbito central, meridional y oriental de la Península. Este control fue el fundamento con el que Aníbal se lanzó a la guerra contra la gran potencia surgida en el Mediterráneo occidental, ambos estados habían chocado algunos años antes en Sicilia durante la Primera Guerra Púnica.

Ante esta perspectiva no es de extrañar que el territorio hispano se convirtiese en un teatro de operaciones de excepcional interés estratégico para ambos bandos y, por ende, un punto de referencia para los cronistas e historiadores que hicieron referencia a esta contienda. De todos ellos queremos destacar, en primer lugar, a Polibio y a Tito Livio, por el valor cualitativo de las noticias referentes a los pueblos ibéricos que nos transmiten.

Polibio de Megalópolis es un caso similar en cierto modo al de Estrabón, se trata de un intelectual griego hijo de un aristócrata, deportado por Escipión el Macedónico en el 146 a.C., puesto al servicio del nuevo orden romano. De su magna obra, la *Historia Universal,* solo los cinco primeros libros nos han llegado de manera completa; el resto, unos cuarenta libros en total (según algunos eruditos de la antigüedad), nos ha sido restringido a algunas citas recogidas fundamentalmente por

Esteban de Bizancio, autor del siglo V d.C., y por Constantino Porfirogeneto ya en el siglo X d.C.

Polibio, durante su narración de las actividades de las tropas romanas en territorio hispano, nos indica una serie de informaciones que resultan muy interesantes de analizar para el estudioso del fenómeno ibérico. Por ejemplo, al hablar de la actividad de L. Cornelio Escipión el Africano, cónsul y general supremo de las tropas romanas (HU, X, 34, 1).

> (…) Escipión, el general supremo de los romanos, pasó el invierno en Tarraco. Primero logró la amistad y confianza de los íberos, mediante la devolución de los rehenes. En esto encontró un colaborador espontáneo en Edetón, rey de los edetanos (…)

El hecho de que presente a Edetón como rey o régulo de los edetanos nos indica unas formas sociales y de dependencia compuestas por una serie de reyezuelos y aristócratas a cuyo cargo queda un grupo de asentamientos. No sabemos hasta qué punto este tipo de monarquías estaban generalizadas en el ámbito ibérico de la época a la que nos estamos refiriendo, el año 209 a.C.; la arqueología parece demostrar una serie de cambios sociales cuya interpretación debe ser conjugada con mucho cuidado con estos textos, que podrían ocultar realidades políticas un poco más complejas de lo que pudiese parecer.

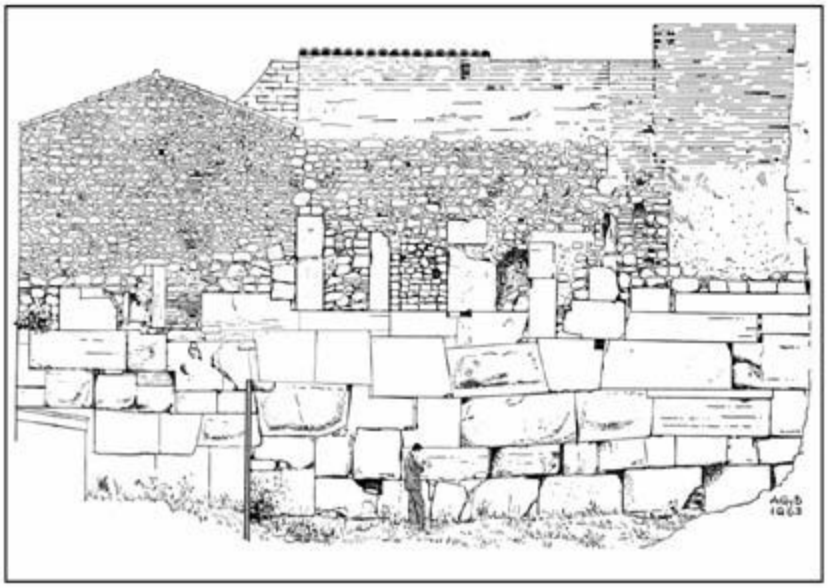
Este tipo de denominaciones genéricas, de régulos y reyezuelos, no deben aplicarse sin más a todos los ámbitos del iberismo pero en algunos casos debe servir como una aproximación de cara a la mejor caracterización socio-política de estos pueblos.

En ese mismo capítulo (X, 40,1) encontramos un famoso fragmento:

> Al día siguiente reunió a todos los prisioneros, unos diez mil soldados de infantería y más de dos mil jinetes[24], y dispuso personalmente de ellos. Los íberos que, en las regiones citadas anteriormente, habían sido aliados de los cartagineses, fueron a la lealtad de los romanos; a medida que se iban encontrando con Escipión le llamaban rey. El primero que lo hizo, que le veneró, fue Edetón y, a continuación, Indíbil[25] y los suyos. Hasta aquel momento Escipión no hizo caso de la palabra. Pero después de la batalla le llamaban "rey" todos y la cosa le llegó a sus oídos. Entonces congregó a los íberos y les manifestó su deseo de tener la fama de real en todas partes por el hecho de serlo, pero no quería ser rey, y mucho menos que le llamaran así (…)

Una lectura clara sobre el carácter de los sistemas de gobierno puede extraerse de este pasaje. Escipión, vencedor militar de la guerra, es aclamado como rey por los pueblos ibéricos. Seguramente Indíbil y Edetón eran conscientes del verdadero estatus de Escipión pero el poder de esas aristocracias ibéricas era un poder de tipo militar, un fenómeno común en muchas culturas protohistóricas del occidente mediterráneo, tanto es así que asimilan su *imperium* o mando militar con su poder político y por eso es aclamado como rey.

En contraposición a esta concepción personalista, aristocrática y guerrera del poder político, tal y como la concebían los antiguos íberos, tenemos al general Escipión, en un estadio superior que rechaza la dignidad real que le ofrecen. Este tratamiento se puede vincular con el desprestigio que la monarquía alcanzó en la historiografía latina, aunque la manera exagerada con la que Polibio nos resalta ese rechazo seguramente tenga que ver más con el afán propagandístico a favor del círculo de los Escipiones que con la matriz ideológica de los generales romanos de esta época.



Reconstrucción del paramento poligonal de un lienzo monumental de Sagunto, según García y Bellido (1963).

Ambos textos parecen transmitirnos unas formas de gobierno muy homogéneas en casi todas las etnias mencionadas. Tal vez esta simplificación se deba a motivos propagandísticos, como ya apuntábamos en nuestro análisis de Estrabón. Hoy, la mayoría de la comunidad científica se inclina a pensar en formas de gobierno mucho más heterogéneas, y sobre todo más complejas, de las que nos quieren reflejar la mayoría de los historiadores latinos. Queda pendiente una revisión definitiva de este asunto sobre la base de los continuos descubrimientos que se refieren a esta materia.

Otro gran historiador, tal vez el historiador de Roma por antonomasia, es Tito Livio. Nacido en Patavium (Padua) entre el año 65 y el 59 a.C., nos cuenta en su famosísima obra *Ab Urbe Condita* (Historia de Roma desde su fundación), su versión sobre los orígenes de la Segunda Guerra Púnica. Es en este punto en el que tenemos que llamar la atención sobre un tema muy recurrente en la historiografía pasada de nuestro país[26], Sagunto y su asedio por parte de las tropas de Aníbal.

Sagunto, una de las ciudades ibéricas que cuenta con mayor información en las fuentes, ha sido objeto de diversos trabajos arqueológicos que detallaremos cuando abordemos su análisis. Las revelaciones de Tito Livio sobre la ciudadela saguntina son de especial interés y significación para el tema que nos ocupa. Sobre la toma de Sagunto (XXI, 14, 1), Livio nos narra:

> (…) Como para escucharlo se había ido situando poco a poco alrededor, la multitud mezclándose asamblea del pueblo y senado, súbitamente los ciudadanos principales se retiraron antes de que se diera una respuesta, reunieron en el foro todo el oro y plata del tesoro público y probado, y arrojándolo al fuego encendido con ese fin deprisa y corriendo, también ellos en su mayor parte se precipitaban en las llamas (…)

Este pasaje ha de ser analizado con mucho cuidado, ya que está escrito desde la óptica, no lo olvidemos, de un autor romano del siglo I a.C. En primer lugar habla de una «asamblea del pueblo» y de un «senado», ambos nombres responden sin duda a modelos latinos, que son los que Livio conocía y, por lo tanto, su aplicación no debe ser tenida en cuenta *sensu stricto*. Aunque esto no invalida la tesis de que se trate de una prueba de sistemas de representación cívica en Sagunto, una forma de gobierno que ahora definitivamente no puede ser interpretada como un régulo aristócrata y su grupo de *devoti*. Además es una clara indicación de conciencia cívica común de los habitantes del *oppidum* saguntino. Un referente arqueológico, aunque más tardío, para este asunto lo tenemos en los, ya mencionados, exergos monetales ibéricos del siglo II y I a.C. donde encontramos terminaciones en -

sken, que vendría a ser el equivalente ibérico del *-ιων* (genitivo plural) de las monedas griegas. Siguiendo esta interpretación nos parece interesante destacar que Tito Livio utilice la expresión «ciudadanos principales» para referirse a algunos saguntinos.

Más abajo, en ese mismo fragmento, encontramos la utilización de la palabra «foro» que, como hemos de advertir, ha de leerse otra vez desde un punto de vista crítico, pero no por eso hemos de dejar de entrever alguna referencia a espacios públicos de algún tipo para reuniones de carácter cívico, o más posiblemente espacios amplios que sirvan como escenario al comercio de esta ciudad portuaria.

Utilizando este fragmento podemos caracterizar al Sagunto ibérico como un *oppidum* que desarrolla algún tipo de institución pública compleja. Quizá este desarrollo e importancia hayan sido exagerados por las tradiciones historiográficas y literarias latinas, y más tarde amplificadas por las españolas de edad contemporánea, pero sin duda hemos de caracterizar a Sagunto/Arse como una ciudad portuaria, acostumbrada al contacto con otros pueblos del Mediterráneo y quizá por ello poseedora de algunos rasgos cívicos más desarrollados que otros *oppida* peninsulares. Sin entrar profundamente en la problemática de este apasionante y complejo yacimiento, sí querríamos destacar que fue Antonio García y Bellido el que publicó un famoso artículo titulado *Artemision von Sagunt*, en el que argumentaba a favor de la identificación de una serie de restos murarios como un posible templo a Artemis del tipo efesio, lo que encajaría muy bien con ese ambiente comercial de *emporio* que tuvo que tener Sagunto en la antigüedad. Sobre el Artemision saguntino te ne mos noticias en las fuentes, concretamente en la *Historia Natural* de Plinio el Viejo (XVI, 79, 216), que nos hablan de un templo de Diana en Sagunto «(…) con vigas de enebro (…)» y curiosamente «(…) respetado por Aníbal (…)»; nos cuenta también que se trata de una deidad «(…) traída de Zacyntos con los fundadores, doscientos años antes de la destrucción de Troya (…)» Aquí encontramos una alusión al supuesto origen griego de Sagunto que la haría proceder de una fundación colonial de Zacyntos, cuestión que viene a introducir un elemento más en la rica y compleja tradición historiográfica saguntina, de la que hemos querido hacernos eco en esta parte de la introducción dedicada a las fuentes clásicas.

Un último autor que también menciona a Sagunto en su obra, de los muchos que podría mos mencionar, es Cayo Silio Itálico, autor nacido en el año 26 d.C., durante el reinado de Tiberio y muerto por una huelga de hambre en el 101 d.C. durante el reinado de Trajano. Silio Itálico fue cónsul en el año 68 d.C. Y, después de retirarse a Nápoles, compuso su gran obra, *La Guerra Púnica,* un poema épico donde narra la guerra contra Aníbal en más de 12.000 versos siendo el poema latino más largo que conservamos.

Durante el transcurso de su poema hace varias alusiones a los habitantes de Iberia, caracterizando a los íberos (I, 220-227) como gentes «apegadas al caballo y a la guerra, siempre dispuestos a entablar batalla». Seguramente se trate de una exageración que ahonda en el tópico de las bandas de guerreros vinculadas a sus jefes hasta la muerte mediante la *devotio*, cuestión que ya hemos explicado detalladamente más arriba. Tendríamos aquí los ecos de esa visión etnográfica que nos transmitía Estrabón, así como otros autores que sin duda influyeron en el poeta a la hora de componer su poema. Silio Itálico utiliza además muchos otros tópicos de la historiografía latina para referirse a la Hispania, por ejemplo nos menciona la abundancia de metales preciosos (I, 228), así como el del cultivo de la vid y el olivo (I, 235). En el libro III de su poema (III, 214-405) nos habla de los sedetanos que habitan en ciudades alrededor del Sucro (¿Júcar?) y cuya capital sitúa en Saetabis (Játiva), ciudades estas gobernadas por Mandonio[27] y Caeso.

Habla de Cástulo e Híspalis, famosos por su comercio. Habla de otras ciudades del mediodía

peninsular: Carteia, Munda y Corduba, a la que llama «tierra rica en oro». Un dato interesante que podemos extraer de estos pasajes es la vinculación de un grupo de ciudades a otra mayor o, lo que es lo mismo, formas de gobierno basadas en la dependencia sobre la base de un criterio territorial. El estudio macroespacial de las regiones ibéricas (abordado sobre todo por A. Ruiz, M. Molinos y la escuela de la Universidad de Jaén) ha dado como resultado la creación de un modelo de habitación basado en un núcleo principal en torno al que se articulan asentamientos secundarios. Ese parece ser el caso del Tossal de Sant Miquel de Llíria (Valencia), la antigua Edeta, con jerarquía sobre centros de menos entidad como puedan ser el Puntal dels Llops (Valencia) o el Castellet de Bernabé, o por ejemplo el de Ullastret (Gerona) y el hábitat de Illa d´en Reixac.

Incidiendo en esta temática de la servidumbre comunitaria pero moviendo nuestro foco de atención hacia otro tipo de fuentes escritas, es decir, las epigráficas, hemos de traer a colación una famosa inscripción de excepcional va lor documental, el Decreto de L. Emilio Paulo sobre la Turris Lascutana, fechado a principios del siglo II a.C. cuando la conquista romana estaba todavía reciente. En él se recoge la orden de que los lazos de servidumbre que unían a los lascutanos con los astienses [habitantes de Asta Regia (Cádiz)] desaparezcan en virtud del nuevo poder romano instaurado tras la Segunda Guerra Púnica.

En este bronce encontramos la prueba de la existencia de lazos de dependencia comunitaria en los círculos sociales protohistóricos y, aunque bien puede tratarse de un caso puntual, no sería muy descabellado pensar en la posibilidad de que pudiese ser extrapolado a los ejemplos que acabamos de citar en otras regiones del ámbito ibérico, siempre teniendo en cuenta las peculiaridades de cada comunidad.

---

17 En este caso nos referimos exclusivamente a las dos primeras (264 a.C.-202 a.C).

18 Nótese que utilizo el término latino y no el de Iberia.

19 Anteriores al siglo IV a.C.

20 Llamadas así en honor a Mitrídates VI Eupator, Rey del Ponto, ca.132-63 a.C.

21 Guerreros armados ligeramente con escudo y jabalina o espada corta.

22 Es una versión del famoso episodio de la lucha de Herakles y Gerión, el mitológico monstruo de tres cabezas que guardaba un rebaño de bueyes.

23 De la Tingitania africana, una región situada en el norte del continente africano.

24 Una cifra exagerada para el volumen real de la batalla.

25 Famoso régulo de los ilergetes que junto a Mandonio protagonizó la famosa revuelta contra los romanos a principios del siglo II a.C.

26 Sobre todo por su simbología nacionalista.

27 Régulo que protagonizase una revuelta junto a Indíbil, enfrentándose al ejército romano.

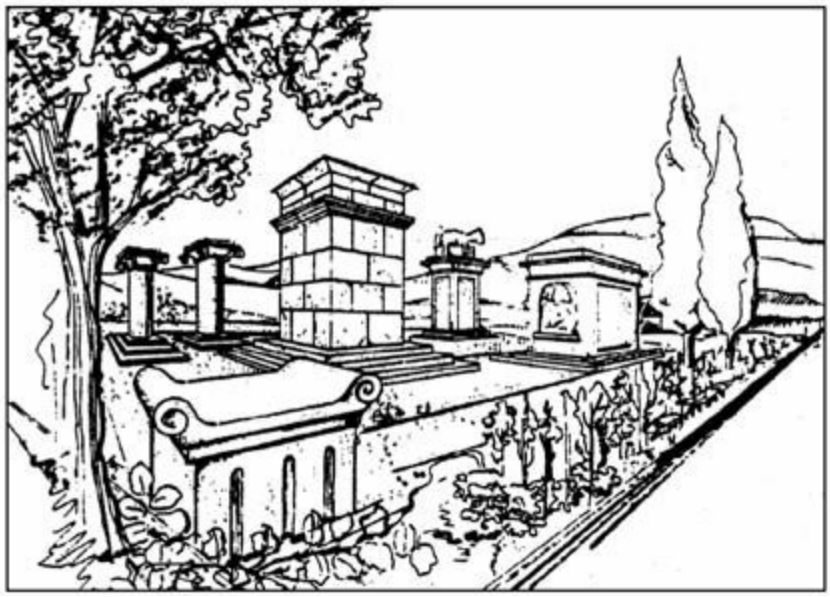
5

Reyes, aristócratas y caballeros (¿y esclavos?)

ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE

Como decíamos en el capítulo anterior al referirnos al estudio de las poblaciones ibéricas de la provincia de Albacete, las necrópolis han sido una fuente de conocimiento muy importante a la hora de conocer la sociedad que las produjo. Este tipo de estudios es heredero de una línea de investigación abierta en los países anglosajones durante la atribulada década de los sesenta, la llamada Arqueología de la Muerte. Esta forma de realizar estudios arqueológicos parte de un principio básico que, a falta de unas puntualizaciones, resulta bastante lógico desde un punto de vista científico: las diferencias sociales de la vida tienen su reflejo en la muerte. Obviamente no debemos ser tan ingenuos de pensar que al excavar una necrópolis ibérica vayamos a tener un reflejo perfecto de las relaciones sociales de sus individuos. Son muchas y muy complejas las posibles variantes que pueden distorsionar nuestra visión.

Un ejemplo actual puede que sintetice y clarifique las posibles distorsiones que puedan producirse según el individuo depositado. Hace poco tiempo tuvimos conocimiento del caso de una anciana de un pueblo andaluz que habiendo vivido toda su vida como mujer de un jornalero, pasando épo cas de hambruna, había conseguido ahorrar lo suficiente como para construirse un mausoleo de mármol de Carrara que superaba en riqueza a cualquiera de las tumbas del cementerio de su pueblo. Si dentro de doscientos años los arqueólogos excavan ese cementerio (al que académicamente denominarán necrópolis) llegarán seguramente a la conclusión de que esa anciana se encontraba entre los potentados de la zona, algo que resulta ser completamente falso. Casos como este, aunque resulte ciertamente exagerado, nos ilustran acerca de las dificultades que puede encontrar un investigador a la hora de interpretar la posición social de cada uno de los individuos enterrados en un ámbito funerario.



Reconstrucción ideal del paisaje monumental de la necrópolis de El Cigarralejo, según Castelo (1993).

Pero no solo las tumbas, con sus ajuares funerarios (perfectamente analizables según las bases teóricas de la Arqueología de la Muerte), nos dan información con la que poder conocer mejor la sociedad ibérica, también las ciudades de los vivos, frente a las ciudades de los muertos (pues ese es el significado etimológico de la palabra necrópolis), contienen indicios que nos permiten vislumbrar qué clase de organización social tenían las antiguas comunidades que estudiamos. Asimismo la epigrafía y los textos conservados de autores antiguos[28] también son, como hemos comprobado, fuentes de información que resultan de gran utilidad para el estudio de la sociedad en esta época por lo que serán mencionadas a lo largo de este capítulo.

Habiendo realizado esta introducción a las fuentes del conocimiento (mejor dicho del escaso conocimiento) sobre la sociedad ibérica, vamos a proceder a explicar una serie de rasgos generales para después, realizando un ejercicio de estratificación social, analizar los diversos grupos o clases sociales de manera vertical. Un primer rasgo que quisiéramos destacar es que, al no ser el mundo ibérico una entidad estatal de cierta homogeneidad, las conclusiones que expongamos en las siguientes líneas deben ser matizadas en función de cada región e incluso de cada asentamiento, que puede presentar sus propias peculiaridades. Otro rasgo básico para su adecuada comprensión es que no estamos tratando con una sociedad exclusivamente gentilicia, es decir, que los vínculos sociales no se basan únicamente en la concepción familiar de los grupos que componen una comunidad. Resulta innegable que existían grupos humanos unidos por lazos familiares y más ampliamente por antepasados comunes o entidades totémicas, si se me permite la expresión, pero la sociedad ibérica era lo suficientemente compleja como para que fuesen patentes diferenciaciones en individuos por motivos de índole económica o sociopolítica. La antigua Iberia se encontraba inserta, aunque de manera periférica, en los circuitos comerciales mediterráneos y por tanto funcionaba en términos socioeconómicos proporcionales. En términos sociopolíticos esto se tradujo en el surgimiento de unas elites, aristocráticas o principescas, que contaron con el apoyo de un estamento sacerdotal y sobre todo con la fuerza de las armas. Con la utilización de ambos elementos, el bélico y el ideológico, estas elites consiguieron situarse en la cúspide de la sociedad ibérica ejerciendo su control sobre los medios económicos, técnicos y humanos por medio del dominio previo de los medios militares y su programa de legitimación ideológica.

La apertura de esos medios militares a un espectro más amplio de la población, como prueban los

ajuares exhumados en diversas necrópolis de distintas épocas, será uno de los elementos en los que se apoyará la evolución social, en el ámbito levantino y meridional, desde su periodo inicial hasta el inicio de la conquista romana. La generalización de armas en los ajuares funerarios a partir del siglo IV a.C. nos in dica que la necesidad de contingentes gue rreros cada vez más amplios fue uno de los factores que obligó a un cierto ensanchamiento de las clases dirigentes en época ibérica.

Pero dejemos de momento estas cuestiones para acercarnos de manera un poco más profunda al ordenamiento social de esta época. Si guiendo un esquema de exposición clásico, pri me ro vamos a centrarnos en la punta de la pirá mide social de estas comunidades para finalizar caracterizando, en la medida de lo posible, a las clases sociales con menor hegemonía. Dicho en otros términos, esto vendría a decir que primero vamos a analizar a aquellos que controlaron los medios de producción y después a aquellos que los hicieron efectivos.

REYES, PRÍNCIPES Y ARISTÓCRATAS

Las fuentes latinas, como hemos visto anteriormente, suelen referirse a los gobernantes de los centros ibéricos mediante el término *regulus*. Estos *reguli* ibéricos son caracterizados como una especie de señores feudales que ejercían su poder en un territorio articulado en torno a un número determinado de *oppida*. Asimismo siempre aparecen como los destinatarios de juramentos sagrados o pactos rituales mediante los cuales una serie de guerreros se vinculan a uno de estos príncipes haciendo promesa de no sobrevivirles en batalla. Estos vínculos o juramentos sagrados, que fueron utilizados con posterioridad por altos personajes romanos como César o Sertorio, fueron denominados por los autores de los que hemos hablado mediante los términos *fides* o *devotio*. Estos jerarcas, con sus bandas de guerreros, componían, según los autores de época romana, la cúpula de la jerarquía social ibérica en las fuentes clásicas. La arqueología, como acostumbra a hacer, se empeña en demostrarnos un panorama mucho más complejo.

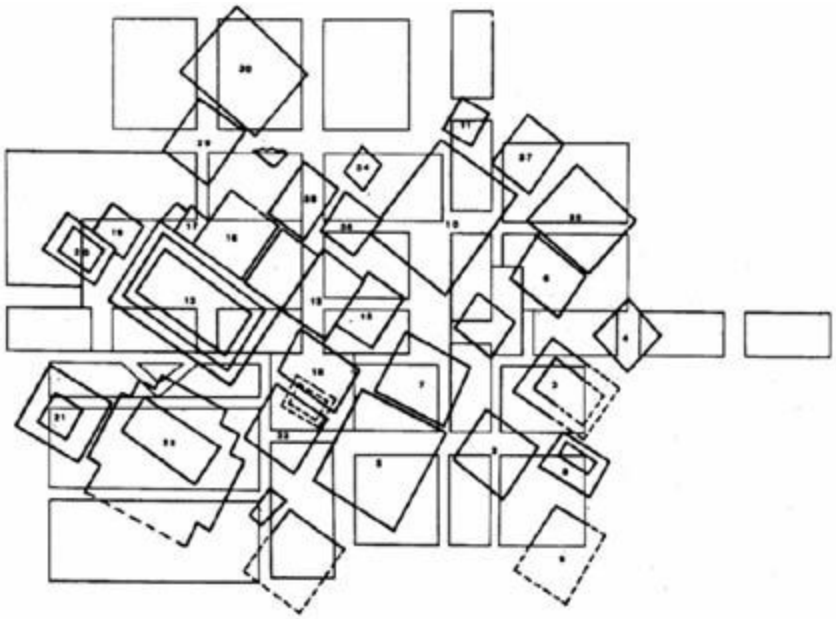
El inicio del periodo ibérico, mediados y finales del siglo VI a.C. aproximadamente, nos presenta un panorama radicalmente diferente al que hemos explicado anteriormente. Para explicar esto vamos a centrarnos en un hallazgo tan importante como el del monumento funerario de Pozo Moro (Albacete) y su programa iconográfico que nos da una visión distinta de la cabeza social de la época. En sus relieves observamos claramente cómo se articula un discurso ideológico, que incluye escenas fundacionales e hierogamia[29], encaminado a justificar la preeminencia de un linaje dominante al modo de las monarquías sagradas de Oriente, donde el gobernante es parte de la divinidad y la religión suele ser una parte de la justificación ideológica de su poder. En Tiro, ciudad fenicia de la costa de Líbano, en el santuario de Astarté, el espacio de culto de la divinidad protectora de la ciudad es una dependencia más de la residencia real, lo que nos indica claramente la existencia de una religión oficial.

Reconstrucción en 3D del santuario de Cancho Roano, en Zalamea de la Serena (Badajoz), según Celestino Pérez (2001).

En la península ibérica, en un ámbito ciertamente alejado de la tradicionalmente considerada zona ibérica, en Zalamea de la Serena (Badajoz) se ha excavado un santuario que podría haber servido como residencia palaciega (o más bien como palacio-santuario según los términos en los que nos estamos expresando) de un monarca sacro de estas características, como se ha documentado en numerosos edificios similares de las grandes dinastías de Próximo Oriente, como Ugarit o Mari. En cualquier caso debemos observar que son muy escasos los restos funerarios o tumbas que podamos fechar en el ámbito ibérico con anterioridad al siglo V a.C., por lo que hemos de deducir que una parte minúscula de la población tenía acceso a una sepultura de cierta entidad. Uno de estos pocos ejemplos, Pozo Moro, ha servido para que nos demos cuenta de las vinculaciones sociales de aquellas gentes con el Oriente mediterráneo.

Ya en el siglo V a.C. se producen ciertos cambios en el registro arqueológico funerario que nos sirven para reconstruir posibles evoluciones en la configuración de estas clases dominantes. Se produce un crecimiento en la cantidad de sepulturas y un cambio en su forma. Ya no tenemos grandes monumentos como Pozo Moro, sino tumbas de cámara así como una tipología funeraria que caracterizó a las aristocracias del sudeste, el pilar-estela, que consistía en un pilar levantado sobre una moldura o basamento escalonado y rematado por una cornisa que servía de soporte de una escultura zooforma, así como encachados tumulares y ornamentaciones escultóricas exentas. Estos ejemplos funerarios no tienen ya el carácter ideológico de las monarquías de tipo oriental sino que parecen el reflejo de aristocracias guerreras, similares en su concepto a los sepulcros de los reyes aqueos de la Guerra de Troya, aunque a una escala y a un concepto diferentes. Este tipo de aristocracias desarrolladas también en otros ámbitos del Mediterráneo, como el mundo etrurio o el sur de Italia, adquieren ciertas formas culturales o costumbres, como el consumo del vino (documentado a través de la importancia de cerámicas áticas) o la realización de rituales de banquete (*symposium*) y algunos de tipo funerario como los *silicernia*, consistentes en la destrucción ritualizada de grandes conjuntos cerámicos de calidad, normalmente asociados a banquetes fúnebres. En los Villares de Hoya Gonzalo (Albacete) se han excavado, asociados a dos sepulturas de aristócratas fechadas en el siglo V a.C., los restos de dos *silicernia* de decenas de vasos griegos pintados. También se han encontrado en dichas sepulturas marfiles etruscos que formaban parte de la decoración de cofrecillos de lujo en los que se reprodujo la imagen de un *symposiasta* o participante de un banquete al estilo griego. Este tipo de iconografía se encontraba muy extendida dentro del

ámbito funerario etrusco (como muestra tenemos el célebre sarcófago de los banquetistas, conservado en el Museo de Villa Giulia, Roma) que también es asumida en parte por estos aristócratas ibéricos, completando un contexto arqueológico que nos remite de lleno a un entorno principesco de clara influencia griega.



Planimetría esquemática de la necrópolis albaceteña de Los Villares de Hoya Gonzalo, según Blánquez (1994).

Esta nueva clase social tiene su mejor representación en dos de los conjuntos escultóricos más importantes de nuestra antigüedad prerromana, los de Porcuna y El Pajarillo (ambos encontrados en la provincia de Jaén) que nos indican cómo estas elites quisieron vincularse a un pasado épico, reconocible por todos los habitantes de un territorio a través de ejemplos artísticos como los citados conjuntos escultóricos conservados en el Museo Provincial de Jaén y, sobre todo, a través de tradiciones orales similares a las que perpetuaron las gestas que narran los poemas homéricos durante el periodo geométrico[30] en Grecia. Estos aristócratas fueron estableciendo su control sobre los grandes centros creando un mando efectivo sobre el territorio a través de los numerosos fuertes, atalayas y demás puntos secundarios que la arqueología está documentando en los últimos años, todos ellos dispuestos de manera claramente estratégica para dominar las comunicaciones naturales, las principales vías de comercio y los recursos de cada una de las áreas bajo su poder.

Exvoto procedente de las excavaciones en el Santuario Ibérico de El Cigarralejo. Museo de Arte ibérico de El Cigarralejo.

La ideología de esta clase se completa con su contenido ecuestre. El dominio del caballo ha sido un elemento tradicional identificado con la configuración de las clases dominantes en las culturas del Mediterráneo en la antigüedad. La capacidad de poseer y mantener un caballo, sobre todo con fines militares, ha sido desde muy antiguo un símbolo de estatus social. En el ámbito indígena tenemos esta simbología en numerosas representaciones de indudable carácter jerárquico, como las esculturas de Porcuna donde encontramos una clara asociación entre el estamento aristocrático, las formas guerreras y los símbolos ecuestres. Esta asociación entre lo aristocrático y lo ecuestre se puede observar con mucha mayor precisión en el santuario de El Cigarralejo (Mula, Murcia) donde se han recuperado en torno a cincuenta ejemplares escultóricos de temática ecuestre. Estos restos seguramente estarían dotados de connotaciones o significados iconográficos concretos que hoy solo podemos atisbar.

Copa ática de figuras rojas del llamado Pintor del grupo de Viena 116. (s. IV a.C.). Productos de importación similares llegaban para su consumo por parte de las aristocracias ibéricas. Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo.

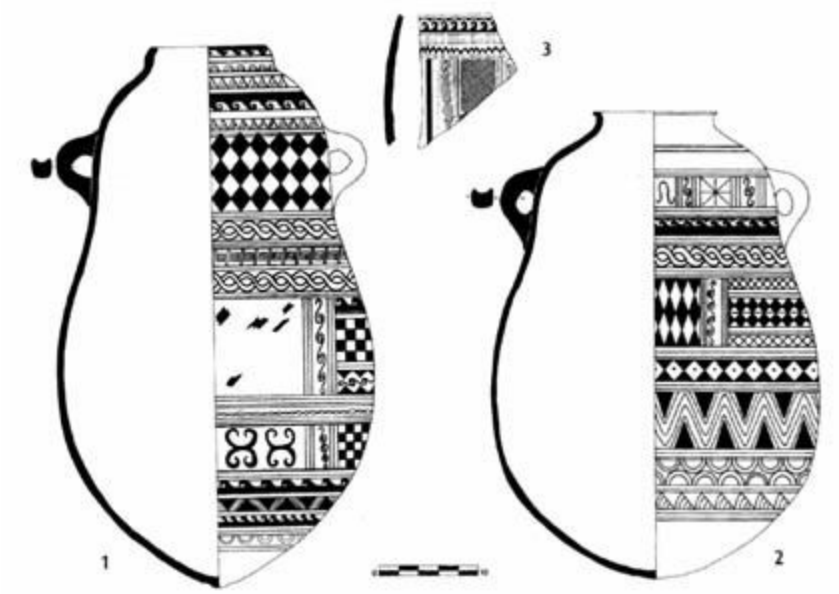
El siglo IV a.C., según introducíamos al principio del capítulo, marca un cambio fundamental en las estructuras sociopolíticas prerromanas. Las mismas necrópolis en las que se encontraban monumentos fechados entre los siglos VI-V a.C. presentan ahora sepulturas más modestas con ajuares cerámicos más complejos, prueba del desarrollo de las redes comerciales con el Mediterráneo y, sobre todo, con el tráfico de cerámicas áticas, además de generalizarse la aparición de armas entre los restos asociados al difunto. Esto se ha interpretado como un reflejo del proceso de sistemas de gobierno más complejos y jerarquizados que incluyen a más individuos entre las clases acomodadas, en resumen, la sociedad ibérica se vuelve más compleja. La necesidad de disponer de efectivos guerreros cada vez más amplios para defender los intereses de los diversos *oppida,* con sus correspondientes territorios dependientes, provoca también la creación de una escala social capaz de acomodar a todos estos individuos que teniendo indudable conciencia cívica de pertenencia a un territorio, comunidad o establecimiento determinado están en facultad de defenderlos por medio de las armas. Este proceso de evolución social todavía no ha podido ser perfectamente clarificado por la arqueología, pero la existencia de estructuras arquitectónicas de carácter público en el seno de asentamientos ibéricos desde el siglo IV a.C. (en algunos casos antes) nos indica el desarrollo de formas de gobierno más complejas que podemos denominar con el apelativo de pre-estatales. Serán este tipo de organizaciones sociopolíticas, en desarrollo hasta alcanzar el grado de las instituciones cívicas (como ocurre en el caso de la imagen de Sagunto que nos transmiten las fuentes latinas), las que se encontraron cartagineses y romanos cuando fijaron su atención en la península ibérica en el siglo III a.C.

CAMPESINOS, GANADEROS Y PEQUEÑOS ARTESANOS

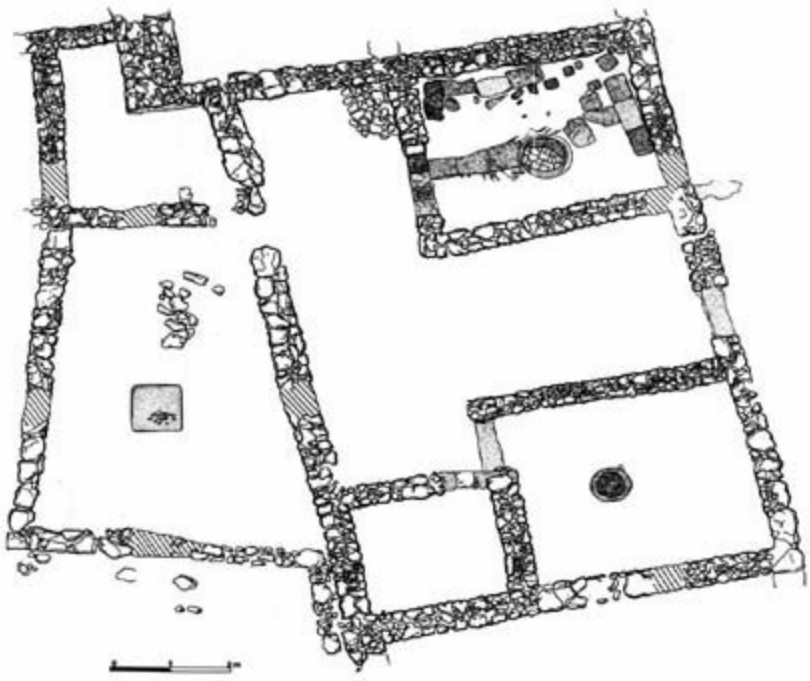
Como suele ser habitual en el campo de los estudios sobre las sociedades de la antigüedad, hemos fijado nuestra atención en las clases privilegiadas, aquellas que por su preeminencia sobre sus contemporáneos han dejado un volumen mucho mayor de información para su investigación por parte de los eruditos y arqueólogos. Pero ¿qué ocurre con las clases menos favorecidas, aquellas que compusieron la base de la pirámide social de las comunidades ibéricas? Como ya hemos mencionado, el acceso a una sepultura de cierta entidad estuvo reservado a una selecta minoría sobre todo durante el periodo formativo de la cultura ibérica (siglos VI-V a.C.). Para el resto de la población hemos de suponer rituales más modestos, seguramente de cremación sin posterior inhumación o exposición del cadáver que no dejan restos detectables por los métodos arqueológicos. Por lo tanto perdemos en este caso la posibilidad de realizar una profunda Arqueología de la Muerte en el caso de las clases humildes de la época. Ante esta carencia de materiales funerarios tenemos que reconstruir la vida de estas gentes por medio de otra clase de documentación arqueológica, sobre todo la referida a las principales ocupaciones económicas de los núcleos que habitaban.

La base de la economía íbera era obviamente de tipo agropecuario. Los grandes y nume rosísimos silos detectados, por ejemplo, en el nordeste del área ibérica, así como el gran número de ánforas[31] indígenas encontradas en numerosos yacimientos, ibéricos y de otros pueblos extrapeninsulares, nos denotan niveles de producción excedentarios, es decir, beneficios que las clases dominantes empleaban para el comercio lo que a su vez prueba la dedicación de grandes contingentes humanos a tareas de tipo agrícola. Los aperos de labranza que hemos podido documentar nos apuntan un desarrollo tipológico similar al de otras culturas mediterráneas, instrumentos y arados que no tenían

nada que envidiar a los que eran utilizados por sus coetáneos. La ganadería era, en algunos casos, la principal actividad de algunos de estos lugares de habitación, así lo atestigua la ocupación estratégica de zonas fértiles y, como muestran algunos estudios paleobotánicos efectuados, ricas en pastos.



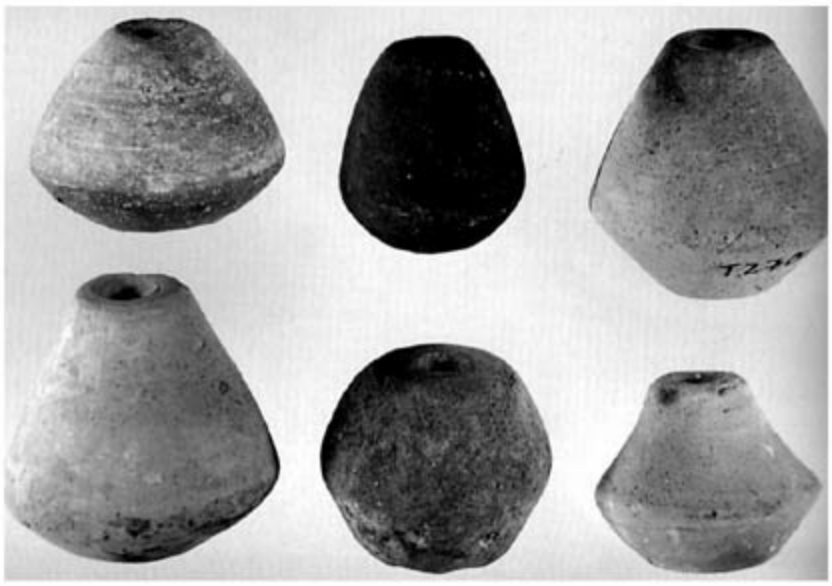
Ánforas ibéricas decoradas procedentes de una tumba de Galera (Granada), según Pereira et Alii (2004).



Planta de una de las principales casas excavadas en el poblado de El Oral (San Fulgencio, Alicante), según Abad (1992). Se trata de uno de los mejores ejemplos de arquitectura doméstica ibérica que se han documentado.

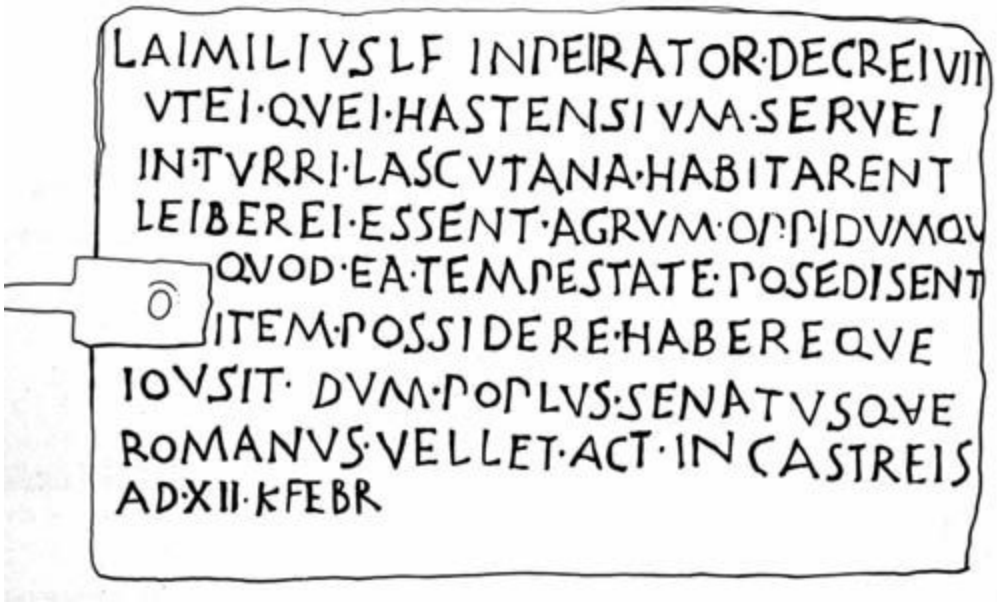
En referencia a las casas que habitaban la mayor parte de los vecinos de los diversos núcleos, con sus diferencias locales, recuerdan mucho a lo que son las viviendas rurales tradicionales del levante mediterráneo, con zócalos de piedra y alzados de tapial o ladrillos de adobe. En algunos yacimientos en los que se han excavado varias viviendas como en El Oral (Alicante), en la Bastida de les Alcuses (Valencia) o Puente Tablas (Jaén) se ha podido apre ciar la existencia de una programación

constructiva previa en la que cada miembro de la comunidad recibe un lote o vivienda en función de su rango social o su actividad económica, así por ejemplo, las estructuras dedicadas a actividades artesanales o metalúrgicas tendrán espacios apropiados dotados de las infraestructuras precisas, salidas de humo, canalización de aguas, orientación de los edificios con respecto a los vientos, etc.



Conjunto de fusayolas. Empleadas para el proceso del hilado, consistente en ir empalmando las fibras para conseguir hilos con los que posteriormente fabricar tejidos. Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo.

El esquema típico de la casa ibérica respondería a patrones mediterráneos contemporáneos constando de una distribución tripartita (algunas veces con dos alturas). Una sala principal donde reside el hogar[32], centro neurálgico de la casa donde se realizaba la vida cotidiana o las comidas, un espacio de dominio masculino o androceo. Por otro lado tenemos un lugar más recogido, si hay dos alturas en la parte superior, donde se documentan restos de actividades asociadas a la mujer. En los últimos años la llamada arqueología de género se está encargando de investigar de manera más profunda el papel de la mujer en la sociedad ibérica. Una actividad económica muy presente en este tipo de casas, a través de distintos objetos como pesas de telar o fusayolas, es el trabajo del textil, tradicionalmente asociado al entorno femenino y a sus espacios. Para terminar con nuestra descripción del modelo de casa ibérica debemos hablar de un tercer ámbito o área dedicado al almacenamiento de recursos alimentarios: ánforas con diversos productos o carnes en salazón, curado o secado, así como al almacenamiento de aperos propios de las tareas agrícolas.



Representación del decreto de L. E. Paulo sobre la Turris Lascutana, identificada con la actual población de Lascuta (Cádiz).

Muy poco sabemos sobre el régimen sociopolítico al que se encontraban sometidas estas gentes. Tan solo podemos hacer conjeturas a través de hallazgos como la inscripción latina fechada a principios del siglo II a.C. en la que Lucio Emilio Paulo, magistrado romano, rescinde la servidumbre que ataba a los habitantes de un pequeño asentamiento, la *Turris Lascutana*, con los astienses, identificados con los habitantes de *Asta Regia* (Cádiz). Como hemos señalado más arriba, este podría ser el reflejo de la existencia de servidumbres comunitarias entre los grandes *oppida* de ámbito ibérico y centros secundarios, muy parecidos a los que se registran en época medieval. Extrapolar este modelo de estructura sociopolítica a otros ámbitos ibéricos similares, como el Puig de Sant Andreu y la Illa d´en Reixac (Ullastret, Gerona) o el Tossal de Sant Miquel de Llíria y el Puntal del Llops o el Castellet de Bernabé (Valencia), podría ser una explicación satisfactoria con la que definir sus estructuras de dependencia social, aunque aún debemos esperar futuros hallazgos en los yacimientos mencionados para que realmente podamos confirmar estas hipótesis.

LA ESCLAVITUD EN LA ANTIGUA IBERIA

Una última cuestión que queremos abor dar en este repaso de las formas sociales de estas comunidades es la de la esclavitud. La documentación arqueológica no aporta, por el mo mento, pruebas a favor o en contra de la existencia de esclavos de manera generalizada en época ibérica. Teniendo en cuenta los niveles demográficos aproximados de la península ibérica entre los siglos VI y I a.C., parece muy poco probable la existencia de un sistema esclavista como existía en el estado romano, es decir, un mercado fluido y perfectamente regulado de personas reducidas a la esclavitud poseedoras de un estatus jurídico similar al de un objeto.

Sin embargo, aunque a escala reducida, el fenómeno de la esclavitud sí que parece haber tenido cabida en el medio ibérico, seguramente como resultado de los continuos enfrentamientos bélicos, de dimensión local, que padecieron los asentamientos ibéricos de manera constante, bien fuera entre los propios centros ibéricos o debido a las incursiones efectuadas por grupos de gentes procedentes de la Meseta. Esta clase de esclavitud estaría reducida a sectores muy pequeños de la sociedad y

tendría una función de prestigio, con una incidencia ínfima dentro del sistema de producción, muy inferior a la que ejercía la mano de obra esclava en otras sociedades antiguas como la ateniense de época clásica o, de manera generalizada, durante el periodo tardorrepublicano e imperial romano.

---

28 A muchos de ellos ya hemos hecho referencia en el capítulo sobre las fuentes clásicas que mencionan el mundo ibérico.

29 Es decir la unión sexual de una divinidad y un humano.

30 Periodo asimilable a los siglos X, IX y VIII a.C. en la Península Heládica y Asia Menor. Denominado así por un estilo de decoraciones cerámicas que se dan en esa época.

31 Las ánforas eran antiguos recipientes cerámicos destinados al almacenamiento y transporte de productos agrarios y sus derivados.

32 Preparado del pavimento o estructura destinada a la preparación de fuegos para uso doméstico.

6

El legado monumental

Durante muchos años, los arqueólogos que estudiaban la prehistoria reciente de Iberia se resistían a aceptar la capacidad de estos grupos humanos para crear elementos arquitectónicos de carácter monumental, exceptuando algunos recintos amurallados cuyos ciclópeos lienzos se conservaban en algunos centros de importancia como Tarragona o Sagunto. Los avances producidos en los trabajos de excavación de diversos yacimientos a partir de los años setenta provocaron un vuelco en las concepciones que hasta entonces se tenían de la arquitectura y el urbanismo ibéricos. El descubrimiento de conjuntos monumentales como Pozo Moro, excavado y reconstruido en los años setenta por el prestigioso iberista Martín Almagro Gorbea, hicieron que toda la comunidad arqueológica tomase con cien cia de la capacidad edilicia de los diversos pueblos ibéricos iniciando una nueva tendencia en la investigación que, aún hoy en día, está por explotar con mayor profundidad.

Poco a poco, durante los años comprendidos entre la publicación de los resultados de los trabajos de Pozo Moro en 1983 hasta mediados de la década de los noventa, se fueron sucediendo las memorias y los trabajos monográficos sobre esta parte tan importante e interesante del registro arqueológico ibérico. Otros conjuntos de importancia fueron documentados en profundidad de manera que, en la actualidad, todavía estamos interpretando y sistematizando su estudio dentro de los ritmos de trabajo que suelen tener los proyectos de investigación en la disciplina arqueológica.

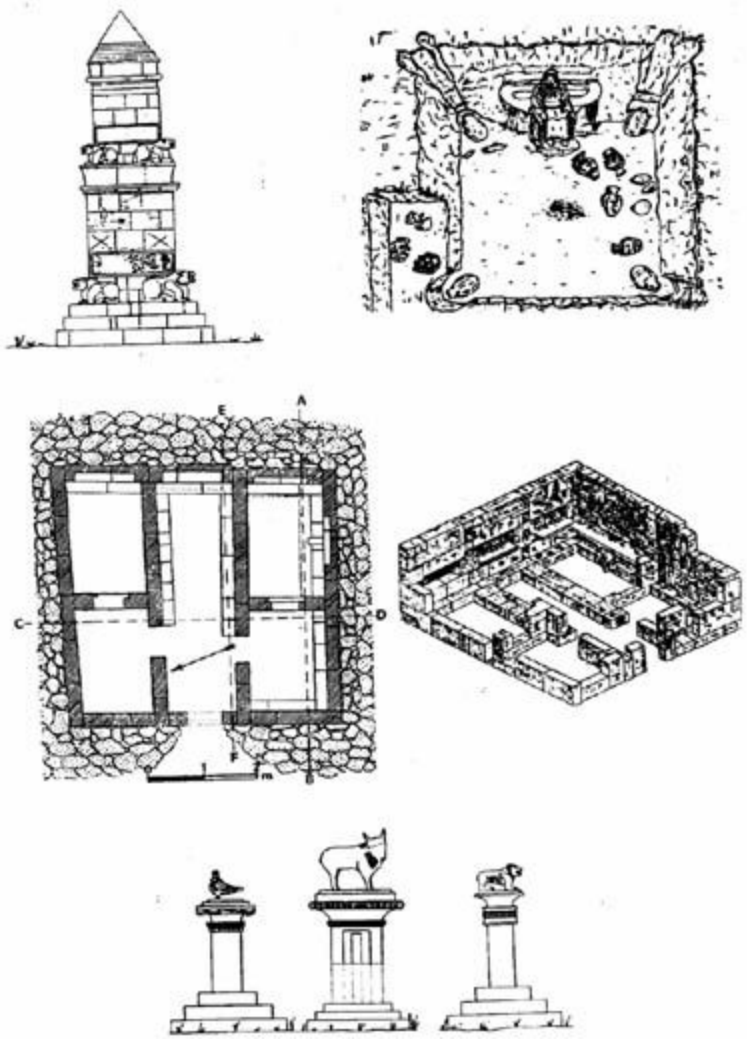
A lo largo de las siguientes líneas analizaremos, de manera breve, algunos de los ejemplos monumentales más importantes del Sureste dando muestras de la verdadera capacidad técnica, funcional y artística de los arquitectos y es cultores que trabajaron al servicio de príncipes nativos.

MONUMENTOS FUNERARIOS

Hemos hecho mención explícita al hecho incuestionable de que los hallazgos de Pozo Moro marcaron de manera significativa un cambio en los planteamientos con que tradicionalmente se abordaba el tema de la arquitectura ibérica. La importancia de Pozo Moro es muy grande en los estudios de la época y, por lo tanto, hemos querido iniciar este repaso a los principales ejemplos conocidos de estructuras notables de época ibérica analizando de modo sintético este emblemático vestigio de nuestro pasado.

El monumento tuvo sin duda una función funeraria, cubría un enterramiento con su ajuar funerario compuesto de piezas de procedencia helénica[33]. Consta de un cuerpo de bloques escuadrados o sillares con una altura aproximada de 6 metros, algunos de ellos decorados con relieves formando un friso que comentaremos más adelante. Flanqueando el conjunto tenemos a cuatro leones esculpidos

en piedra con función apotropaica, es decir, encargados de alejar los malos espíritus del cuerpo del difunto, todo el conjunto se encuentra rematado por varias molduras, una de ellas en forma de gola similar a las egipcias y un acabado con forma piramidal. Esta imponente construcción se asentaba sobre un pavimento de cantos con forma de lingote chipriota lo que refuerza su filiación oriental. Asimismo se encontraba cercado por un pequeño *témenos* o recinto sagrado, construido por unas pocas hileras de tapial.



Algunas de las manifestaciones monumentales de tipo funerario más importantes del mundo ibérico. El monumento turriforme de Pozo Moro, la cámara sepulcral de Toya, la tumba de la Dama de Galera y diferentes pilares-estelas, según Almagro-Gorbea (1983), Cabré (1925) y Presedo (1982).

Los relieves dispuestos en un friso o banda horizontal nos trasladan a un universo imaginario en el que los antepasados, fundadores de la dinastía que erigió el monumento, se unieron a una divinidad y acabaron con el caos reinante implantando su dominio sobre todo el territorio, hecho simbolizado en una escena que se ha interpretado como la del legendario héroe fun dador procediendo a la plantación del mitológico árbol de la vida, un mito de raigambre orien tal que se repite con frecuencia en traducciones míticas de ese origen, como la semita.

Dos de las escenas que se inscribieron en los relieves de Pozo Moro nos indican la existencia de antiguas narraciones trasmitidas seguramente por la tradición oral. En una de las escenas se ve una figura femenina de gran ta ma ño en actitud amorosa frente a un personaje mas culino, con su pene erecto y al descubierto como forma de expresar la relación sexual que se iba a iniciar entre ellos y de la que surgiría sin duda el linaje al que pertenecía el individuo cuyos restos mortales descansaban

debajo del sepulcro. Esta hierogamia, a la que hacíamos alusión más arriba, nos indica claramente cómo el príncipe enterrado en Pozo Mo ro quiso vincularse de una manera ideológica a la divinidad, es decir, quiso participar en cierto modo de los atributos sagrados.

Relieve de la plantación del árbol de la vida, metáfora fundacional. Monumento turriforme de Pozo Moro. Museo Arqueológico Nacional.

Otro relieve que componía una parte de la decoración de este monumento tiene una interpretación mucho más conflictiva. El mal estado del bloque de piedra impide distinguir con nitidez la escena. En ella se ve a un ser monstruoso de dos cabezas, seguramente surgido de las propias tradiciones mitológicas de los primitivos pueblos indígenas, a punto de ingerir un plato que contiene la cabeza y las piernas de un individuo de menor tamaño. Algunos de los arqueólogos o estudiosos que han interpretado esta escena han indicado que se trata de la primera representación del canibalismo, o rituales de consumo de carne humana, de las culturas prerromanas de la península ibérica. La existencia de rituales similares en otros puntos del Mediterráneo haría que un hallazgo arqueológico en este sentido no resulte nada extraño.

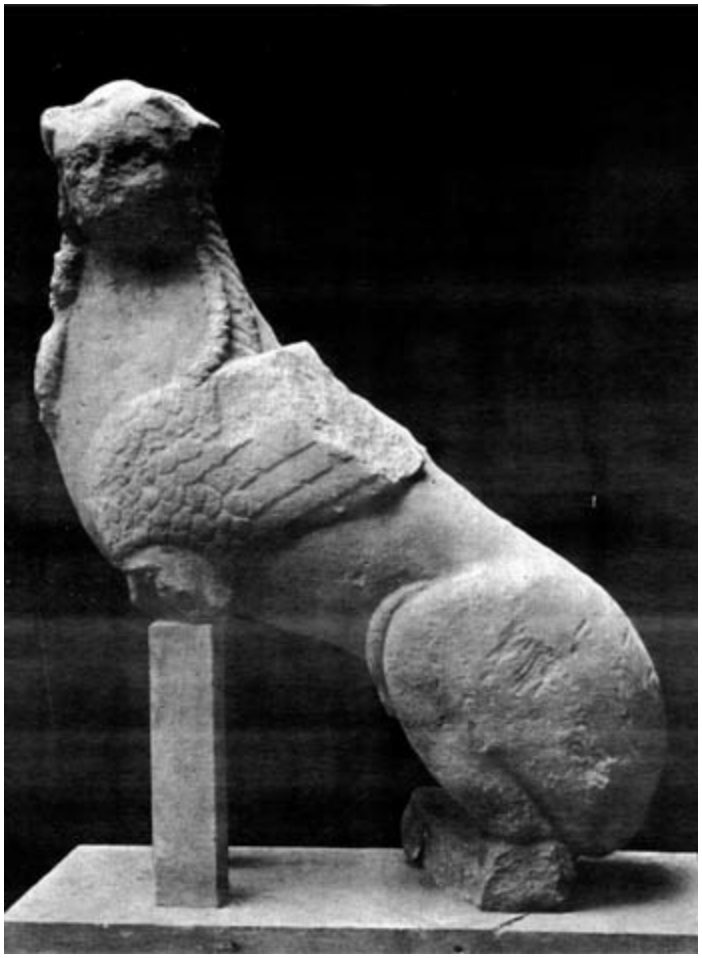
Relieve que representa una escena amorosa entre un héroe o antepasado del linaje aristocrático del difunto. Monumento turriforme de Pozo Moro. Museo Arqueológico Nacional.

Afortunadamente para nuestro conocimiento, los arquitectos que erigieron Pozo Moro no conocían bien las condiciones del terreno albaceteño, dando al edificio una escasa cimentación que provocó su derrumbamiento en un plazo relativamente corto, o dicho de otra manera, pasó a formar parte del registro arqueológico de manera muy veloz, lo que ha posibilitado el gran estado de conservación con que fueron excavados sus elementos. Pero ¿quién mandó construir realmente el monumento albaceteño? Su finalidad principal era funeraria, es decir, la de conmemorar la muerte de un gobernante o alto personaje fallecido, pero ahí no acaba su funcionalidad. Este, como casi todos lo monumentos, estaba dotado de una serie de connotaciones simbólicas que se pueden intentar recrear. Su programa e incluso su propia forma parecen haberse ejecutado como nexo o unión entre el difunto y los legendarios antepasados identificados en este caso según un lenguaje simbólico oriental, seguramente debido a la influencia de las comunidades fenicias asentadas en el mediodía peninsular. Se trataba, por tanto, de un ejemplo propagandístico destinado a proyectar un mensaje de vinculación de un linaje con respecto a su territorio.

Relieve que representa una posible escena de canibalismo. Monumento turriforme de Pozo Moro. Museo Arqueológico Nacional.

Un monumento de estas características, teniendo en cuenta que en el mismo yacimiento se encontraron otros fragmentos que nos demuestran la existencia de otras construcciones similares, tuvo que tener una clara connotación territorial. Su inclusión en el espacio físico era un elemento de referencia en la percepción geográfica de las gentes del lugar, la ciudad de los muertos y su paisaje sirvieron como marcador simbólico del dominio sobre un territorio. Asentado en una zona de visibilidad estratégica, en plena convergencia de las rutas comerciales que unen las regiones mineras de Jaén y la costa mediterránea, Pozo Moro era divisado por todo forastero que se acercase al lugar, recibiendo un mensaje destinado a indicar la pertenencia del territorio al igual que el poderío de sus regentes al estar en posesión de los suficientes recursos como para conseguir los materiales y costear los gastos de la construcción, que incluyen la contratación de arquitectos o escultores seguramente venidos de Oriente Próximo o con una formación similar.

En un momento posterior, cuando el poder de los grandes señores que ordenaron la construcción de Pozo Moro se convierta en el poderío aristocrático que hemos descrito en el capítulo precedente, otra clase de monumentos serán los que realicen esas funciones simbólicas: los pilares-estela.



La Esfinge de Agost (Alicante). Esta escultura servía de remate a un monumento tipo pilar-estela. Museo Arqueológico Nacional.

Conocemos más de doscientos ejemplos de esta tipología repartidos entre la Alta Andalucía y el Sureste; sin duda se trata de una de las más importantes manifestaciones del poderío aristocrático de estos jefes guerreros. Al igual que en el caso de Pozo Moro, las raíces de este tipo de construcciones hay que buscarlas en Oriente, pero más en concreto en el Oriente griego, donde encontramos monumentos similares en ciudades como Mileto, Efeso y Corinto. Estos monumentos habitualmente iban rematados con una gran escultura de piedra, en la mayoría de los casos representando motivos animales, seres fantásticos y terroríficos: grifos, esfinges, sirenas, leones y lobos gigantes. Animales encargados de aterrorizar a los posibles saqueadores con sus terribles efigies y que protegían el alma del difunto y, en algunos casos, ayudarían a guiarla hacia los reinos de ultratumba, vendrían a ser una especie de cancerberos, en referencia al terrible cánido de tres cabezas que vigilaba la entrada al Hades en la mitología griega. Este espacio de seres míticos y leyendas sobre su ferocidad nos indica la llegada de ideas religiosas y funerarias desde el otro lado del Mar, donde hacía siglos que este universo, fantástico y épico al mismo tiempo, era difundido en forma de cánticos de bardos y vagabundos, pero también de escenas pintadas en los vasos cerámicos y en toda una serie de objetos que sirvieron de soporte para su representación.

Además de este significado fantástico, estos seres míticos tuvieron que tener connotaciones totémicas para los príncipes ibéricos que seguramente adoptarían estos motivos como forma de identificación de sus respectivos linajes. Así cada familia se vería representada por el grifo, la esfinge o el toro como animal protector o como referente de un antepasado común, de manera si milar al de algunos escudos heráldicos que simbolizaban a las familias nobles de la Edad Media europea. Recientemente se están abriendo nuevas líneas en la interpretación de este tipo de esculturas y monumentos, algunos autores piensan que estos seres fantásticos podrían ser la representación

iconográfica de determinados dioses del enigmático panteón ibérico. De la misma manera que algunos animales como el águila, el toro o el ca ballo se asociaron a figuras divinas como Zeus o Poseidón en la mitología clásica, estos remates escultóricos podrían representar a los dioses a los que se rinde especial culto en una zona.

Fotografía de dos piezas que formaban parte del mismo grupo llamado del jinete lancero, en el conjunto escultórico de Porcuna (Jaén). Museo Provincial de Jaén.

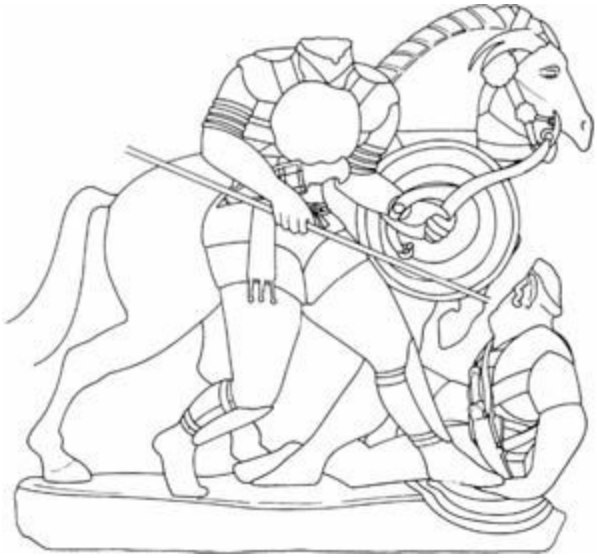
Estas construcciones funerarias, con una interpretación más o menos clara, no han sido las únicas que han sido estudiadas por la arqueología de la prehistoria reciente. Importantes grupos escultóricos dispuestos de manera aislada, es decir, independientes de cualquier construcción tipo torre o estela, fueron esculpidas por aquellos artesanos. Hoy su hallazgo nos ha confirmado las cualidades artísticas de algunos escultores indígenas y nos ha proporcionado una jugosa información acerca de la ideología de estas comunidades. Tal vez, de todas estas piezas, el más importante conjunto escultórico fuese el procedente del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén), expuesto actualmente en el Museo Provincial de Jaén. Consta de unas 50 piezas, la mayoría destruidas de manera intencionada, algo que suele ser muy frecuente en este tipo de piezas y que ha dado pie al conocido problema de las «destrucciones de la escultura ibérica», que durante muchos años ha sido utilizado por diversos autores como argumento a favor de convulsiones sociales en el seno de la sociedad indígena.

Las curiosas circunstancias de su hallazgo nos han impedido conocer en profundidad su distribución y su función. Se piensa que pudieron formar parte de uno o varios monumentos funerarios pero a pesar del excelente trabajo realizado en su reconstrucción, en la que se trabajó con más de 50.000 fragmentos, algunos de tamaño minúsculo, no se ha conseguido dar una interpretación que resulte definitiva para este verdadero rompecabezas de piedra. La mayoría de estos fragmentos

fueron expoliados de su situación original, un cementerio orientalizante fechado en el siglo VII a.C., donde fueron depositados, seguramente por los mismos que destruyeron el conjunto en torno a mediados del siglo V a.C. Es decir, estas estatuas fueron esculpidas casi un siglo más tarde que la creación de la necrópolis orientalizante en la que fueron finalmente depositadas y de la que fueron arrancadas por los furtivos 1.500 años después. El misterio de por qué motivo fueron unas esculturas de este tipo reenterradas en un lugar sagrado que fue dejado de utilizar casi cien años antes podría explicarse a través de la necesidad de conservar en un ámbito sagrado algo que sin duda fue esculpido con este sentido. El hallazgo de piezas de arquitectura entre el conjunto escultórico nos indica una más que probable función funeraria (aunque también podrían formar parte algún tipo de edificio religioso) pero seguiría sin quedar resuelta la cuestión de por qué fueron des trui dos intencionadamente estos bloques de piedra arenisca finamente tallados. De mo mento, y debido al ex polio del que fueron objeto, solo podemos hacer conjeturas y cábalas sobre las circunstancias en que fueron erigidos estos magníficos monumentos, cuya visita recomendamos encarecidamente.

La calidad de las esculturas de Porcuna es impresionante, algo muy difícilmente apreciable a través de fotografías pero que destaca sobremanera cuando se contemplan al natural. La piedra con que se construyeron es arenisca local y no mármol del pentélico, como las bellas esculturas griegas, pero el escultor que las realizó estaría a la altura de los grandes maestros del arte severo de comienzos del siglo V a.C. griego. Sobre las figuras y escenas que representan se ha vertido mucha tinta en los últimos años, tanto es así que casi todos los grandes arqueólogos clásicos e ibéricos de nuestro pasado reciente han prestado atención a este magnífico descubrimiento. Nosotros nos vamos a limitar a resumir en unos simples párrafos cuál fue el mensaje (o la interpretación del mismo) que quisieron transmitir quienes sufragaron y esculpieron estas fenomenales piezas.

Ya hemos hablado del carácter aristocrático que tienen estas esculturas. Ese sentido tiene su máximo exponente en las llamadas *monomaquias*[35], luchas épicas entre dos príncipes /guerreros, entre dos iguales en rango, de la misma manera que los narró Homero en la Iliada. Combates que reflejan a diez guerreros, cinco en actitud vencedora y cinco en actitud de derrota, difundiendo de manera propagandística el prestigio que las clases aristocráticas ibéricas buscaron a través de la épica, de la misma manera que los nobles griegos durante la época de los poemas homéricos. Pero el escultor fue mucho más en la capacidad expresiva de estas esculturas y quiso que estos combates representasen momentos dramáticos y brutales de manera narrativa. De ellos podría desprenderse una secuencia de acontecimientos que, de manera épica, nos cuentan la recreación teatral de la batalla: la confrontación desafiante de los dos bandos, la carga de estos hombres, el momento en el que se asesta el golpe de gracia —en especial el grupo del llamado «jinete lancero» que representa cómo el guerrero vencedor, bajado de su montura, atraviesa la cabeza de su indefenso enemigo caído con el frío metal de su lanza— y por último la muerte, representada con gran dramatismo por medio de una escultura de un ave rapaz que apoya sus tremendas garras sobre el cadáver de un enemigo derrotado.



Reconstrucción del grupo escultórico del jinete lancero según Negueruela (1990). Podemos apreciar toda la carga dramática con que el escultor dotó a su obra al elegir el momento en el que se asesta el golpe final al enemigo, que yace derrotado en el suelo.

La cámara funeraria de Trayamar (Málaga). Uno de los ejemplos más monumentales de la arquitectura sepulcral fenicia en la península ibérica. Foto del Autor.

Estas *monomaquias* son solo una parte del conjunto, también hay representaciones de una serie de animales fantásticos como los grifos, así como de otras especies reales como los lobos, un toro o un ejemplar de ave, seguramente cargados de significados simbólicos similares a los de los remates escultóricos de los denominados pilaresestelas que hemos comentado más arriba. Escenas domésticas, religiosas o rituales, como el famoso torso onanista en actitud de masturbación, vienen a completar el cuadro de figuras representadas en el conjunto depositado en la capital jienense.

Un tipo diferente de construcciones son las tumbas de cámara, características del área bastetana del arco ibérico; se destinaron a al bergar de manera fastuosa los restos mortales de algunos de los altos personajes de la antigua sociedad de la época. Estas cámaras funerarias seguramente fueron introducidas en la península ibérica por la obra de arquitectos fenicios que arribaron a nuestras costas. Los sepulcros de Trayamar (Málaga) son claros ejemplos de la introducción de este tipo de arquitectura por los colonos fenicios.

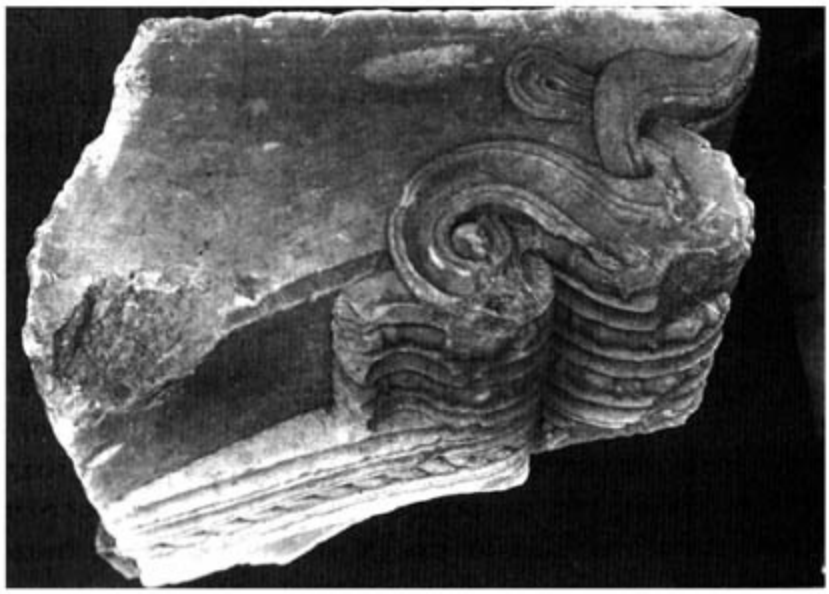
Dos de los yacimientos ibéricos más famosos de la provincia de Granada, las necrópolis de

Galera y Baza, contienen el mayor con junto de este tipo de sepulcros. En ambas necrópolis tenemos documentadas grandes se pulturas en forma de cámaras funerarias. Una de estas cáaras mortuorias albergaba, entre las piezas de su ajuar, la magnífica escultura que conocemos con el nombre de la Dama de Baza que, junto a la Dama de Elche[36], compone uno de los ejemplos más conocidos del arte ibérico. Las cámaras sepulcrales de Baza consistían básicamente en habitáculos de forma cúbica, excavados en la tierra, cuyas paredes eran recubiertas con adobes endurecidos. Algunas de ellas tenían una especie de banco corrido, adosado a la pared, para depositar las ofrendas o las piezas que componían el ajuar (a partir del siglo IV a.C. fundamentalmente armas) o los propios restos incinerados del difunto, habitualmente dispuestos en una urna cineraria de importación griega, fundamentalmente crá teras[37], cuyo uso en origen no tenía nada que ver con la función que le asignaron las clases dirigentes ibéricas.

Fotografía de la tumba en la que se encontró la Dama de Baza, donde observamos la posición exacta que ocupaba en el sepulcro. Según Presedo (1972).

En Galera, la antigua Túgi de los Bastetanos, tenemos una mayor variación en los tipos de cámaras funerarias documentadas. Aquí tenemos cámaras con planta cuadrangular, plan ta circular y varios habitáculos. También son excavadas en la tierra pero algunas cuentan con elementos arquitectónicos de cierta complejidad como es el caso de la sepultura nº 75 de Galera, que presenta una planta circular con una columna en su centro, decorada con una zapata con dos volutas de inspiración jonia[38]. En esta área funeraria tenemos documentada la existencia de pavimentos o paredes decorados con pintura, una práctica que recuerda a otros lu ga res similares en zonas del

Mediterráneo central y oriental como las grandes sepulturas de los príncipes etruscos, cuya opulencia les permitía contratar a pintores griegos con el fin de decorar sus tumbas. Algunas de las cámaras de Galera estaban cubiertas por amontonamien tos de tierra o túmulos que seguramente irían rematados por marcadores escultóricos como se han encontrado en Los Villares de Hoya Gon zalo (Albacete) en donde se han excavado dos túmulos de tierra coronados por sendas esculturas de jinetes, seguramente miembros de esa clase ecuestre a la que hemos hecho referencia al hablar de las aristocracias ibéricas. La impresión que Galera debía producir a los visitantes debió ser similar a la que produce aún hoy la visita a algunas de las grandes necrópolis etrus cas como Cerveteri.



Voluta de inspiración jonia perteneciente a la zapata del sepulcro nº 75 de la necrópolis de Galera. Museo Arqueológico Nacional.

En otro yacimiento de la provincia de Jaén tenemos una cámara sepulcral que merece el calificativo de monumental. En Toya (Jaén) tenemos un ejemplo de arquitectura funeraria excepcional en la edilicia ibérica. Esta cámara se ha asociado al antiguo asentamiento de Tugia y fue descubierta de manera fortuita por un habitante de la zona a principios de siglo, produciéndose un descubrimiento sin preceden tes en la arqueología ibérica. Esta cámara funeraria se construyó por medio de bloques de piedra perfectamente escuadrados, formando una planta en torno a tres ejes verticales que se dividen a su vez en varias estancias. Cada habitación se encuentra separada por medio de tabiques construidos con los mismos bloques de piedra cuyos vanos se componen a su vez por puertas en forma de arcos ojivales achatados en la parte superior a modo de arquitrabe (aunque resulte ciertamente contradictorio). En los muros se han dispuesto una serie de nichos con forma alargada que se utilizaron para depositar los ajuares, incluidos los vasos griegos que sirvieron de soporte para los restos mortales de los varios difuntos enterrados aquí, seguramente los miembros de un mismo linaje. Dejando de lado su peculiaridad arquitectónica, el yacimiento jienense es famoso porque entre los restos rescatados en los trabajos arqueológicos realizados en el yacimiento se encuentran los restos de varios carros de caballos. La famosa rueda de Toya ha servido para documentar la existencia de este tipo de medio de transporte normalmente asociado a los gobernantes/militares de los núcleos ibéricos. La utilización de carros de caballos dentro de los contingentes militares de la antigüedad está probada desde la época del Imperio Antiguo egipcio y los reinos mesopotámicos del tercer milenio a.C. En estas zonas, las amplias llanuras permitían el despliegue en orden de batalla de amplios contingentes de este tipo de artefactos. Cosa muy diferente ocurre en el ámbito peninsular donde la difícil orografía nos hace pensar en que estos carros de caballos tuvieron una función de

prestigio como marca de rango que indicase claramente la pertenencia a las clases privilegiadas.

ARQUITECTURA DE CARÁCTER PÚBLICO: SANTUARIOS Y FORTALEZAS

Hasta ahora la mayoría de las construcciones de tipo monumental desarrolladas por los arquitectos y escultores ibéricos pertenecieron a ámbitos funerarios. A partir del siglo IV a.C. surge un nuevo periodo, denominado por los expertos como Ibérico Pleno, que va a suponer la introducción de cambios de tipo social y político en el seno de los diferentes pueblos. Estos cambios, como no podía ser de otra forma, tendrán su reflejo en las manifestaciones monumentales que se registren en los asentamientos.

La sociedad ibérica experimenta un desarrollo hasta entonces no conocido por poblaciones autóctonas prerromanas. El proceso de ur banización de los diversos *oppida* arranca de una manera clara y algunos de estos poblados fortificados en alto se convierten en auténticas pequeñas ciudades. Surge la conciencia generalizada de pertenencia a una comunidad cívica y, por lo tanto, se desarrollan nuevos espacios públicos como reflejo de esta nueva forma de concebir la vida en comunidad. Si durante las etapas formativas del horizonte ibérico (siglos VI-V a.C.) en los monumentos primaba su carácter gentilicio, es decir, estaban directamente vinculados a una serie de linajes dominantes, a partir del Ibérico Pleno determinadas concepciones derivadas del proceso urbano (que podríamos denominar cívico en alusión al término latino que se refería al régimen jurídico de las ciudades: la *civitas*) van a tener manifestaciones que podemos considerar de índole pública. Estos nuevos elementos pueden ser agrupados genéricamente en dos tipos: la construcción de espacios religiosos y la arquitectura militar de fortificación[39] de los núcleos habitados. Sirva pues esta parte de la obra como complemento a los capítulos que dedicamos a los aspectos bélicos y religiosos de estas antiguas sociedades prerromanas.

El conocimiento de estas fortificaciones ha sufrido tremendos avances en los últimos veinte años. La multitud de estudios, congresos y excavaciones realizadas en este periodo prueban el interés que siempre ha tenido esta materia. Ya durante el periodo orientalizante tartésico (siglos VIII-VI a.C.), tenemos en la Península, en concreto en el llamado Cabezo de San Pedro (Huelva), restos de un recinto amurallado de gran porte construido mediante una técnica de origen fenicio que consiste en la unión de sucesivos lienzos de mampuestos en torno a unos pilares construidos mediante grandes bloques dispuestos a soga y a tizón[40], se trata sin duda de uno de los mayores precedentes de la arquitectura defensiva de la península ibérica. En el siglo VI a.C. algunos de estos poblados guarnecidos comienzan a dotarse de recintos amurallados y estructuras con las que proteger los flancos débiles o que no se encuentren protegidos por riscos, gargantas y accidentes naturales, que se buscaban como base para asentarse por facilitar la labor defensiva del mismo. En muchos casos las propias viviendas se adosaban a la muralla, para ser aprovechada como una parte estructural más del núcleo doméstico. Poco a poco los grandes asentamientos, esas protociudades de las que hablábamos, van dotándose de circuitos amurallados cada vez más complejos. En Torreparedones (Córdoba) se ha prospectado un gran recinto amurallado con lienzos que tuvieron aproximadamente 6 metros de altura, dotados de entradas fortificadas con estructura de puertas flanqueadas de torres defensivas desde las que poder atacar todos los costados de los posibles asaltantes. La entrada principal del poblado edetano del Puntal dels Llops (Valencia) estaba defendida por una torre de base cuadrada con estructura rellena. En Puente Tablas (Jaén) tenemos documentado desde el siglo

VI a.C. un entramado defensivo dotado de varios bastiones de tamaño colosal.

Estos grandes recintos amurallados se van completando a su vez con torretas y bastiones de gran tamaño que en algunos casos han sido interpretados como desproporcionados para las tácticas de asedio que poseían los ejércitos ibéricos antes de la llegada de contingentes púnicos y romanos a la Península. Esta desproporción y majestuosidad de las estructuras defensivas se ha querido poner en conexión con la búsqueda de un prestigio monumental por parte de las comunidades que habitaron estos poblados fortificados. Se trataría pues de una inversión de trabajo fácilmente explicable debido al progreso de la identificación cívica de determinados segmentos de la sociedad de aquellas gentes. Al igual que los grandes monumentos turriformes como Pozo Moro, un aparato defensivo como el de Puente Tablas tendría la función añadida de mostrar al forastero, que en este tiempo era percibido en muchas ocasiones como un enemigo potencial, el poderío de una ciudad capaz de construir semejantes murallas.

A partir del siglo V a.C. la poliorcética, es decir, el conjunto de técnicas y medios logísticos diseñados con el fin de sitiar, asaltar y conquistar ciudades fortificadas mediante diversas técnicas, se va a ir desarrollando en todo el Mediterráneo como consecuencia de los continuos conflictos que enfrentan a las potencias de la época. Esto provocó una reacción en el diseño de estructuras fortificadas con las que poder hacer frente a los ejércitos complejos divididos en numerosas unidades así como los artefactos e ingenios producidos para asaltar ciudades. Aunque en nuestro territorio no se documentan prácticas de combate mediante el uso de maquinaria pesada, catapultas, torres de asalto, etc. hasta la Segunda Guerra Púnica, lo cierto es que desde finales del siglo IV a.C. (coincidiendo con el auge del llamado periodo Ibérico Pleno) ya se observan algunos rasgos en las estructuras defensivas indígenas que nos dejan entrever influencias de estas nuevas concepciones bélicas que se estaban desarrollando en el Mediterráneo. Se empiezan a construir puertas fortificadas con sistemas complejos, como los documentados en La Bastida de les Alcuses (Valencia) provistos de torres para cubrir los flancos y almenas desde las que poder atacar mejor a los enemigos o los de Castellet de Banyoles (Tarragona) con dos bastiones terminados en cuña, unos de los mayores adelantos de la arquitectura defensiva ibérica ya insertos en la tradición helenística. También se documenta la utilización de requiebros en las entradas fortificadas como las de Castell (Gerona) o El Puntal dels Llops (Valencia). Este tipo de entrada, dispuesta para atacar el lado débil del asaltante, aquel que normalmente no está cubierto por su escudo, se ha utilizado en perímetros defensivos de ámbito colonial como la entrada fortificada de la neápolis de la antigua Emporion, levantada a principios del siglo IV a.C. Posiblemente de inspiración mediterránea también sean las murallas denominadas «en cremallera», con un característico retranqueo de los sucesivos lienzos de muro con el fin de poder atacar a un enemigo directamente por dos flancos, uno frontal y otro lateral. Las murallas del Puig de Sant Andreu (Ullastret, Gerona) serían el ejemplo más conocido de este tipo de murallas aunque también las tenemos documentadas en otros asentamientos mucho peor conocidos como el Pico del Águila (Alicante).

Vista del circuito amurallado del *oppidum* del Puig de Sant Andreu (Ullastret, Gerona). Se observan las torres adosadas que formaban parte de las defensas del asentamiento. Foto cedida por Raquel Muñoz.

Los cambios en la manera de concebir la guerra, aspecto del que hablaremos con detenimiento más adelante, así como las influencias mediterráneas que llegan a nuestras costas y que florecerán durante el llamado periodo Ibérico Ple no supondrán el desarrollo de nuevos elementos y formas de fortificación en los *oppida* ibéricos. Este tipo de arquitectura supone sin duda uno de los elementos más interesantes de la arqueología ibérica y plantea a sus estudiosos numerosas cuestiones que aún están pendientes de resolución.

Otra clase de espacios públicos comienzan a monumentalizarse a partir de este periodo; son los espacios religiosos, destinados a albergar los cultos y rituales sagrados de las gentes que los construyeron. El santuario, como lugar principal de la religión ibérica, sufre un proceso de monumentalización progresiva desde finales del siglo V a.C., sobre todo en aquellos que recibiendo culto desde tiempos inmemoriales se convirtieron en un referente para los diversos asentamientos de un territorio o zona geográfica determinada, para la que actuara como un factor de identificación común para sus gentes. Un caso paradigmático en este sentido lo tenemos en el recientemente excavado santuario heroico de El Pajarillo, en el término municipal de Huelma (Jaén) donde en el siglo IV a.C. se erige un conjunto monumental cuyo marco espacial está compuesto por un aterrazamiento y preparación de un área sagrada, sin duda marco de rituales y ceremonias, al que se accede por medio de unos escalones que se encontraban flanqueados por dos estatuas animales (carniceros) con valor de protección. La terraza principal, dispuesta como un escenario para la recreación de ritos, albergaba un magnífico conjunto escultórico que actualmente se puede admirar en el Museo Provincial de Jaén. Dicho conjunto evoca, de manera narrativa, la hazaña de un héroe mitológico, acaso el fundador de la dinastía de uno de los linajes aristocráticos que gobernasen la zona, enfrentándose a un terrible y bestial especímen cuyas fauces, de tamaño gigantesco, todavía se conservan en muy buen estado. El conjunto nos transporta a un tiempo de leyenda en el que este héroe debe enfrentarse a la fiera, seguramente como forma de salvar al efebo o joven de torso desnudo que aparece también reproducido escultóricamente, copiando de manera clara conceptos artísticos que provienen del influjo helénico. El escultor en este caso también eligió un momento de gran dramatismo como recurso expresivo para narrarnos la escena. La actitud del cuerpo del héroe, del que no conservamos la testa, presenta una profunda contención. La escena muestra cómo el guerrero oculta algo bajo su toga o manto, seguramente su arma, su falcata o espada de filo curvado hacia

adentro[41], y parece estar estudiando a su enemigo antes de lanzar el golpe definitivo. La bestia, pese a lo terrible de su aspecto, muestra rasgos de docilidad, como la actitud encogida de sus orejas que nos anuncian la asunción de su derrota y muerte a manos del príncipe salvador. Tal vez un referente muy gráfico para el dramatismo transmitido por esta escena sea el momento crucial de la tauromaquia contemporánea, reproducido en tantas obras de arte, cuando el torero se dispone a entrar a matar al toro, los segundos previos a la estocada final en los que el tiempo parece detenerse y la plaza se torna en silencio ante lo incierto del resultado. La elección de este momento, brutal y sereno al mismo tiempo, nos indica las capacidades artísticas de unos escultores indígenas que, a la altura del siglo IV a.C. y pese a sus carencias técnicas, eran capaces de transmitir conceptos tan sutiles y dramáticos como los que hemos explicado. Tal vez conjuntos parecidos al anterior debieron formar parte también de otros grandes santuarios como los de Despeñaperros o Castellar de Santiesteban (Jaén).

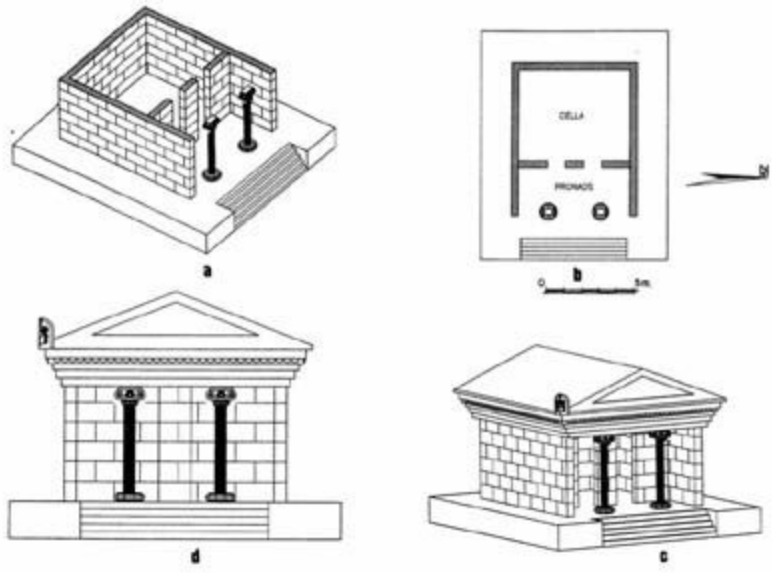
Cabeza de lobo perteneciente al conjunto escultórico de El Pajarillo (Jaén). Uno de los más importantes descubrimientos de la arqueología ibérica en los últimos años. Museo Provincial de Jaén.

¿EXISTIERON TEMPLOS IBÉRICOS?

El orientalizante y el mundo clásico dieron paso en el oriente mediterráneo al periodo helenístico. Esta época está marcada por la extensión de muchos conceptos propios de la cultura o la sociedad griega a variados y lejanos ámbitos de la geografía antigua, tanto en Oriente como en Occidente, donde el desarrollo de las colonias de la Magna Grecia, Etruria y la península ibérica, así como Cartago, supusieron focos de extensión del helenismo por el Mediterráneo occidental. Este influjo se deja notar en múltiples aspectos de su cultura material y de la ideología, sobre todo de las clases sociales dirigentes. Una parte de esas ideas fue relativa a las formas de entender la religión.

El concepto de templo[42], como edificio específico de culto, proviene de las concepciones

religiosas del Mediterráneo semita y griego, siendo asumido por el mundo ibérico a partir de su época plena (siglo III a.C. más concretamente). Durante los siglos V y sobre todo IV a.C. también se habían dado lugares de culto con una cierta estructuración arquitectónica, como seguramente tuvieron La Serreta (Alcoy, Alicante) o Despeñaperros (Jaén) o como se ha documentado en el caso de El Pajarillo (Jaén), pero no respondían al significado etimológico del término *templum.* El proceso de urbanización, y la planificación de esta clase de edificios públicos dedicados al culto en lugares comunitarios, solo fue posible cuando la sociedad ibérica estuvo lo suficientemente desarrollada como para que los asentamientos necesitasen destinar una serie de recursos o excedentes a la erección y el mantenimiento de esta clase de contrucciones. Solo recientemente se ha empezado a estudiar con verdadera convicción la existencia de templos, según la acepción mediterránea del término, en ámbitos ibéricos a partir del siglo III a.C.

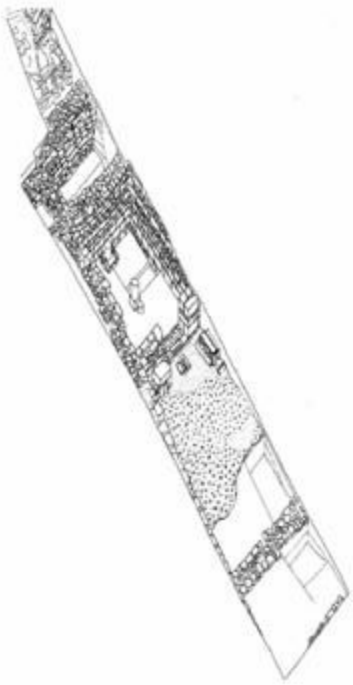


Reconstrucción del templo del Cerro de los Santos, según Castelo (1993). Se observa la existencia de un programa decorativo basado en formas mediterráneas.

El Cerro de los Santos (Albacete) fue la sede de un edificio con fachada *in antis*[43] con dos columnas centrales y dos haciendo esquina, a modo de pilastras semiadosadas. Todo el conjunto se encontraba sobreelevado por un podio de escalones, a la manera de los templos itálicos. En Murcia tenemos la certeza de la existencia de dos edificios similares con fachadas provistas de columnas y con un tejado adornado con antefijas (piezas decorativas que arrancan de la base del tejado jalonando su perímetro de manera similar a lo que podrían ser las gárgolas del gótico) en la Encarnación de Caravaca y en el Santuario de La Luz en Verdolay. En Ullastret y en Sant Julià de Ramis (Gerona) tenemos documentados varios de estos templos ibéricos de época helenística. Algunos de ellos perduran bajo la dominación romana, manteniendo el culto hasta época altoimperial. Todos estos edificios poseían unos programas decorativos basados en una elaboración indígena del gusto jonio de la arquitectura, llegado con los colonos grecorientales que arribaron a nuestras costas y potenciado por las formas plásticas que triunfaban en el helenismo itálico y magnogreco.

La ausencia acusada de muchas de las piezas ornamentales de este tipo (capiteles, frisos, basas, fustes, etc.) en los grandes yacimientos ibéricos podría explicarse con la utilización de recubrimientos estucados como forma de ejecutar esta clase de decoraciones monumentales, lo que se ha documentado en ámbitos como Mas Castellar del Pontós (Gerona) o en el Puig de Sant Andreu

de Ullastret (también en Gerona). El estuco como forma de realización de la plástica arquitectónica ibérica de época helenística supone una solución mucho más barata que la piedra (y no digamos del mármol), pero es un material muy endeble que solo puede llegar a nosotros a través de su conservación en unas condiciones específicas muy difíciles de encontrar en un yacimiento de esta clase. Ese carácter endeble del estuco seguramente ha provocado la desaparición de muchas de esas decoraciones monumentales de inspiración jonia.



Representación del templo suburbano de Torreparedones (Córdoba), según Cunliffe y Fernández (1999). Algunos de sus elementos compositivos se han querido relacionar con posibles influencias fenicio-púnicas.

Además de estos influjos helenísticos, el mundo púnico tuvo también una presencia muy importante en la configuración interna de este tipo de edificios religiosos ibéricos. Lugares como el santuario suburbano de Torreparedones (Córdoba) seguramente dedicado por sus exvotos a *Dea Caelestis*, versión latinizada de la Tanit púnica, son ejemplos indicativos del peso de las formas religiosas cartaginesas en la época plena de la cultura ibérica.

El paso de concepciones monumentales de carácter gentilicio, las propias del ámbito funerario del que hemos hablado al principio del presente capítulo, a la monumentalización de construcciones públicas como los santuarios o los templos urbanos es un reflejo de la evolución cívica de las antiguas comunidades ibéricas hacia formas de gobierno que se han denominado como pre-estatales. Este proceso monumental es, por tanto, una cuestión que marca el desarrollo de las normas sociopolíticas que se dieron en el seno de estos grupos humanos. De su estudio pormenorizado podemos extraer variadas conclusiones que nos ayuden a obtener un conocimiento más preciso a este respecto.

---

33 Ajuar que podemos apreciar en una vitrina del Museo Arqueológico Nacional.

35 Término griego que hace referencia a los combates singulares entre dos contrincantes humanos.

36 Ambas se encuentran expuestas en la misma sala del Museo Arqueológico Nacional.

37 La crátera era un tipo de cerámica griega destinada al servicio del agua y del vino durante los banquetes.

38 Expuesta en la colección permanente del Museo Arqueológico Nacional.

[39] Si bien es cierto que construcciones de tipo defensivo ya se conocían desde hacía siglos, ver Tejada la Vieja (Huelva) o Puente Tablas (Jaén), no lo es menos que en este periodo muestran un notable auge.

[40] Técnica de construcción a soga: Dícese del modo de construir cuando la dimensión más larga del ladrillo o piedra va colocada en la misma dirección del largo del paramento (DRAE). A tizón: Dícese de la colocación de piedras o ladrillos de modo que su mayor dimensión quede en sentido perpendicular al plano del paramento del muro.

[41] La falcata era el arma aristocrática por definición del mundo ibérico.

[42] Queremos hacer notar la diferenciación semántica que hacemos de santuario, término general para referirse a un lugar de culto religioso, y templo, referido a un concepto arquitectónico concreto.

[43] Término arquitectónico que hace referencia a un tipo de fachada formada por dos columnas centrales flanqueadas por la prolongación de los dos muros laterales o *antae*.

7

La guerra en el mundo ibérico

No es nuestro propósito pretender hacer una apología innecesaria del belicismo, tendencia con la que en absoluto estamos de acuerdo, pero cualquier estudio que hable de manera general sobre nuestra antigüedad o nuestra prehistoria reciente debe incluir un apartado referido a la guerra. Precisamente para no incurrir en esa apología que apun tábamos, hemos de hacer un esfuerzo pre vio por contextualizar e intentar entender las circunstancias concretas en que se daba este fenómeno de la naturaleza humana.

¿Cuál fue el concepto de guerra que tuvieron las comunidades ibéricas a lo largo de su desarrollo histórico? Dicha concepción, ligada a la propia evolución política y social, fue cambiando de una etapa a otra, de la misma manera que lo ha hecho en un periodo tan relativamente corto de tiempo como el siglo XX. Nuestra concepción de la guerra ha ido cam biando desde la Segunda Guerra Mundial, pasando por la Guerra Fría y después con la caída del Telón de Acero. El concepto genérico de guerra, entendido como una serie de acciones violentas y planificadas entre grupos humanos, es un fenómeno tristemente universal de nuestro pasado histórico. Siempre tiene como detonante la consecución de unos objetivos por parte de uno de los bandos, ya bien sea la defensa frente a un agresor o el dominio sobre otro grupo humano.

Durante la antigüedad, dos son los elementos que actúan como condicionantes principales del tipo de guerra a desarrollar. El primero es la implicación social de los individuos que componen las comunidades afectadas y el otro son los medios logístico-tácticos de los que se disponga; en realidad, ambos factores interactúan entre sí dependiendo de las circunstancias.

LA ESTRATEGIA

Durante el final de la Edad de Bronce, en nuestro territorio tenemos documentadas prácticas guerreras entre grupos humanos a través de las estelas decoradas del Suroeste donde apreciamos las representaciones de *monomaquia*s o combates individuales. Se trata del reflejo de una ideología de marcado carácter aristocrático, concepciones que podríamos denominar épicas y que responden en nuestra opinión a una ideología triunfante en la primera mitad del primer milenio a.C. De todo este universo ideológico tenemos reflejos en grandes epopeyas de la literatura universal como el *Poema de Gilgamesh* o la *Iliada*. Este concepto de lucha elitista e individual es la que se documenta en las representaciones artísticas ibéricas durante su etapa formativa (siglos VI-V a.C.).

El guerrero aparece como un noble, con una amplia panoplia de armamento a la manera que se representa en uno de los relieves del monumento turriforme de Pozo Moro o en el conjunto escultórico de Porcuna. Ataca en pequeños grupos, entablando combate contra personajes del mismo

rango, de manera individual en combates singulares. Este tipo de guerra propia de sociedades arcaicas no busca más que algún tipo de beneficio o excedentes provenientes del saqueo del territorio enemigo y no una dominación estable. Es frecuente en ambientes donde el desarrollo de comunidades agropecuarias es lo suficientemente grande como para poder mantener algunos grupos de guerreros con los que poder disputar beneficios derivados de cosechas o reses de ganado a otros asentamientos más o menos próximos. En este caso estaríamos hablando más bien de *razzias*, incursiones puntuales en busca de saqueo, que de una guerra de campañas con objetivos de conquista y dominio permanente de un territorio. La idealización de este tipo de conflictos, que será utilizada como forma de justificación política, dará pie al surgimiento de la tradición épica en el seno del mundo ibérico, ideología que va ligada al concepto mismo de aristocracias guerreras imperante hasta bien entrado el siglo III a.C.

Escultura en bronce conocida como el Jinete de la Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia). Se trata de una de las representaciones más importantes de la imagen aristocrática de las comunidades ibéricas. Museo de Prehistoria de Valencia.

Pero esta no fue la única forma de combate que se dio en el mundo ibérico. A mediados del siglo IV a.C. vemos como las panoplias militares se generalizan en las sepulturas pertenecientes a esta época. Esto se ha interpretado como una ampliación de la base social que se entierra con símbolos guerreros. Si hasta entonces los ejércitos estaban compuestos por grupos de gentes armadas, normalmente jinetes vinculados entre sí por medio de juramentos sagrados a un líder, durante el siglo IV a.C. los ejércitos ibéricos comienzan a estructurarse por medio de unidades con sus mandos, combatiendo por medio de tácticas en formación. A partir de este momento la cualidad principal que

debía tener un guerrero no era el arrojo o la habilidad, como sucedía en las epopeyas épicas, sino la disciplina para no perjudicar a sus compañeros durante el tiempo que durase la batalla. El valor personal de un solo combatiente, aquello que componía la base del prestigio social de las elites arcaicas, dio paso a la coordinación de las unidades de combate que formaban el orden de batalla. Esto se traduce en un aumento de la importancia de todos aquellos individuos adultos (por supuesto de sexo masculino) capaces de portar armas, es decir, en términos sociales se produce una ampliación de los sectores con capacidad política en el seno de los *oppida*. El número de personas que acceden a una sepultura crece a partir de mediados del siglo IV a.C. reduciéndose de manera tajante el número de sepulturas de tamaño monumental y estandarizándose en gran medida las formas.

La tradición historiográfica de nuestro país interpretó de manera romántica la capacidad bélica de los pueblos ibéricos en la época de la Segunda Guerra Púnica (finales del siglo III a.C.). Se aceptaba el hecho de que la rebelión de algunos príncipes ibéricos, recogidos en las fuentes, como Indíbil y Mandonio, consistió en un hostigamiento intermitente a las tropas romanas en forma de guerrilla. En realidad lo que se estaba haciendo era extrapolar la mitología bandolerista de la Guerra de Independencia del siglo XIX al conflicto que siguió al cese de la contienda púnica en territorio peninsular y que desembocó en el dominio político romano en Iberia. Esta asunción del principio guerrillero frente al invasor foráneo está más relacionado con la búsqueda de una identidad histórica nacionalista que con lo que nos transmiten los datos arqueológicos, así como las fuentes textuales. La complejidad progresiva de la sociedad a partir del siglo IV a.C. y la inclusión de contingentes en conflictos mediterráneos, contratados principalmente por cartagineses o ciudades griegas de Sicilia desde el siglo V a.C., son indicios más que suficientes como para afirmar la aplicación de las tácticas de combate por unidades en el marco de los con flictos en los que se vieron envueltos algunos de los grandes centros autóctonos desde el siglo III a.C.

Estas formas de combate van asociadas a una serie de medios logísticos y estratégicos necesarios para la utilización de tácticas en el campo de batalla. Estandartes asociados a cada unidad, músicos que cumplan la función de transmitir las órdenes y un sistema de mandos, son elementos que todavía no se han podido documentar arqueológicamente más que a través de algunas representaciones artísticas como el famoso relieve de Osuna (Sevilla), que muestra a un personaje tocando una gran tuba que seguramente tenía funciones militares en el orden de batalla. Las menciones en textos antiguos alusivas a las revueltas de Indíbil y Mandonio (T. Liv. XXVIII, 32-34) y la expedición apaciguadora de Catón en el 195 a.C. (T. Liv. XXXIV, 8-16) parecen indicarnos que la dominación y posterior conquista de los núcleos considerados como rebeldes por las autoridades romanas se produjo previo enfrentamiento en campo abierto entre las tropas legionarias republicanas y los ejércitos conjuntos de los régulos ibéricos, es decir, se produjo un enfrentamiento entre dos ejércitos que combatían bajo sistemas de unidades. El hecho de que los medios logísticos y estratégicos de los romanos fuesen netamente superiores a los de los jefes ibéricos no significa que estos dispusieran un orden de ba talla compuesto por grupos aislados de gue rreros que cargan sin más coordinación que el grito de ataque de su príncipe.

Escena de batalla tomada de la decoración de un vaso cerámico del Tossal del Sant Miquel de Llíria (Lebes 129).

La negación de sistemas tácticos de unidades en los ejércitos ibéricos a partir del siglo IV a.C. también es contradictoria a las múltiples menciones literarias de los mercenarios ibéricos que sirvieron, formando unidades especializadas, sobre todo de infantería ligera (de forma similar que los peltastas griegos) y caballería, muy apreciada por algunos autores que nos detallan su inclusión en los complejos ejércitos romanos y cartagineses[44]. Contingentes enteros de mercenarios ibéricos aparecen mencionados como participantes en las guerras entre púnicos y griegos que sacuden la isla de Sicilia durante los siglos V y IV a.C. Su integración en los cuerpos, primero púnicos y después griegos, nos indica la adaptación a estos sistemas complejos de guerra ya que, aunque actuaban como unidades separadas, debían coordinarse en el campo de batalla siguiendo las órdenes del *strategós,* o general, si querían tener éxito y sobrevivir. Pese a que un porcentaje muy reducido de los contingentes mercenarios ibéricos regresaría a sus núcleos de origen, bien por no sobrevivir a diversas campañas o bien por establecerse en las áreas donde ejercieron como mercenarios, el conocimiento de las tácticas militares complejas no era completamente ajeno al ámbito ibérico. La superioridad con la que las tropas consulares romanas se impusieron a los ejércitos de levas ibéricos que se les enfrentaron no debía ser mayor a la superioridad con la que eran derrotados los ejércitos de los monarcas helenísticos, sin embargo, nadie duda de los conocimientos tácticos de los ejércitos seléucidas o ptolemaicos[45], negando sistemáticamente cualquier tipo de capacidad táctica a los contingentes ibéricos.

Cuestión bien distinta es la ya mencionada poliorcética, las técnicas destinadas al asedio y conquista de ciudades. Hemos hablado anteriormente de las fortificaciones y la arquitectura mi litar ibérica. Pese a contar con ejemplos notables de cinturones defensivos de gran calibre y que, a partir del periodo Ibérico Pleno (siglos IV-III a.C.), algunos *oppida* comienzan a dotarse de diseños constructivos desarrollados en otros puntos del Mediterráneo, la arqueología no cuenta con registros que permitan afirmar la utilización de maquinaria pesada (catapultas, torres de asalto, etc.) en las guerras tradicionales ibéricas. Este tipo de tecnología aparece en la Península durante el desarrollo del conflicto púnico-romano, en ejércitos organizados por entidades estatales plenamente desarrolladas, como lo eran Cartago y Roma en la época de las Guerras Púnicas, las únicas en el Mediterráneo occidental con suficientes recursos como para construir, mantener y transportar semejantes artefactos. Los ejemplos arqueológicos que nos muestran la existencia de instalaciones adaptadas a este tipo de maquinaria en época prerromana, como sucede en una parte de las murallas del Tossal de Manisses (Alicante), se interpretan en el contexto de la dominación bárquida de la Península como parte del dispositivo militar que Aníbal y sus colaboradores establecieron en la zona.

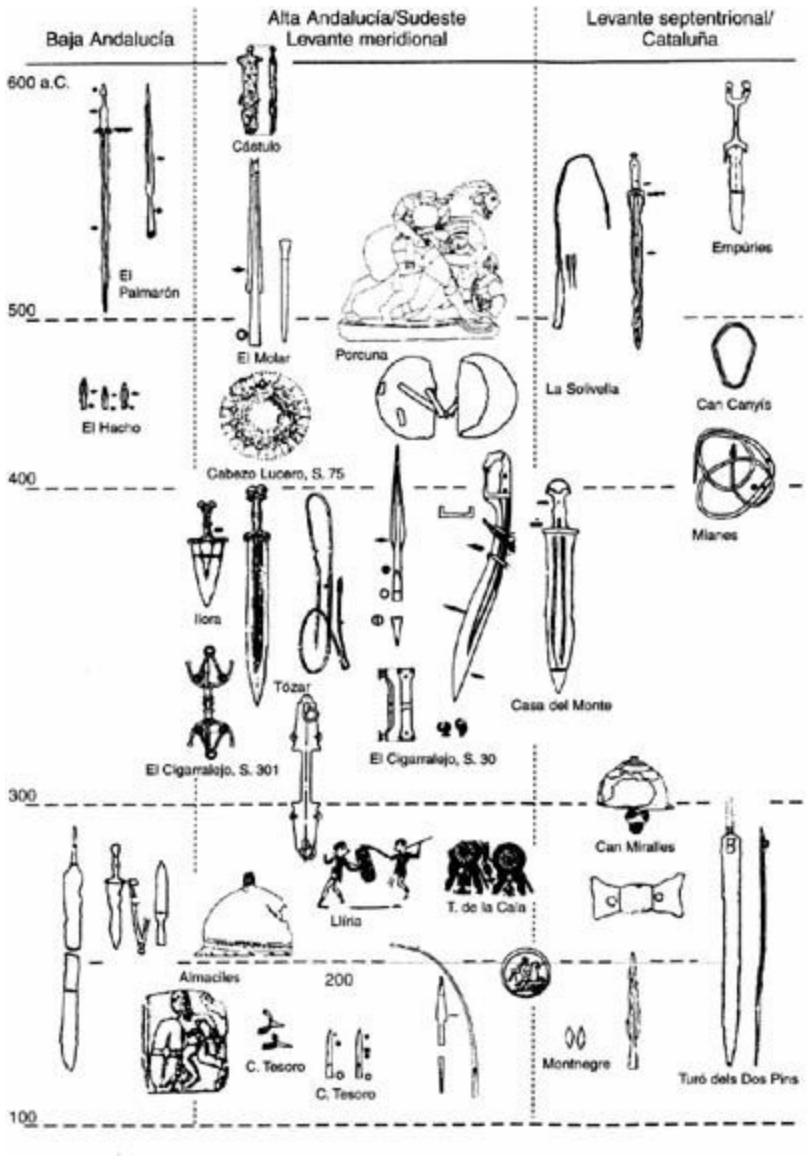
LA PANOLIA IBÉRICA: LAS ARMAS DEL GUERRERO

El tipo de armamento utilizado en una determinada época nos indica qué clase de combate se daba, así como el planteamiento táctico con el que se podía iniciar un enfrentamiento en el campo de batalla. Un equipo basado en grandes espadas, ideales para la lucha individual, según los cánones aristocráticos de la épica heroica, difiere de otra clase de armas como las lanzas de gran envergadura, utilizadas en combates de uni dades en formación como las que protagonizaron las

potencias mediterráneas a partir del siglo VI a.C.

En el caso del armamento ibérico, nuestro conocimiento se basa en la inclusión de armas en los ajuares de los difuntos, costumbre que, como hemos indicado, se generaliza a partir del siglo IV a.C. con el desarrollo del Ibérico Pleno y los cambios en los patrones funerarios. Este fenómeno, puesto en relación con los cambios sociales progresivos así como de la citada asunción de esquemas militares complejos con unidades coordenadas, nos permite argumentar de manera más firme a favor de una ampliación del segmento social con derechos políticos debido a la necesidad de crear una base de ejército cívico, vinculado a los asentamientos, que pueda desarrollar la guerra a esta escala más compleja. Claro está que esto no significa ni mucho menos que desaparezcan las diferencias jerárquicas. Esta ampliación del cuerpo social con derechos y deberes militares, se realiza en una sociedad ibérica de concepciones claramente aristocráticas, de manera que muy posiblemente los ejércitos tenían una estructura basada en términos gentilicios. La evolución de estos patrones de organización se puede rastrear en las tribus del mundo romano republicano o en los linajes nobles de la Atenas arcaica. Además también hemos de considerar la existencia de sistemas de organización basados en grupos de edad o *fratrías,* como es el caso de la Esparta de época arcaica y clásica donde unidades basadas en grupos de edad estrechaban sus vínculos por medio de costumbres rituales como las convivencias en campamentos o las comidas en común, así como la creación de nuevos puntos asociados a una metrópoli o centro de origen. Esta podría ser la interpretación de algunos asentamientos de menor entidad asociados territorialmente a grandes núcleos urbanos como Edeta (Tossal de Sant Miquel de Llíria, Valencia) o Ilici (Elche, Alicante).

Entre el armamento encontrado en los ajuares se puede establecer una vinculación proporcional entre el número de espadas y el de armas de asta, documentándose la asociación, desde el siglo IV a.C., de las clases aristocráticas con la espada y el tipo de combate que estas representan. También con un marcado tinte aristocrático se documenta la presencia de jinetes en el mundo ibérico; tal vez una de las mayores pruebas de esta asociación la tengamos en el famoso conjunto del jinete desmontado abatiendo a un enemigo perteneciente a los monumentos escultóricos de Porcuna. Aproximadamente en el 7% de las tumbas excavadas aparecen instrumentos o artefactos pertenecientes al ámbito de la equitación (bocados, monturas, etc.). En este sentido son conocidas las referencias, por parte de los autores clásicos, a los jinetes ibéricos como unos de los más apreciados en el Mediterráneo antiguo. En todas las campañas realizadas por Aníbal durante el transcurso de la Segunda Guerra Púnica se nos hace mención explícita de la participación de caballería ibérica como parte de las unidades mercenarias al mando del estratega cartaginés. Según vaya avanzando el conflicto, los romanos copiarán a los cartagineses en la inclusión de contingentes ecuestres indígenas entre su orden de batalla.



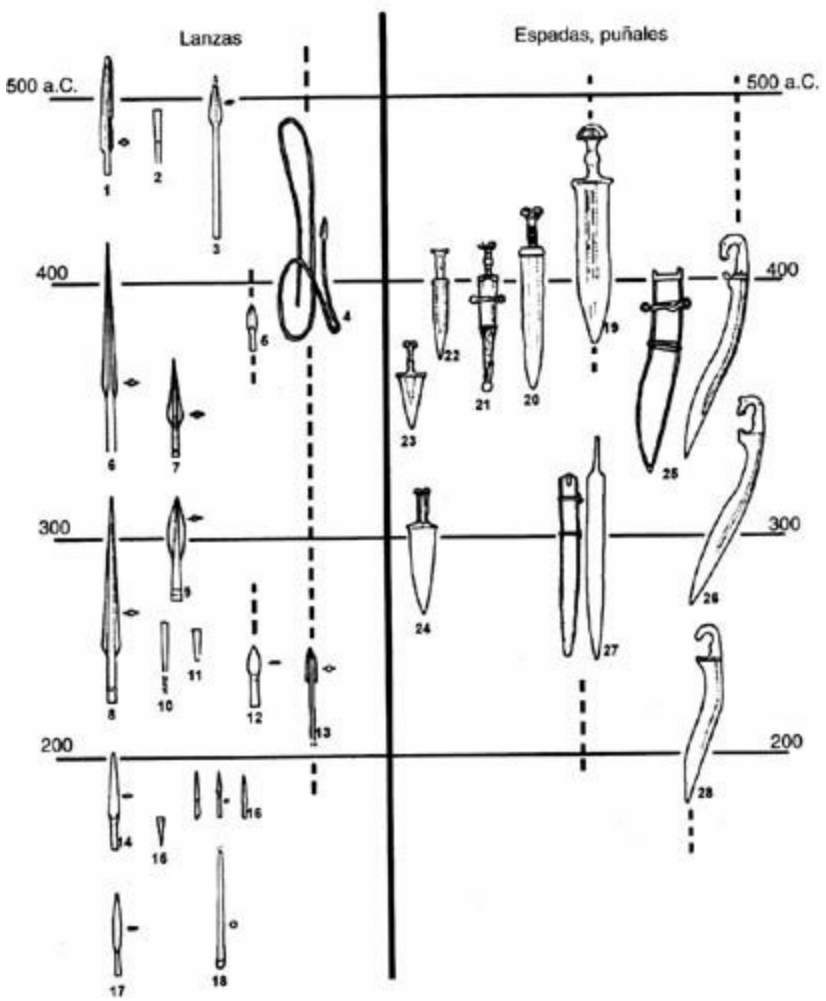
Cuadro de la evolución del armamento ibérico del Ibérico antiguo a la Baja época, según Quesada (1996).

La importancia social de la caballería en las comunidades ibéricas es evidente, además de representaciones artísticas, como las citadas esculturas de Porcuna, algunos vasos decorados de Llíria, como el lebes 129, muestran escenas relacionadas con los caballeros y sus monturas. El orden ecuestre (por llamarlo de una manera genérica) fue un factor de preeminencia social. Al igual que en otras culturas del Mediterráneo antiguo, el hecho de tener los recursos necesarios para mantener un caballo y su pertrecho suponía una marca de estatus dentro de la propia comunidad.

Centrándonos propiamente en el armamento ibérico hemos de decir que no presenta unas características uniformes, ni en cuanto a tipos de armas ni en cuanto a su implantación en determinados territorios. Cronológicamente tam bién detectamos una evolución de los equipos bélicos en paralelo a la sociedad de los hombres que las portaban en la batalla, en el que la introducción de formas tácticas complejas tuvo gran importancia. Para facilitar la comprensión de los distintos tipos de armas en el mundo ibérico vamos a dividir su explicación entre armamento ofensivo y defensivo; respecto a las armas de ataque a su vez podemos dividirlas entre armas de cuerpo a cuerpo (fun damentalmente espadas y lanzas) y armas arrojadizas (como el *soliferreum*, la falárica, la honda y las flechas).

De entre todas las armas blancas la más característica del mundo ibérico, sobre todo de la mitad meridional, es la falcata. Esta espada de hoja curvada hacia fuera es ampliamente utilizada en el

Mediterráneo desde el siglo VII a.C. Parece ser que sus orígenes se encuentran entre las poblaciones antiguas de la región de la Illiria (actual costa adriática de Croacia), de allí su uso se expandió a Grecia, al sur de Italia y Sicilia desde donde llegó a la península ibérica, donde hemos encontrado más de 600 ejemplares, los más antiguos fechados en el siglo V a.C. La falcata corta con su filo de arriba abajo, por lo que se la suele interpretar como un arma de caballería con una forma de utilización similar a la que pudiera tener el sable moderno. Estaba formada por tres láminas de hierro soldadas entre sí con una lámina central que se prolongaba como alma de la empuñadura. Además de esto, aproximadamente una cuarta parte de los ejemplares conocidos presentan decoraciones realizadas mediante la técnica del damasquinado, destacan en este sentido las falcatas provenientes del yacimiento cordobés de Almedinilla. Se solían guardar en fundas realizadas en cuero con perfiles en hierro. Por todos estos rasgos, y por el tipo de combate que la falcata parece indicarnos, se ha presentado a este tipo de espada como el arma por excelencia de las aristocracias ibéricas, sobre todo las vinculadas a ámbitos ecuestres.



Cuadro con la evolución tipológica de las principales armas ofensivas ibéricas, según Quesada (1996).

Otro tipo de espadas utilizadas en esta época eran las llamadas espadas de frontón, originarias del Mediterráneo oriental; fueron introducidas por los fenicios durante el siglo VIII a.C. Su uso se extendió por Andalucía y el sureste hasta mediados del siglo IV a.C., fecha en la que va desapareciendo de los ajuares funerarios a favor de la falcata. Las espadas con empuñadura de antenas son originarias de la Europa Central, se documentan en la zona indoeuropea de la Península desde el siglo VI a.C.; de ahí se extienden a Andalucía y Levante a partir del siglo V a.C. donde se desarrollan ejemplares cortos que podemos llamar puñales de gran tamaño más que espadas

propiamente dichas. Espadas de tradición celta tipo La Tene I y La Tene II se encuentran en el noreste, principalmente en Cataluña, desde el siglo IV a.C. Este tipo de arma es la que se considera el prototipo copiado por Roma para sus legiones, el llamado *gladius hispalense*.

La lanza era un arma utilizada para el combate cuerpo a cuerpo, constaba de tres partes: puntal, asta o cuerpo y regatón[46]. Este tipo de lanzas de gran tamaño podían utilizarse tanto en el combate individual como en las formaciones cerradas de combate. A medida que van evolucionando las formas de combate desde el siglo V a.C., y con el desarrollo del mercenariado, se van introduciendo cambios en las lanzas que reducen su tamaño buscando una forma mixta que permita su uso tanto en el cuerpo a cuerpo como, llegado el caso, como arma arrojadiza.

Dentro del grupo de las armas arrojadizas tenemos las de asta, fundamentalmente las jabalinas, y el *soliferreum*. Este último es una arma alargada, compuesta enteramente de metal (sobre todo en hierro) que tenía funciones similares a las del *pilum* romano. Debía tener un peso reducido que permita el alcance a distancia, para impactar en el enemigo y así iniciar carga sin molestias pues este debe defenderse del lanzamiento. Además solían tener un espolón que, al clavarse en el escudo del adversario, dificultase su maniobrabilidad, inutilizando su defensa con lo que se veía obligado a soltar su escudo, desprotegiendo uno de sus flancos y dando ven taja al lanzador. La falárica era otra arma arrojadiza tipo jabalina que en ocasiones se impregnaba de materiales combustibles utilizándose, sobre todo, en asaltos a fuertes y toda clase de defensas.

El empleo de la honda está ampliamente documentado entre los íberos y sobre todo entre los baleáricos. El empleo de este tipo de armas permitía lanzar proyectiles en un radio de 200 m con amplio índice de acierto. Los proyectiles podían ser de arcilla, piedra o plomo, siendo estos los más extendidos desde el siglo IV a.C. La utilización de cuerpos especializados de honderos entre los ejércitos mediterráneos se generaliza desde la época de las Guerras Púnicas. Los cartagineses los estimaban como soldados de elite entre todos los mercenarios y, a partir de las Guerras Púnicas en territorio español, los romanos incluyeron tropas de este tipo entre sus legiones.

Aunque se han detectado depósitos de proyectiles en edificios integrados en la defensa de muchos poblados fortificados como Ullastret (Gerona) o Pech Maho (Sur de Francia), lo habitual era su utilización en las batallas en campo abierto donde su capacidad de hostigar al enemigo, así como la posibilidad de acierto al disparar a bulto era mucho mayor.

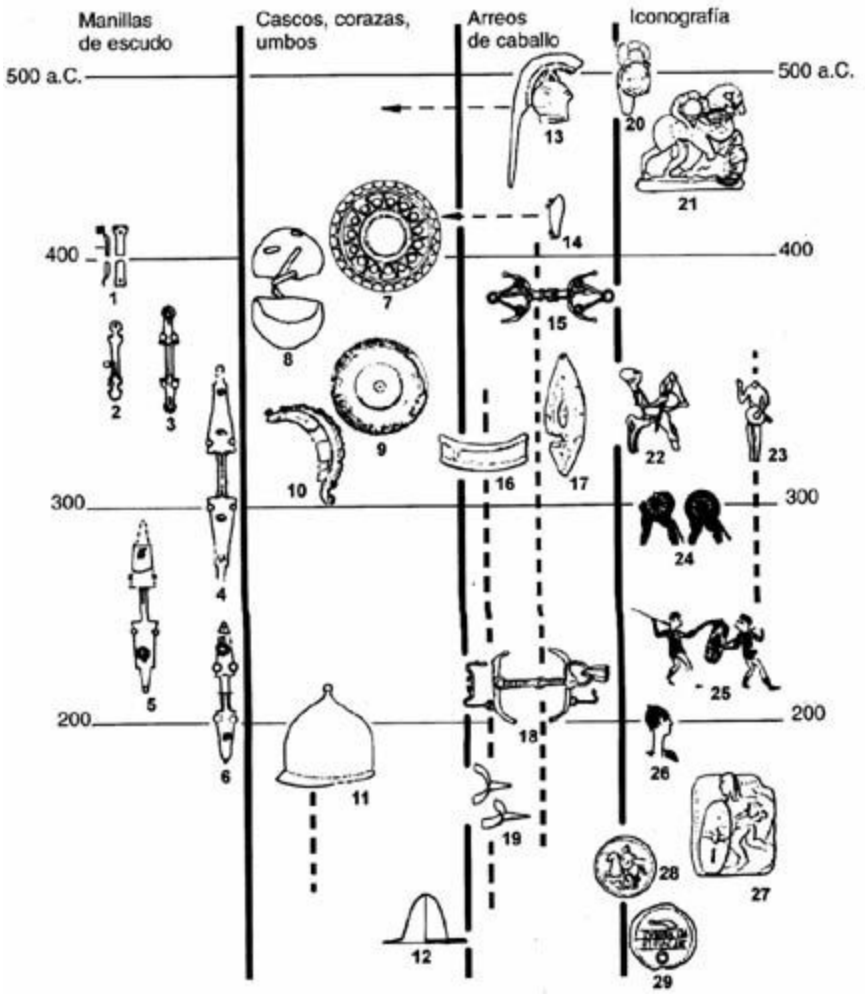
Pese a que el arco y las flechas están escasamente documentados en ámbitos ibéricos, lo cierto es que su utilización debió ser frecuente. Si durante los siglos VI-V a.C. el número de puntas de flecha es muy reducido (un lugar donde se han encontrado bastantes ejemplares es La Rábita, en Guardamar de Segura), la introducción de contingentes púnicos supone un aumento significativo de estos proyectiles entre los ajuares ibéricos. El tipo de arco documentado en la península ibérica es fundamentalmente el compuesto, típico de regiones orientales del Mediterráneo, que seguramente fue introducido por fenicios y cartagineses. Una unidad de arqueros podía realizar ataques a bulto hasta a 400 m de distancia, el radio de los lanzamientos de precisión no era mayor que 50 m. El hecho de que Escipión tuviera que dotarse de un cuerpo de arqueros durante sus campañas en contra de las tropas bárquidas, algo que se producía por primera vez en el ejército romano, prueba la utilización de este tipo de armas entre sus enemigos, cartagineses e íberos.

Pero no todo es herir al enemigo, también hay que protegerse de sus envites. Existen cuatro tipos básicos de armas defensivas en el mundo ibérico: el escudo, el casco, las grebas y la coraza.

En las necrópolis y en la plástica ibérica se documentan dos clases de escudos: uno circular de poco diámetro, llamado caetra, y otro de forma ovalada que las fuentes latinas denominan *scutum.*

La caetra se utiliza indistintamente en combate individual o en la lucha en formación. Se trata de un

escudo formado por maderas unidas con resinas u otras sustancias vegetales. Se tachonaban con cuero, aunque posteriormente se recubrieron con otros textiles como hacían los hoplitas cartagineses o los legionarios. Esta clase de escudos ligeros no fue de utilización exclusiva de los guerreros ibéricos, los peltastas lo utilizaron en el Egeo desde el siglo V a.C.



Cuadro con la evolución tipológica de las principales armas defensivas ibéricas, según Quesada (1996).

El *scutum* es un tipo de escudo que tenemos representado en los relieves de Osuna (Sevilla), en algunos vasos cerámicos decorados de Llíria (Valencia), así como en numerosos exvotos (figurillas de bronce fundamentalmente) procedentes de algunos santuarios andaluces como Despeñaperros o el Castellar de Santiesteban (ambos en la provincia de Jaén). Es un escudo típico de las unidades que combaten en formación cerrada. Se construye mediante la unión de listones recubiertos con cuero, fijados a un panel mediante un núcleo de metal o umbo. En el noreste estos umbos suelen tener una especie de alas extendidas denominadas alas de mariposa por los investigadores. Algunas de las escenas reflejadas en los vasos pintados de Llíria nos indican que los escudos ibéricos iban decorados en el exterior. Este tipo de representaciones se pueden paralelizar con algunos escudos griegos, etruscos o púnicos donde se representan los símbolos de las ciudades-estado de la antigüedad. Así los escudos de los espartiatas solían llevar una lambda (L) en referencia al topónimo de Lacedemonia, el nombre de la región de Esparta; los infantes pesados púnicos solían llevar la cabeza de un caballo en perfil, uno de los símbolos de Cartago. Tal vez las posibles decoraciones de los escudos ibéricos puedan identificarse con los símbolos gentilicios que estarían representando los remates escultóricos de los monumentos funerarios, principalmente en los denominados pilares-estela.

Los cascos son otro elemento básico de la panoplia defensiva ibérica. En la península ibérica los antecedentes más destacables de la utilización de cascos metálicos son los cascos de tipo corintio hallados en la ría de Huelva y en Jerez de la Frontera, fechados normalmente entre los siglos VII y VI a.C. El casco metálico tendrá muy poca continuidad en el mundo ibérico, tan so lo hemos documentado algunos ejemplares ais lados como el penacho encontrado en la necrópo lis de El Cigarralejo (Mula, Murcia). Los cascos con penacho eran utilizados, como prueba el ejemplar que acabamos de mencionar, así como las numerosas representaciones que tenemos en la escultura, las principales provenientes del conjunto de Porcuna (Jaén) o de algunos bronces como el famoso jinete de la Bastida de les Al cuses (Mogente, Valencia). Este tipo de ador nos militares tiene multitud de referentes en to do el Mediterráneo antiguo y seguramente fueron in tro ducidos a través del contacto de contingentes griegos y fenicios durante la etapa de las colonizaciones.

Las grebas o espinilleras, de bronce o de cuero tachonado, son un tipo de defensa corporal asociado al combate hoplítico, es decir, en tácticas de grupo que luchan en formación cerrada donde prima la disciplina sobre la habilidad individual. En ámbitos ibéricos se han producido hallazgos en sepulturas fechables entre los siglos VI a.C. y V a.C. cuando aún no se habían introducido las nuevas técnicas de combate en la Península. El hecho de que este tipo de defensas resten movilidad a su portador las hace muy desaconsejables para el combate individual por lo que han sido consideradas como elementos de prestigio o de parada de los ajuares ofrendados en las sepulturas. En contra de esta interpretación se suele argumentar su representación con la panoplia que portan los guerreros participantes en las *monomaquias* de Porcuna, fechables a mediados del siglo V a.C.

Pero quizá el elemento defensivo ibérico por excelencia sean los denominados discos-coraza o pectorales metálicos. Se trata de una protección fijada al tronco del guerrero por medio de correas forradas con almohadillas para evitar lesiones producidas por la fricción de estos elementos de sujeción. Una vez más el arte, sobre todo la escultura, ejerce de referente ilustrativo para este tipo de equipamiento. Son múltiples los ejemplos donde observamos la utilización de discos-coraza; estos pueden ser lisos, como en el caso de los guerreros de Porcuna, o con un relieve animal (un *Kardiophilax*) en su centro, como en el torso de guerrero con pectoral procedente de Elche donde la coraza se decora con una cabeza de lobo en relieve. La utilización de otro tipo de armaduras corporales que no estuvieran compuestas de materiales orgánicos (como el cuero) cuenta con pocos ejemplos sobre los que fijar nuestra atención. En San Antonio de Cálasete (Teruel) tenemos documentado el hallazgo de la que de momento es considerada como único ejemplo de coraza anatómicamente adaptada de toda el área ibérica.

Torso de guerrero procedente de la Alcudia de Elche (Alicante). El artista esculpió un disco-coraza decorado con un *kardiophilax* en forma de cabeza de lobo.

El armamento con el que un guerrero aristócrata ibérico iba pertrechado para la batalla está a la altura del resto de las culturas de la prehistoria reciente del Mediterráneo y solo será superada por los ejércitos de época helenística cuyo principal modelo será el ejército legionario romano, que salió victorioso de la Segunda Guerra Púnica dotando al estado romano de una maquinaria militar de funcionamiento perfecto con la que se lanzó a su conquista imperialista de todo el mundo habitado en torno al *Mare Nostrum*.

---

44 En nuestro capítulo sobre las fuentes clásicas hemos abordado esta cuestión en la obra de Estrabón.

45 Procedentes de dos reinos helenísticos instaurados por lugartenientes de Alejandro Magno, a continuación de su muerte, en Asia y Egipto.

46 Parte trasera hecha de metal que se utilizaba para clavar la lanza en el suelo.

8

La religión en el mundo ibérico

Uno de los aspectos más interesantes a la hora de analizar una cultura antigua es el de sus creencias religiosas. Los antropólogos nos dicen que la religión es un fe nómeno universal en el ser humano (lo mismo de cíamos de la guerra). Si bien es cierto, no lo es menos que cada grupo humano tiene unas for mas propias de expresar su fervor devoto. Dentro del tema religioso, uno de los elementos que supone un referente común a todos los ámbitos es su faceta ritual, el conjunto de acciones realizadas como marca, una determinada tradición, liturgia o canon, con el fin de conseguir el contacto con la divinidad de manera material o metafórica.

A menudo los actos rituales de los individuos del pasado dejan un rastro material que podemos reconstruir a través de la arqueología. En el caso de las comunidades ibéricas, al no haberse descifrado su lengua y al no conservarse textos que nos hablen de la religión, debemos recurrir a la arqueología como fuente principal para el conocimiento de este recóndito mundo religioso.

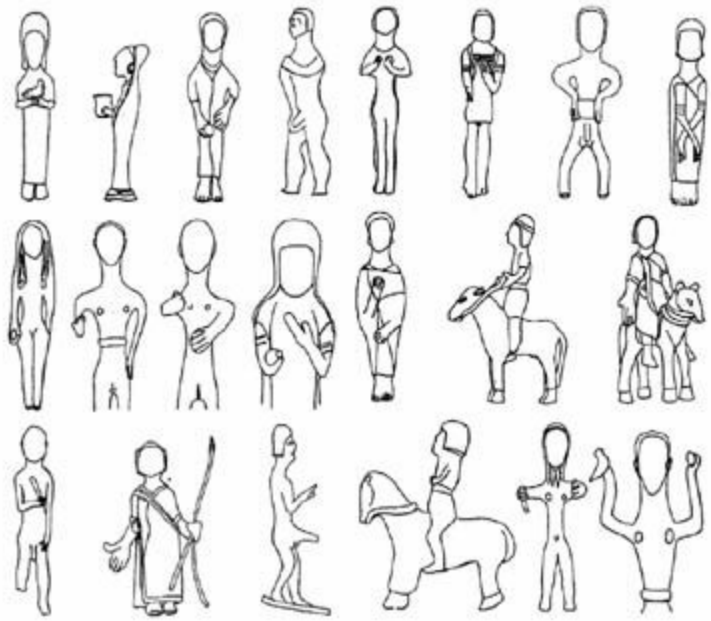
A lo largo de las siguientes líneas trataremos de explicar en qué circunstancias se desarrollaban los diferentes tipos de culto de los que hemos tenido algún rastro en los diversos yacimientos que han sido estudiados hasta la fecha. También intentaremos reconstruir algunos aspectos de los antiguos rituales que realizaban estas gentes así como algunas de las divinidades a las que se prestó devoción durante la época. Terminaremos nuestro análisis haciendo un breve ensayo de caracterización del sacerdocio ibérico y de cuáles pudieron ser sus atribuciones con especial atención al papel que jugaron las mujeres como integrantes de esta clase sacerdotal.

SANTUARIOS NATURALES Y CUEVAS

Tal vez una de las formas de culto más primitiva fue la que tuvo lugar en recintos naturales determinados, lugares que debido a unas características geográficas especiales, bien por su orografía, bien por el paisaje, bien por su situación, eran percibidos por los habitantes de una zona como parajes dotados de una sacralidad inherente, concebidos como escenarios de antiguas vivencias en el tiempo en el que los dioses habitaban la tierra y, por lo tanto, debían ser los idóneos para establecer comunicación con la deidad. En el mundo ibérico se dio con frecuencia este tipo de culto asociado a determinados elementos geográficos como las llamadas cuevas-santuario de las que tenemos numerosos ejemplos en la región del levante valenciano.

Este tipo de cultos lo tenemos documentado fundamentalmente por los exvotos, es decir, ofrendas que los fieles depositaban de manera ritual con el fin de ponerse en contacto con un de terminado dios, para solicitar algún don o para agradecer algún suceso. En el mundo ibérico el exvoto más extendido es la figurita de bronce, realizada con un molde o crisol. En algunos de los santuarios

naturales más importantes se ha encontrado un número muy elevado de estas figuras de bronce. En el santuario de Despeñaperros (Jaén) se han documentado más de 6.000 y en el del Castellar de Santiesteban (Jaén) unos 3.000. Estas cifras han de calibrarse teniendo en cuenta que ambos yacimientos han estado sometidos al expolio generalizado durante décadas, así que la cifra real de exvotos ofrecidos por los fieles del santuario debió ser mucho mayor. Una importante muestra de este tipo de figurillas de bronce la tenemos en el Museo Arqueológico Nacional, donde vemos representaciones de hombres y mujeres con los brazos extendidos en ángulo de 45º y las palmas de las manos mirando hacia fuera. Esta postura de las figuras cuenta con numerosos paralelos en multitud de representaciones de todo el Mediterráneo y suele interpretarse como metáfora del rezo o actitud de humildad frente a la divinidad. Actualmente, en muchas capillas católicas algunos de los feligreses que acuden a presenciar los oficios diarios todavía recitan sus oraciones poniendo sus manos en posición similar a la de estos exvotos.



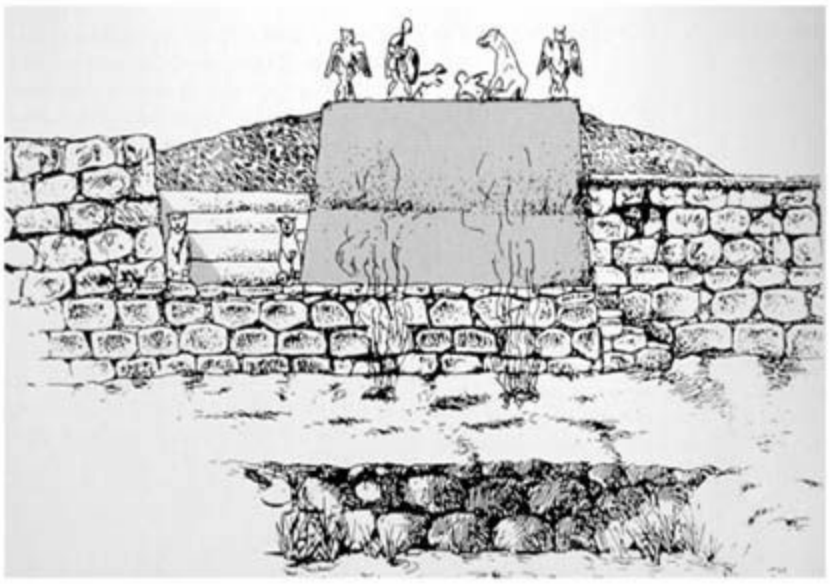
Las formas más características de representación de exvotos de bronce, según Nicolini (1969).

Algunos de estos exvotos con forma humana tienen partes de su anatomía resaltadas. Mu chas de las figuras masculinas tienen enormes falos, lo que se ha interpretado como una ofrenda que busca reproducir aquello que se quiere sanar o potenciar, algo que se conecta con cultos de fecundidad. También tenemos algunas figurillas que presentan las armas de un guerrero, seguramente como agradecimiento por una victoria bélica o un ruego de supervivencia ante un combate inminente. Los ejemplos de figuras a caballo o de carros se han vinculado con ritos de tránsito realizados en lugares fronterizos, como Despeñaperros que marca la frontera natural entre Andalucía y la Meseta Central. Estos exvotos tendrían la finalidad de procurar el favor divino para no tener contratiempos en el transcurso de un viaje.

El culto en estos lugares sagrados perdurará en algunos casos hasta después de la conquista romana e incluso algunos serán adaptados, bajo la oportuna advocación de un santo local, para el culto cristiano debido al excesivo fervor pagano que determinadas comunidades siguieron sintiendo por estos lugares. Ermitas y monasterios muchas veces no son sino cristianizaciones de cultos prerromanos establecidos en santuarios naturales que nos confirman un principio habitualmente cumplido en ámbitos rurales: un lugar que se percibe como sagrado desde tiempos prehistóricos no deja de serlo pese a las posibles conversiones religiosas que la comunidad pueda sufrir.

CULTOS HEROICOS

Una clase de cultos profundamente arraigados en los pueblos que habitaron las riberas del Mediterráneo desde la Edad de Bronce, e incluso anteriormente, fue el culto a los héroes, antepasados mitológicos que protagonizaron gestas épicas en los albores de los tiempos, es decir, en una era mitológica en la que los mortales y los dioses convivían en el mundo con seres fantásticos y monstruos horrendos, como las esfinges, los grifos o los seres que reproducen las llamadas «bichas» de la escultura ibérica, que atemorizaban a los hombres. Los poemas homéricos o la *Epopeya de Gilgamesh* son ejemplos universales de estos universos épicos que pasaron de generación en generación recitados por bardos e intérpretes trotamundos. En la base de este tipo de mitos siempre subyace un concepto, una identidad, una idea de la que determinados personajes son representación simbólica. Personajes y conductas son referentes con los que los seres humanos nos identificamos y suponen el reconocimiento de un acontecimiento pasado que en muchos casos sirve para articular de manera anacrónica la historia de un asentamiento o región política.



Reconstrucción del santuario heroico de El Pajarillo (Huelma, Jaén), según Molinos (1998). Se observa la propuesta de restitución del magnífico conjunto escultórico que se encuentra expuesto en el Museo Provincial de Jaén.

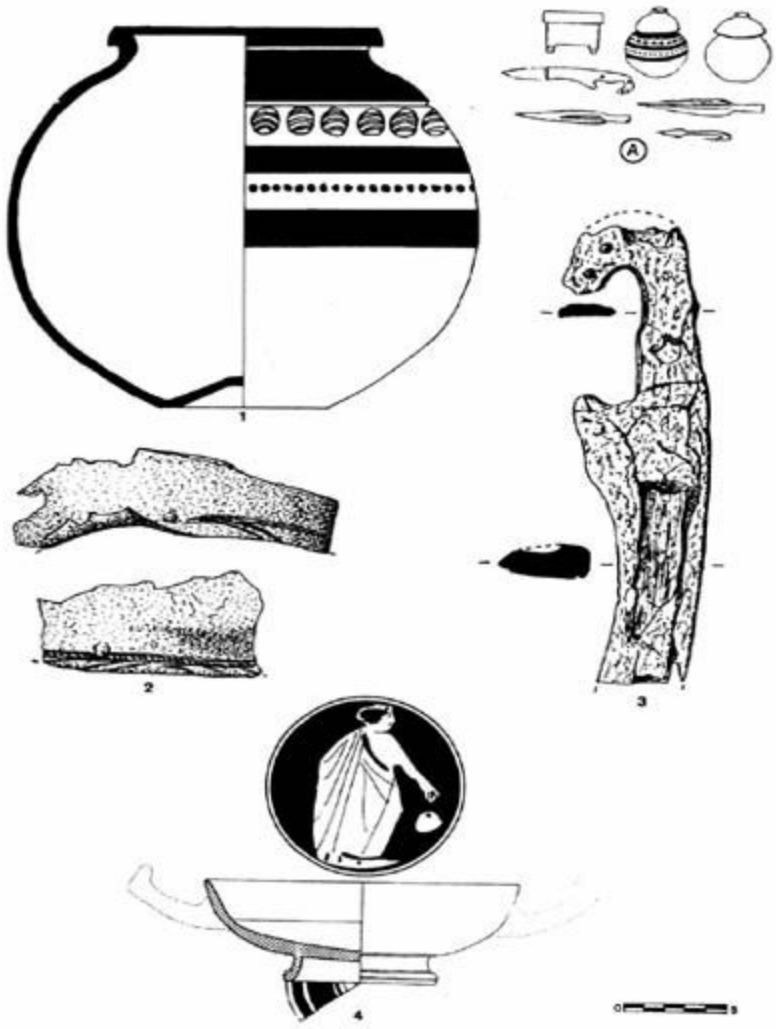
Quizá el testimonio más significativo de este tipo de cultos en el área ibérica lo tengamos en el santuario de El Pajarillo (Jaén)[50] cuya excavación en la década de los años noventa puso al descubierto un conjunto monumental seguramente asociado a un santuario de claro valor territorial que no tenía la habitual adscripción funeraria con que solemos interpretar esta clase de elementos.

EL MUNDO DE LOS MUERTOS

Según ha podido apreciarse en capítulos anteriores, el ámbito funerario tuvo una importancia muy considerable en el desarrollo de la cultura ibérica, en realidad la mayoría de sus testimonios materiales están concordados de alguna manera con este asunto. Algunas de las más importantes manifestaciones de la arquitectura y la escultura ibéricas se concibieron con el fin de ser monumentos

funerarios de sus patronos.

El mundo de los muertos era entendido por los antiguos ibéricos como un área relacionada con el mundo de los vivos, con una serie de elementos y reglas propias. Las celebraciones asociadas a la muerte de algunos individuos también eran una parte muy importante de su concepto funerario. La práctica de banquetes fúnebres y *silicernia*, documentada en lugares como Los Villares de Hoya Gonzalo (Albacete), siempre con relación a la figura de aristócratasguerreros, nos introduce en la ritualización épica de los difuntos, cultos que seguramente serían mantenidos por los vivos en torno a algunos monumentos funerarios. La propia liturgia, de la que hablaremos con detenimiento más adelante, en muchos casos estaba encaminada a dar tratamiento heroico al difunto como forma de honrar su memoria. Pero la práctica de dichos cultos en el mundo ibérico iba mucho más allá de la heroización del difunto. En una cultura en la que el mundo de los muertos tuvo una presencia tan notable, la praxis de rituales fúnebres tuvo que tener un alto nivel de elaboración.



Ajuar funerario de la tumba nº 134 de Galera, según Pereira (et Alii) (2004). Según los materiales encontrados, la sepultura se puede fechar en el segundo cuarto del siglo IV a.C.

Los propios espacios funerarios, tan importantes para nuestro conocimiento de las sociedades prehistóricas y antiguas, eran los escenarios acondicionados desde un punto de vista dramático, en los que se habían de representar las honras fúnebres que tenían por fin aplacar la ira de los espíritus difuntos, alejando así la desgracia de los miembros de un lugar determinado. Puntos como los monumentos turriformes eran espacios donde los mortales percibían que el difunto entraba en contacto con las divinidades de ultratumba. Eran marcadores de los lugares donde se producía la

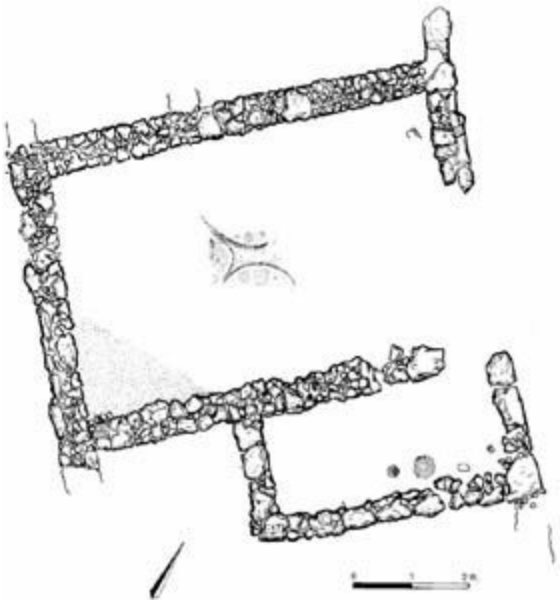
hierofanía, la manifestación de un dios, algo parecido a una frontera o conexión entre el mundo físico y los dominios de los crueles dioses subterráneos, deidades que podrían haber tenido un carácter similar al de Hades en la religión griega[51].

RELIGIÓN POPULAR, DOMÉSTICA O AGRARIA

La creencia de los antiguos habitantes de Iberia en los espíritus de los difuntos, algo muy común en la historia de las religiones, parece probarse con los enterramientos domésticos de recién nacidos o de niños en etapas previas a la pubertad. Este tipo de prácticas, que cuentan con variados paralelos en numerosos ámbitos rurales de la Historia de la Humanidad, tenían por objeto seguramente la vinculación del espíritu del neonato a un hogar doméstico del que las numerosas causas de mortalidad infantil, que caracterizaron a estas sociedades, había arrancado de manera prematura. La imagen de la niñez en estos am bien tes se vincula a conceptos cíclicos cuyo incumplimiento podría significar la influencia de un espíritu malicioso en las vidas del resto del grupo familiar, sobre todo en los otros niños de la casa. Este tipo de cultos se destina a aplacar a es tos espíritus malignos, garantizando así la fe cun didad y salud de la familia.

Este tipo de devociones no fueron las únicas vinculadas con los espacios domésticos. La arqueología ha documentado en los últimos años espacios asociados a casas que se suelen interpretar como pequeñas capillas domésticas o pequeños santuarios caseros a los que pudieron rendir culto los miembros de un grupo familiar. Existen notables paralelos en ámbitos latinos donde este tipo de religión tuvo un amplio desarrollo. Muchas de las casas romanas tenían pequeños habitáculos llamados *lararios*[52], rincones donde se suele documentar la existencia de pequeñas figuras religiosas (de bronce o de terracota), así como restos de ofrendas depositadas. Lugares modestos como la posible capilla doméstica del Puntal dels Llops (Valencia) o auténticos templetes de reminiscencias orientales, asociadas a determinadas casas de gran tamaño, como en el caso del Tossal de Sant Miquel de Llíria (Valencia), podrían tratarse de espacios destinados a la práctica de estos cultos.

La religión en el ámbito doméstico no acaba aquí, el fuego del hogar, entendido como epicentro metafórico del núcleo familiar, también tiene reminiscencias de alguna devoción. En El Oral (Alicante) se han documentado los restos de algunos de estos hogares donde se cocinaba y en torno a los cuales se desarrollaba la vida doméstica de aquellas familias. Curiosamente, uno de ellos, fechado en el siglo VI a.C., tiene una forma coincidente con los llamados lingotes chipriotas, similares a una piel animal con sus esquinas acabadas en puntas. Este tipo de morfología se puede asociar de manera clara a todo un universo de prácticas religiosas venidas de Oriente que seguramente se manifiestan en este yacimiento alicantino en su versión doméstica.



Planta de la Casa IIJ del yacimiento alicantino de El Oral, según Abad y Salas (2001). En el centro de la habitación de mayor tamaño se documentó un pequeño hogar doméstico con forma de lingote chipriota.

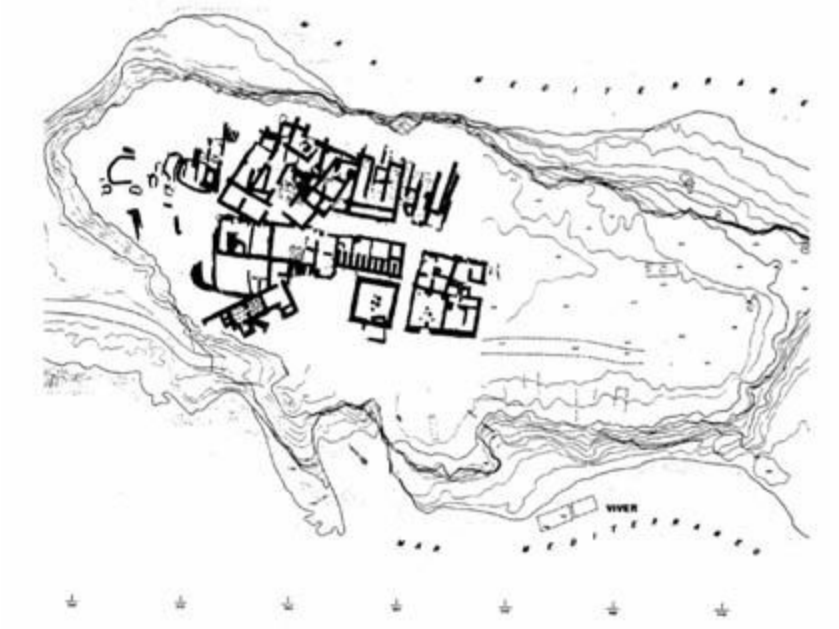
También en este ámbito y en contextos funerarios tenemos la manifestación material de un tipo de culto que se suele asociar a divinidades del ámbito agrario. En concreto se trata de unas piezas de terracota que se documentan en muchos yacimientos y santuarios del este de la Península. Estas piezas denominadas de manera imprecisa como pebeteros tipo Démeter eran figuras de culto de deidades ibéricas afines a la fecundidad y la abundancia agraria. El volumen de este tipo de hallazgos nos indica lo extendido que estuvo este tipo de cultos. Nuestro desconocimiento del panteón ibérico nos obliga, una vez más, a buscar posibles paralelos en otras latitudes del Mediterráneo. Dioses del tipo de Démeter, que en el mundo griego representaba a los ciclos estacionales vinculados a la producción agraria, deben ser un referente para este tipo de creencias tan extendidas en ámbitos rurales con un arraigo profundo seguramente desde la época neolítica. Podría ser una evolución más desarrollada de una diosa madre primigenia, cuyos referentes orientalizantes nos llevan al mundo de creencias que nos muestran los relieves del monumento de Pozo Moro, donde se representa una figura femenina alada dotada de atributos similares a las representadas en piezas de procedencia oriental, sirio-fenicia y chipriota. Cultos similares a estos se dieron en numerosos lugares de la cuenca mediterránea y la Europa templada, siempre caracterizados por su representación de lo femenino como metáfora de la fecundidad.

Otra posible lectura de esta clase de culto puede ser la de su vinculación con el área púnico-norteafricana donde la diosa Tanit, deidad femenina con atribuciones astrales, fue una pieza clave en la religión de Cartago. Esta deidad de origen sincrético proviene de la reelaboración de cultos fenicios basados en la figura de Astarté[53] y otras divinidades indígenas, seguramente de tipo agrario, adoradas en santuarios del Norte de África. Pese a la notable influencia de la ideología religiosa púnica en centros indígenas de nuestra protohistoria, como puede apreciarse en lugares como Cástulo (Jaén) o Torreparedones (Córdoba), la interpretación de este tipo de terracotas parece estar más cerca de los cultos agrarios tipo Démeter o Triptolemo que de otras manifestaciones con un carácter más sincrético. En cualquier caso, la posible simbología añadida que suelen tener las prácticas religiosas prehistóricas nos impulsan a seguir dando validez relativa a ambas hipótesis.

SANTUARIOS MARÍTIMOS-COMERCIALES

El comercio y la navegación fueron actividades de gran importancia en el Mediterráneo antiguo y, al igual que otros ámbitos como el agrario o el funerario, tuvieron su propio mundo de creencias religiosas. Ya en los poemas homéricos vemos cómo viajeros y navegantes son tratados de forma solemne por los gobernantes de los destinos a los que arribaba Ulises durante su tortuoso regreso a Ítaca.

Fenicios, cartagineses, griegos y todos los pueblos de época antigua desarrollaron formas de comunicación ritualizadas en sus contactos comerciales. El propio carácter aventurero de este comercio y las necesidades logísticas derivadas del mantenimiento de una ruta de tráfico naval exigieron espacios acondicionados que, bajo el patrocinio de aquellos gobernantes nativos, sirvieran como escenario del intercambio de las mercancías. Estos centros comerciales o *port of trade,* como se han denominado por una gran parte de antropólogos y arqueólogos de formación anglosajona, siempre utilizaron el recurso de la religión como elemento articulador de esas redes comerciales. La idiosincrasia de los navegantes de la antigüedad impulsó la creación de lugares de culto para la protección de los marineros y pescadores en los que se depositaban ofrendas como medio de buscar el favor divino durante el peligroso trayecto, pero también como forma de agradecer una provechosa transacción comercial. Los navegantes grieos y fenicios que llegaban a nuestras costas establecieron algunos asentamientos que en la actualidad la arqueología sigue rastreando de manera fragmentaria. La Palaiápolis de Ampurias (o primer establecimiento de los foceos que se asentaron en ese lugar), identificada tras recientes trabajos de excavación con Sant Martí de Empuries (Gerona), el santuario fenicio de Herakles-Melkart de Gadir (Cádiz) del que nos hablan las fuentes antiguas o el recientemente estudiado emporio precolonial de Huelva, pudieron ser ejemplos de este tipo de lugares sagrados establecidos al calor de lucrativas transacciones comerciales.



Planta de las estructuras excavadas en la Illeta dels Banyets (Campello, Alicante), según Llobregat y Olcina (1993).

Los cultos incluidos en estos ambientes tienen una serie de actividades asociadas a la práctica de la navegación antigua como la referencia visual destacada de los derroteros (mapas con formas de relieves geográficos usados por los pilotos de los barcos hasta fechas relativamente recientes). En la

acrópolis de Castell (Palamós, Gerona) tenemos la monumentalización tardía de uno de estos santuarios que servían de referencia en las travesías de los marinos de aquellas épocas. Asimismo estos santuarios y los sacerdotes que los guardaban serían los depositarios de información imprescindible a la hora de afrontar determinados trayectos: los vientos que soplaban en una determinada zona, las técnicas adecuadas para salvar un obstáculo y, más comúnmente, las rutas de navegación más indicadas para no sufrir naufragios. Un tipo de actividad que también suele asociarse a esta clase de religiones es la prostitución sagrada. En diversos santuarios portuarios de ámbito griego o etrusco se han documentado restos de estructuras interpretadas como lupanares donde estas sacerdotisas-prostitutas mantenían relaciones sexuales con los navegantes atracados cuyas embarcaciones habían atracado en el puerto como parte de los rituales destinados al culto a las divinidades protectoras del lugar. Aunque en ambientes indígenas no tenemos documentada esta actividad de manera irrefutable, no sería raro pensar que en santuarios como la Illeta dels Banyets o La Pícola (ambos en la provincia de Alicante) pudiera haberse practicado la prostitución sagrada en el marco del culto a deidades empóricas como la Artemis Efesia o Astarté.

RITUALES, CEREMONIAS, LITURGIA

El rito, manifestación fundamental del sentimiento religioso o cultural de una determinada comunidad, ha sido entendido por algunos investigadores como el eminente arqueólogo británico C. Renfrew como la «(…) *representación de acciones expresivas por parte de algunosoficiantes humanos en busca de fenómenos trascendentes (...)*». No queremos ser demasiado reiterativos en la mencionada falta de referentes textuales internos y externos de los que poder extraer conclusiones por lo que, de manera optimista, afirmamos que este tipo de acciones pueden ser deducidas de manera lacónica a través de los restos materiales que se depositan en el registro arqueológico de modo que los investigadores pueden intentar reconstruir ese mundo de ceremonias sagradas y fórmulas canónicas.

La condición sacra de los materiales que se utilizan en los rituales religiosos hace que tengan una utilización y subsistencia distinta a la del resto de los materiales. De la misma manera que a ningún devoto se le ocurriría tirar a la basura ninguna de las ofrendas depositadas a la imagen de una capilla o ermita del ámbito rural actual, los antiguos sacerdotes de nuestra prehistoria reciente debían tratar este tipo de objetos con similar cuidado: manteniendo, ordenando y limpiando todos aquellos que intervengan en la liturgia a lo largo de la vida efectiva de los diferentes santuarios detectados en nuestra península. Asimismo los sepulcros y marcadores funerarios eran visitados y mantenidos periódicamente cuando menos por la siguiente generación. Estos materiales, interpretados de manera coherente, suponen la base de nuestro conocimiento sobre los rituales de aquellas personas que habitaron el este y el sur de la Península desde el siglo VI a.C. al I a.C.

En primer lugar vamos a profundizar algo más en los rituales que tienen que ver con el mundo de ultratumba. La realización de ritos fúnebres está atestiguada fundamentalmente por la deposición de ajuares y por el tratamiento del cadáver. Además de esto, algunas fuentes antiguas y referencias artísticas autóctonas nos hablan de honras fúnebres (en forma de combates rituales) dadas a los miembros destacados de la sociedad ibérica. La principal forma de enterramiento era la cremación del cadáver, seguida de la inhumación de los restos mortales obtenidos de esta forma, depositados previamente en una urna funeraria crateriforme, a imitación de las formas cerámicas griegas

denominadas como cráteras o directamente en ejemplares griegos importados. La cremación previa del cadáver, realizada en un *bustum* o pira funeraria dispuesta para la ocasión o en un *ustrinum* cuando el lugar era común a los individuos enterrados en el cementerio, requería el gasto de una cantidad de madera suficiente como para calcinar el cuerpo del difunto, algo solo al alcance de clases privilegiadas. El ejemplo más gráfico de este tipo de rituales funerarios lo tenemos en los funerales en honor a los héroes caídos en la Guerra de Troya que tan fabulosamente nos cuenta Homero.

El polémico tema de la prostitución sagrada en la antigüedad ha suscitado la atención de muchos investigadores en la materia. A primera vista la utilización conjunta de estos dos términos puede parecernos una antítesis. Una actividad tan aparentemente prosaica como la prostitución pudo ser establecida en diversos puntos bajo el patrocinio de instituciones religiosas, incluso ejercida por mujeres con rango de sacerdotisa. Este tipo de práctica es muy frecuente en la mayoría de las ciudades portuarias que contaban con santuarios empóricos. Lugares tan importantes en el comercio marítimo de la zona como Pyrgi (Etruria) o El Pireo, el puerto clásico de Atenas (donde los marineros desembarcaban raudos para encontrarse con las *heteras*), cuentan con lugares donde se documenta esta práctica. Suele ser habitual que en las ágoras de las ciudades, o colonias costeras griegas, cuenten con espacios dedicados a este tipo de prácticas. La prostitución como actividad vinculada a los centros comerciales del Mediterráneo sería de esta manera institucionalizada en el marco de las llamadas religiones de *emporion*, siendo una fuente de ingresos y un atractivo añadido para los comerciantes de otras regiones. El grado de vinculación de estas mujeres al estamento sagrado debió ser muy relativo, algo sin duda motivado por la propia condición de esta actividad. La más que probable extrapolación de cultos como la Artemis Efesia o Dionisos nos hace pensar en la existencia de este tipo de conductas rituales en los grandes centros portuarios del levante peninsular como Sagunto (la antigua *Arse*, Valencia) o la Illeta dels Banyets (Alicante). Una aproximación literaria a lo que pudo significar esta práctica la tenemos en la novela titulada *Sonnica la cortesana* escrita por Vicente Blasco Ibáñez que pretende relatarnos el asedio púnico de Sagunto, completando la trilogía sobre la vida de las gentes que habitaron la Albufera valenciana.

Vista de las ruinas del supuesto Serapeion de Emporion (Ampurias, Gerona). Foto del Autor.

Ningún gran gobernante o político griego se aventuraba a tomar una decisión comprometida so bre el futuro de la polis o región que dirigía sin con sultar antes con el oráculo del santuario pítico de

Delfos. Las pitonisas o sacerdotisas de es te santuario dedicado a esa advocación de Apolo emitían profecías adivinatorias animadas por las prácticas de bailes rituales y la ingesta de determinadas sustancias narcóticas. La importancia de los oráculos emitidos era tanta que los responsables sacerdotales se encargaban de dar respuestas lo suficientemente ambiguas como para no descuidar los contactos diplomáticos con ninguno de los personajes o ciudades que realizaban la consulta. Salvando las distancias con la importancia del oráculo délfico, la existencia de rituales parecidos en la Península queda atestiguada con la actividad del santuario fenicio de Herakles-Melkart de Gadir, siendo el recinto al que se dirige Aníbal para realizar una consulta tras la caída de Sagunto (Liv. XXI, 12, 9) y de César, a quien la divinidad le prometió su triunfo en la capital romana (Quinto Curcio 4, 2, 17), así como en hallazgos arqueológicos como en el santuario de Torreparedones (Córdoba) de una cista de piedra con compartimiento interno y un pequeño agujero lateral que pudo usarse en ceremonias oraculares de la *Dea Caelestis*, trasunto latino de la Tanit púnica, un culto con elementos astrales y adivinatorios. Esta faceta oracular de la diosa cartaginesa ha sido probada por los relieves de diversas estelas funerarias púnicas e inscripciones de época romana.

EL PANTEÓN: EL ENIGMA DE LOS DIOSES IBÉRICOS

Como no conservamos referencias literarias alusivas a la religión ibérica, salvo en algunas notas puntuales cuyo valor científico es ampliamente objetado por la crítica experta, nuestros conocimientos sobre los dioses a los que adoraban los antiguos íberos son muy precarios (en paralelo a nuestro conocimiento de sus lenguas). Tan solo podemos hacer conjeturas sobre la base de representaciones artísticas documentadas en varios yacimientos.

Uno de los motivos a los que aludimos nos conduce directamente al mundo orientalizante. Las diosas representadas en piezas como el Bronce Carriazo (aunque por su estilo no se le suele conectar con el ámbito ibérico sino con el orientalizante tartésico) o los relieves de Pozo Moro nos muestran unas figuras femeninas adornadas con un peinado que recuerda mucho al de las representaciones egipcias de la diosa Hator, que también será utilizado en muchas imitaciones de piezas sirio-fenicias, sobre todo en marfiles. Estas figuras siempre aparecen asociadas a símbolos animales y vegetales, seguramente como atributo de fecundidad. La iconografía a la que hacemos referencia tiene sin duda un origen oriental y seguramente reproduce advocaciones que fueron introducidas a través del contacto de las poblaciones fenicias con los indígenas autóctonos de la región andaluza. El ejemplo del santuario de El Carambolo (Sevilla)[55] es un ejemplo paradigmático de este contacto de ideas religiosas foráneas en nuestra península. De alguna manera, cultos similares fueron asumidos o más bien reelaborados por los autóctonos que entraron en contacto con navegantes y colonos fenicios (o con sus pro ductos) que penetraban hacia el interior de la Península en busca de nuevas tierras en las que establecer sus negocios o asentarse. Esas ideas religiosas fueron reflejadas por algunos príncipes ibéricos en los objetos que consumían o en las obras que patrocinaban.

Mención aparte merecen una serie de relieves repartidos por diversos puntos del sur es te y sur ibéricos que representan a una figura hu ma na, normalmente identificada como femenina, flanqueada por dos animales cuadrúpedos imi tando un esquema compositivo, el de la *Potnia Theron* (la señora de las bestias), muy reproducido en todo el Mediterráneo desde la Edad de Bronce. En Villaricos (Almería), y en distintos puntos de las provincias de Jaén y Murcia, se han documentado ejemplos de estos relieves, casi todos ellos en ámbitos funerarios así que no debemos descartar que encarnase

una deidad del mundo de ultra tumba.

Escultura en bronce conocida como la Astarté del Carambolo (Sevilla). Esta imagen representa a una divinidad de origen fenicio a la que se rendía culto en el santuario sevillano.

Ya hemos hecho referencia a los llamados pebeteros tipo Démeter. Hemos afirmado que podrían admitir una doble lectura como posible divinidad estacional, asociada a ciclos agrarios, o como deidad astral y del más allá, posiblemente asociada a una advocación autóctona de la Tanit púnica. Este tipo de asociaciones religiosas sincréticas son comunes en la mentalidad religiosa de la antigüedad. No olvidemos que el propio culto griego de Démeter está vinculado a cultos de ultratumba como Hades quien, a causa del rapto de su hija Perséfone, durante los meses de otoño e invierno provocaba según la mitología clásica el retraimiento de la diosa de la fecundidad, que volvía a renacer en los meses de primavera y verano con la vuelta de su hija. Esta línea de interpretación cíclica de los cultos agrarios encajaría muy bien en una sociedad como la de las comunidades de la antigua Iberia.

"Pebeteros" del departamento 1 del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia), según Bonet y Mata Parreño (1997).

La tradición escultórica puede ser otra de las pistas que nos guíen en nuestra indagación sobre los miembros de un posible panteón ibérico. Los remates escultóricos de diversos monumentos funerarios pueden ser un modelo de las divinidades totémicas (si se me permite la expresión) o protectoras de los diversos linajes que se enterraban a la sombra de su protección. Así, por ejemplo, en la campiña cordobesa tenemos la más alta concentración de leones esculpidos en piedra de todas las regiones de la *koiné* ibérica. Este tipo de esculturas de la Alta Andalucía podrían estar asociadas a representaciones de diversas deidades menores, se trata tan solo de una hipótesis pero puede ser tan válida como el resto de las interpretaciones que se han querido dar a estos remates monumentales.

EL SACERDOCIO

Muy poco es lo que sabemos acerca del panteón indígena pero, ¿quiénes eran sus representantes en el mundo de los mortales? El tema del sacerdocio en el ámbito ibérico se puede plantear en dos vertientes, una litúrgica y la otra social.

Obviamente un entramado de estructuras y espacios dedicados al culto en sus más variadas acep ciones exige una serie de personas que cuiden de su mantenimiento y gestionen las ofrendas que dedican los fieles, pero la función del sacerdocio va más allá de la simple administración; ellos son los encargados de la dirección y realización de los diversos rituales que tienen lugar como parte de la actividad cultural que se realiza en los santuarios y templos, así como en los cementerios. El sentido ritual de toda la liturgia religiosa exige algún tipo de autoridad, aunque solo sea individual, que establezca de manera clara un canon o regla por medio de la cual tienen que ser ejecutados dichos rituales. Todas estas labores, así como otras específicas en función de cada caso particular, son las que debe poner en práctica la clase sacerdotal.

La complejidad de los rituales que parece desprenderse del registro arqueológico, así como la entidad de algunos de sus lugares de culto, nos demuestran de manera irrefutable la existencia de un grupo de personas dedicadas exclusivamente a la función religiosa, es decir, individuos que pueden abstenerse del trabajo agropecuario o de las obligaciones militares para dedicarse a este tipo de

actividades, para lo que debieron contar con el patrocinio (o proceder directamente) de los linajes principescos o, lo que es lo mismo, una vinculación sociopolítica de las aristocracias dominantes con la clase sacerdotal que regía el culto.

Una visión diferente del sacerdocio ibérico recientemente expresada es el papel que la mujer tuvo dentro del mismo. Esta línea de in terpretación, desde la perspectiva de la arqueología de género, trata de estudiar la relación de la mujer con la religión ibérica. Para ello se han aducido diversos objetos arqueológicos como forma de argumentar esta interpretación. Muchas de las figuritas de bronce de los santuarios como Despeñaperros (Jaén) muestran a personajes femeninos ataviados con una serie de característicos tocados y en posiciones que pueden traducirse en actitud de súplica y oración, ¿son estas representaciones en realidad el reflejo de sacerdotisas en plena realización de actos rituales? Una hipótesis tradicional nos dice que las grandes Damas de la escultura ibérica (Dama de Elche, Dama de Baza, Dama de Cabezo Lucero...) son en realidad representaciones de las sacerdotisas que rigieron el culto de aquellos lugares en un determinado momento. La vestimenta que suelen portar coincide a grandes rasgos con los trajes de las figuritas de bronce. Además, las ricas joyas que se esculpieron para adornar estas, ya de por sí, bellas esculturas coinciden con los atuendos sacerdotales de gran lujo que se han documentado en la vasta tradición oriental. En el citado santuario de El Caram bolo (Sevilla) se encontró un ajuar que sus excavadores interpretaron como propio de una sacerdotisa. Estaba compuesto por collares y brazaletes de oro y por un pectoral con forma de lingote chipriota que servía seguramente para adornar el busto de la oficiante. Este ejemplo, y otros documentados en la riquísima tradición orfebre de época protohistórica, podrían ser el reflejo de la parafernalia y los adornos sagrados de estas teóricas oficiantes aunque hemos de reconocer que han sido muy escasos los hallazgos de este tipo que podemos asociar de una manera muy clara a santuarios y templos.

Tesoro de El Carambolo (Sevilla), uno de los más importantes conjuntos de orfebrería de la prehistoria reciente en la península ibérica. Museo Arqueológico Nacional.

La identificación de los sacerdotes o responsables del culto exige también diversas precisiones de acuerdo con el tipo de culto al que ellos prestan sus servicios. De esta manera, actividades como la prostitución sagrada o la emisión de oráculos adivinatorios (actividades rituales de las que ya hemos hablado), así como los cultos salutíferos asociados a fuentes hídricas con valores curativos, como

pudo ser el caso de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) en sus fases más recientes o Torreparedones (Córdoba) con sus numerosos exvotos anatómicos documentados, no parecen estar en conexión exclusiva con las clases privilegiadas de la sociedad aunque sí es cierto que exigen el desarrollo de manufacturas o infraestructuras apropiadas, como los exvotos en el caso de los santuarios salutíferos o los lupanares en el caso de la prostitución sagrada. En el caso de los yacimientos a los que hace referencia este estudio, no sabemos hasta qué punto estuvieron desarrolladas estas infraestructuras pero tenemos la referencia de importantes santuarios como Delfos (santuario de tipo oracular), que ya en época arcaica (siglo VI a.C.) contaba con un desarrollo edilicio debido a la atracción que suponía la oportunidad de negocio que provocaba la afluencia de fieles.

Como conclusión al presente capítulo hemos de afirmar que la religión y todas las manifestaciones del mundo religioso de época ibérica es, como en el resto de las culturas de la antigüedad, un fenómeno fundamental para el entendimiento de su ideología y de su propio desarrollo cultural. La ambigua y difícil contextualización de muchos de los hallazgos provoca que los arqueólogos solamos interpretar los objetos más espectaculares que encontramos en los yacimientos con términos como «ritual» o «religioso», lo que en realidad supone una especie de reconocimiento indirecto de nuestro absoluto desconocimiento del verdadero significado de los mismos. A pesar de esto, debemos hacer el esfuerzo de tener siempre presente algo que parece muy lejano para los *urbanitas* de los países desarrollados: la realidad del ser humano durante nuestra prehistoria reciente estaba imbuida por la percepción de fenómenos rituales, religiosos y divinos que eran asumidos como naturales a los ojos de esos individuos.

---

50 Este conjunto y su interpretación ya han sido explicados en el capítulo que versa sobre las creaciones monumentales de la *koiné* cultural ibérica; a él me remito para no reiterarme en exceso.

51 El señor absoluto del reino ultraterrenal griego, el Tártaro.

52 Llamados así por los Lares, espíritus a los que los romanos rendían culto para buscar su favor.

53 Diosa vinculada a la familia real de Tiro, la metrópolis de las colonias occidentales fenicias.

55 Donde se ha documentado una magnífica figura de bronce conocida como la Astarté del Carambolo.

9

El ocaso de la sociedad ibérica

La tradición historiográfica de nuestro país, tan aficionada a los tópicos como el español de a pie, se encargó de acuñar un tér mino genérico, la romanización, para designar el proceso histórico por el que las estructuras autóctonas fueron sustituidas por la cultura emitida desde la autoridad romana. Ese término, como otras abstracciones que los escolares de varias generaciones hemos tenido que estudiar por imposición, oculta tras una contundencia puramente cosmética una serie de realidades diversas que los arqueólogos de campo, tan acostumbrados a resucitar la historia desde sus fragmentos más humildes, nos esforzamos en resaltar. De esta manera, un proceso tan amplio como la progresiva sustitución de una matriz interna por otra foránea acarrea complejas y múltiples variantes que debemos tener en cuenta antes de crear etiquetas simplemente por un afán periodizador.

Historiadores y arqueólogos somos, al mismo tiempo, culpables e inocentes de emitir determinadas interpretaciones generales sobre fenómenos históricos complejos. Somos culpables porque realizamos esas interpretaciones desde la base de nuestra propia formación y nuestra percepción de la realidad (nuestra «circunstancia» por definirlo en palabras de Ortega y Gasset), pero somos inocentes debido a nuestra imposibilidad para escapar de esta misma apreciación de la historia desde nuestro presente. La previa reflexión sobre el momento histórico en el que se emitieron determinados juicios sobre nuestro pasado es un indicador de por qué motivo se dieron esas interpretaciones. Un ejemplo muy interesante lo tenemos en los historiadores anglosajones que estudiaron el conflicto romano-cartaginés de las Guerras Púnicas, quienes no dudaron en transmitir el modelo de la división del Mediterráneo en dos bloques, propio de la Guerra Fría que estaban viviendo, a esa época del mundo antiguo. Hoy sabemos que interpretaciones simplistas como esa (o como la tradicional visión de la romanización peninsular) son incompletas, pero no podemos cebarnos en las críticas ni restar un ápice de mérito a su trabajo. En lugar de ello deberíamos esforzarnos en buscar otros enfoques desde los que interpretar las culturas que estudiamos y de esta manera conseguir reducir las más que justificadas críticas que emitirán los investigadores del futuro sobre las valoraciones que se están realizando en la actualidad. Sirva esta reflexión previa como vacuna frente al excesivo sectarismo del que adolecen las ciencias históricas en nuestro país.

LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA: EL PRINCIPIO DEL FIN

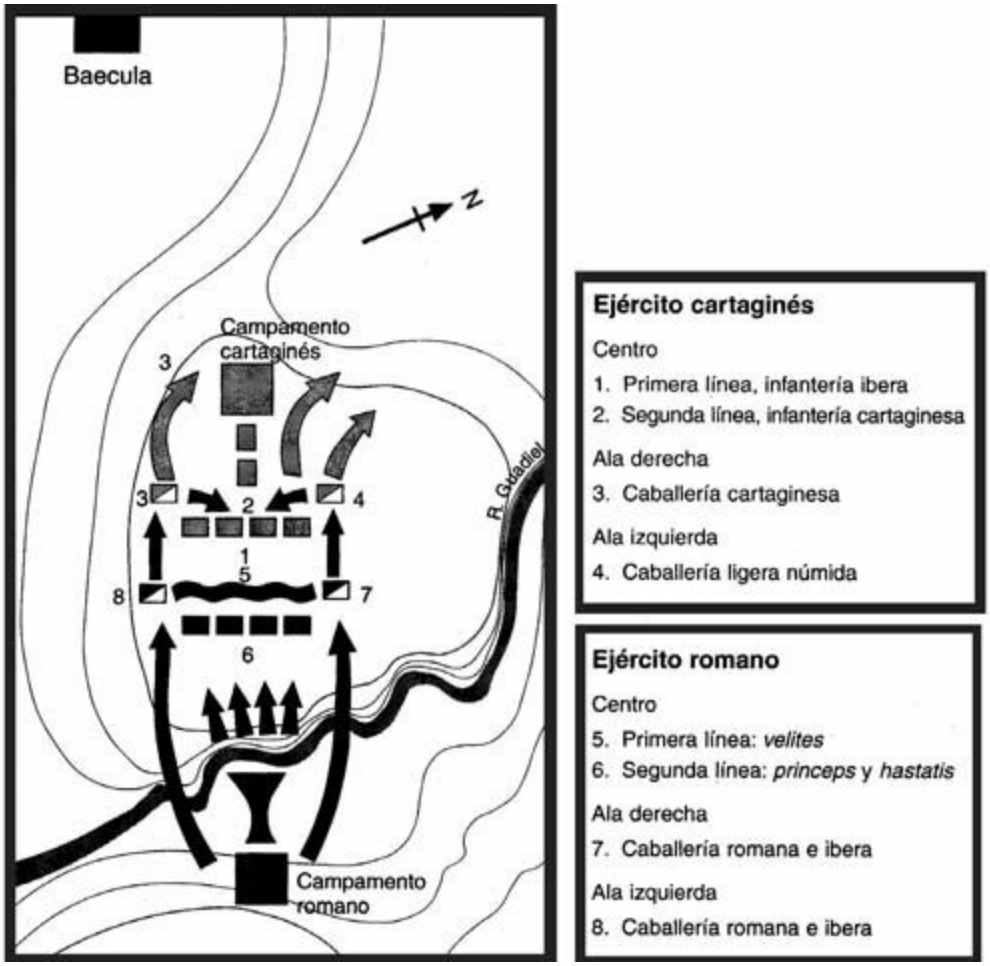
Uno de los posibles puntos de partida que podemos tomar como referencia para explicar este proceso puede ser el desembarco de Amílcar y Asdrúbal Barca en las costas andaluzas en el año 237 a.C. La expedición de conquista cartaginesa era el inicio de unos planes, los de la familia bárquida, para el establecimiento de un dominio permanente en el solar hispano. Iberia iba a ser la fuente sobre

la que se sustentase el renacimiento económico y político de Cartago después del primer enfrentamiento romano-púnico, ese valor geoestratégico que la península ibérica adquiría provocaría unos años más tarde la intervención definitiva de las tropas legionarias y la dominación progresiva de los pueblos indígenas.

La participación de contingentes mercenarios al servicio de los generales griegos y púnicos desde el siglo V a.C. hizo que los guerreros autóctonos asumieran nuevas tácticas de combate pero, más allá de estas consideraciones, en la época helenística los conflictos bélicos tenían una serie de consecuencias: saqueos, destrucción de ciudades, represalias, entrega de rehenes, venta de prisioneros como esclavos de manera generalizada o ejecuciones masivas, así como la desaparición de recursos económicos y demográficos de poblaciones enteras. Estos aspectos de la guerra no se habían dado en territorio ibérico hasta que aquellos barcos dirigidos por Asdrúbal desembarcaron en el puerto de Gadir. Si al principio de la contienda los príncipes ibéricos, sobre todo los del levante noreste, apoyaron de manera decidida la intervención romana, algunos de ellos como los ilergetas incluso aprovecharon ese apoyo para realizar una cierta ampliación de su esfera de dominio territorial, era en gran medida porque consideraban dicha intervención como temporal, de la misma manera que veían la participación de sus antepasados en las guerras greco-púnicas de la isla de Sicilia durante los siglos V y IV a.C.

Ya hemos hablado de la importancia de los contingentes mercenarios ibéricos en los ejércitos anibálicos, prueba de ello son los méritos atestiguados por los historiadores latinos en las victorias cartaginesas en territorio itálico (Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas), pero en la Península la acción de Publio Cornelio Escipión “El Africano”, magistrado enviado a Iberia con la misión de cortar los recursos humanos de los ejércitos de Anibal, y así enmendar las grandes derrotas sufridas por sus predecesores[56] en Ilipa y Cástulo, desde que se produjo el primer desembarco de tropas legionarias en el puerto de Emporion en el año 218 a.C. El desarrollo de las operaciones militares, con las consecuencias que comentamos más arriba, debió suponer sin duda un impacto en la tradicional sociedad ibérica.

Tres episodios militares de gran importancia, dirigidos con maestría táctica por parte de Escipión: la toma de Carthago Nova (209 a.C.), centro neurálgico de los cartagineses en territorio hispano; la batalla de Baécula (208 a.C.) y la toma de Gadir (206 a.C.) suponen el final del dominio efectivo de los bárquidas en Iberia.

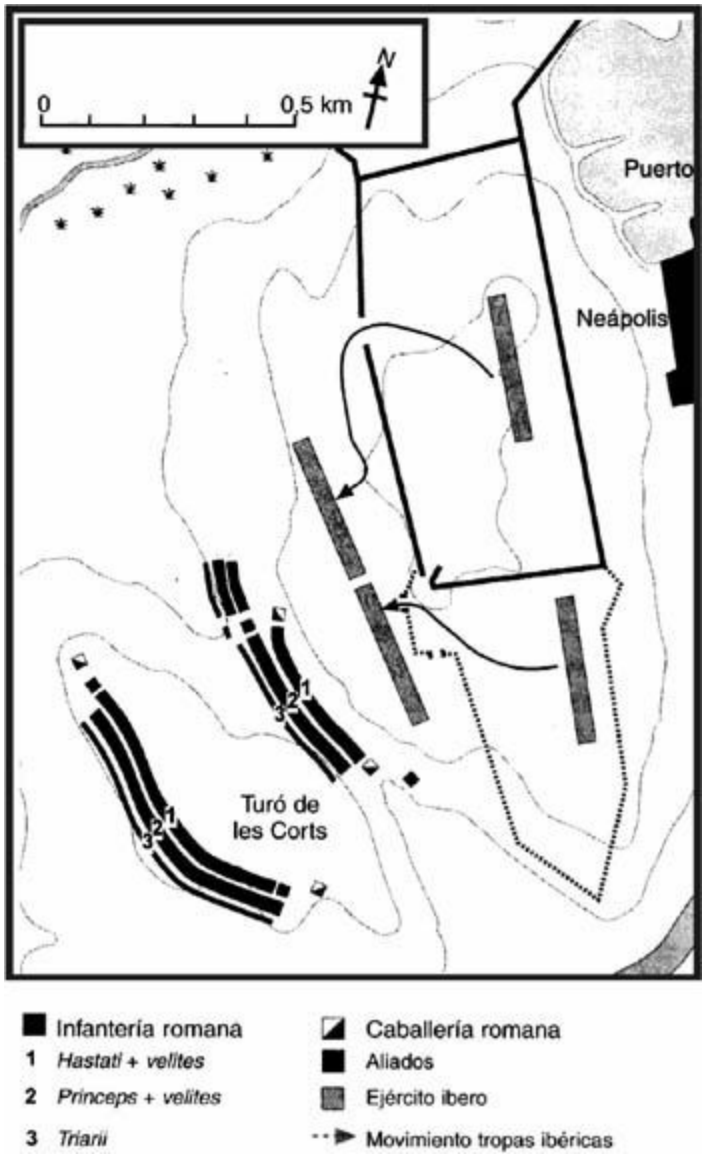


Recreación de los planteamientos tácticos de los ejércitos púnico y romano en la batalla de Baécula (208 a.C.), según Gracia Alonso (2003).

Tras estas fechas, y pese a lo que los aristócratas autóctonos pensaban, el dominio romano no descendió y las tropas legionarias permanecieron en suelo hispano. Ante las verdaderas intenciones de los magistrados y el senado de Roma, algunos príncipes ibéricos comienzan a levantarse en rebelión contra el conquistador romano en una fecha tan temprana como el año 206 a.C. cuando todavía Cartago no había sido doblegada definitivamente. Capitaneados por Indíbil y Mandonio, tropas compuestas por varios pueblos del noreste, sobre todo los ilergetas, cuyo señor hegemónico, Indíbil, había sido uno de los más firmes aliados de Roma en el conflicto púnico. Por aquel entonces la inusitada cohesión con la que actúan los contingentes ibéricos, que incluso deciden un mando coordinado, supone una prueba manifiesta de lo que comprobaría más adelante, la toma de conciencia de que la conquista romana supondría la desaparición de las estructuras políticas, sociales y culturales que se estaban desarrollando en los pueblos prerromanos. Roma diseñó, dirigió y aplicó un modelo de guerra generalizada para obtener el control de la antigua Iberia iniciando así la conquista de un territorio cuyo dominio significaba el acceso a la explotación de sus vastos recursos económicos y demográficos.

Era pues una rebelión y una guerra de supervivencia iniciada con el reclutamiento de un ejército capaz de medirse a las tropas romanas. Pese a la derrota de los ilergetas, en todo el arco ibérico se sucedieron las rebeliones. Incluso famosos jefes como Culchas, firmes aliados de Roma en sus actividades por el mediodía peninsular, no dudaron en poner sus recursos militares al servicio de la rebelión.

Ante esta situación de conflicto e inestabilidad generalizada, el senado romano decide dar el mando extraordinario de dos legiones consulares a Marco Porcio Catón quien, en el año 195 a.C., y tras un enfrentamiento decisivo a campo abierto con un ejército ibérico ante las puertas de Emporion, inicia una serie de campañas por todo el arco levantino y Andalucía aniquilando toda la infraestructura bélica indígena, esquilmando los recursos de cientos de asentamientos y destruyendo sistemáticamente las defensas (o directamente la totalidad) de los *oppida* que pudieran suponer una amenaza para el poder romano en Hispania. La efectividad del magistrado en su brutal tarea fue tal que la arqueología detecta un reguero de núcleos ibéricos de importancia cuyos niveles de destrucción, fechados a principios del siglo II a.C. por los materiales romanos, se suelen asociar a las campañas del mandatario romano. Quizá el caso más importante en este sentido sea el del Puig de Sant Andreu (Ullastret, Gerona) uno de los asentamientos ibéricos más desarrollados del área indiketa. En este proceso de desarme de los contingentes nativos, el cónsul incluso llega a requisar las armas de muchos individuos, lo que era percibido como una pér dida del estatus aristocrático de muchas gen tes ante el sentido militar que esta institución so cial tenía en el mundo ibérico.



Recreación de los planteamientos tácticos de los ejércitos íbero y romano en la batalla de Emporion (195 a.C.), según Gracia Alonso (2003).

Al finalizar esa campaña, la provincialización de Iberia es un hecho inevitable y podemos hablar con toda propiedad de los orígenes de la Hispania romana. La caída de una parte de las aristocracias tradicionales fue aprovechada por otros sectores para alzarse como las incipientes elites de las provincias hispano-romanas. Testimonio de este fenómeno son los ilustrativos documentos epigráficos que nos muestran la introducción progresiva de antropónimos latinos entre estas nuevas elites, indicando el proceso de hibridación al que se sometió a la población hispana.

La consolidación del proceso cívico iniciado en la época de la plenitud clásica del iberismo (siglo IV-III a.C.) tendrá su marco durante el periodo de la dominación romana, que impondrá nuevas formas de implantación territorial como forma de desestructurar las antiguas redes sociopolíticas, integrando a las poblaciones nativas en las nuevas redes romanas. La autoridad romana instaurará el régimen jurídico propio de sus ciudades, iniciando la progresiva municipalización de algunos antiguos establecimientos ibéricos al mismo tiempo que inicia un programa de fundaciones urbanas, cuyo patrón de asentamiento ya no será el de los poblados fortificados en alto sino el de ciudades que actúen de cabecera de un territorio jurídico o *conventus*, así como en una determinada zona de interés económico, tal es el caso de Emérita Augusta (Mérida), Itálica (Santiponce, Sevilla) o Tarraco (Tarragona) que fueron piezas fundamentales en este ambicioso programa de municipalización iniciado por Roma.

El mundo rural que, en la época clásica de los *oppida*, se había fundamentado en un modelo de núcleos secundarios, establecidos de manera estratégica en relación con algún centro importante, con explotaciones de subsistencia en su mayor parte. La provincialización y parcelación del territorio por parte de los agrimensores romanos trajo consigo un nuevo modelo de explotación rural que tendrá su punto álgido en la época altoimperial. El paradigma de la explotación de subsistencia será progresivamente sustituido por el modelo de explotación extensiva generalizada con vistas a la comercialización de los excedentes. Ese es el germen del que surgirán las incontables *Villae*, explotaciones agropecuarias en extensión en torno a un núcleo de habitación, que prosperaron en todo el territorio de la Hispania romana. Pero la conquista romana supuso además la introducción de un tipo de explotación pre-industrial en muchos sectores como el minero, con sus concesiones a privados (similares a nuestras actuales sociedades limitadas) de época republicana, y posteriormente con el establecimiento de auténticas compañías imperiales para el aprovechamiento de los muchos yacimientos metalíferos de las provincias hispanas.

En el terreno de la cultura intelectual, la conquista romana supone el inicio de la latinización lingüística de Hispania. De manera progresiva, irán abandonándose los diversos alfabetos prerromanos y adoptándose el latín como lengua oficial de la Administración. Poco a poco el latín también se iría convirtiendo en la lengua popular de la mayoría de los territorios hispanos; prueba de ello son algunas de las inscripciones que se han realizado en la Cueva Negra de Archena (Murcia), fechadas en el siglo I d.C. Algunas de ellas reflejan versos hexámetros de las epopeyas virgilianas. El hecho de que, en una fecha tan próxima a su composición, un individuo ibero-romano de la zona ya reprodujese estos fragmentos de la *Eneida* nos da muestra del alto grado de aceptación que tuvo la lengua y la cultura romana entre las antiguas estructuras ibéricas.

León procedente de Porcuna (Jaén) que refleja el momento de mestizaje de formas escultóricas procedentes de Italia con las formas tradicionales del ámbito funerario ibérico.

Un aspecto tan importante para nuestro conocimiento de la cultura ibérica como la escultura también va poco a poco asumiendo esquemas compositivos e ideológicos itálicos. Una figura de león (conservada en el Museo Arqueológico Nacional), un motivo frecuentemente representado por los artesanos indígenas de la Alta Andalucía, aparece en este caso apoyando una de sus garras sobre un *herma,* una representación retratística de claro sabor romano. También representativa de este mo men to de cambios profundos es una figura femenina, de un medio cuerpo muy tosco propio de la tradición local, cubierta por un manto al estilo de una señora romana (conservada en el Museo Arqueológico de Córdoba). En ambas esculturas el estilo es claramente obra de talleres nativos por su factura, pero sus temáticas son claramente romanas, siendo indicadoras del grado de aceptación de formas lingüísticas provenientes del ámbito itálico.

Relieve escultórico de Osuna que representa a un acróbata. Museo Arqueológico Nacional.

Volviendo a nuestra presentación inicial del concepto de romanización, esta no puede entenderse como una sustitución regular y aritmética de las antiguas estructuras ibéricas; muchos ámbitos de la vida y la cultura tradicionales siguieron funcionando de la misma forma hasta fechas muy avanzadas de la etapa imperial.

Muchos de los cultos religiosos realizados en santuarios de Andalucía y Levante siguen manteniendo ritos similares hasta los siglos I y II d.C. Así sucede en Despeñaperros, en algunos templos del área catalana como Castell o Sant Julià de Ramis (Gerona) o en Torreparedones donde no se abandona el culto hasta varios siglos después de la conquista romana.

---

56 Los hermanos Cneo y Publio Cornelio Escipión.

10

Curiosidades: Las andanzas de la arqueología ibérica

Cuando, a mediados del siglo XIX, un enviado del que fuera director del Museo Arqueológico Nacional, Juan de Dios de la Rada y Delgado, acudió a inspeccionar las misteriosas esculturas que se estaban descubriendo en un pueblo de Albacete llamado Montealegre, todavía no se tenía conciencia del verdadero significado del descubrimiento que iba a producirse. Las únicas noticias que se tenían de los antiguos íberos eran las pobres referencias que de ellos se hacían en un puñado de autores clásicos. De este antiguo pueblo se pensaba que era una sociedad primitiva y atrasada, incapaz de manifestaciones culturales como los templos o la escultura monumental. Al producirse los primeros ha llazgos escultóricos del Cerro de los Santos, algunos avispados estudiosos se empezaban a dar cuenta de lo que en realidad significaba el descubrimiento, se estaba empezando a poner rostro a lo que arqueológicamente lla ma mos Cultura Ibérica.

Mucho más raudos en comprender la importancia de estos hallazgos fueron algunos lugareños que vieron en la venta de estos restos arqueológicos, a los visitantes extranjeros y na cio nales, una forma de conseguir unos ingresos extras en unos tiempos en los que las carencias estaban a la orden del día. El mercado negro supo apreciar la personalidad del arte ibérico a su manera, es decir, por medio de su valor económico y lo hizo mucho antes que los académicos de la época.

Las magníficas esculturas del Cerro de los Santos, que los arqueólogos pudieron rescatar, no fueron consideradas ibéricas por la mayoría erudita hasta transcurridos unos años de su descubrimiento. Muchos de estos estudiosos no dudaron en encuadrar a estas esculturas en época visigótica llegando incluso a manifestar su incredulidad ante la autenticidad de las mismas.

En esta escasa consideración tal vez tuvo que ver la acción de múltiples falsificadores, como un famoso relojero de Yecla[57], personaje célebre en la comarca, que consiguió cantidades importantes de dinero falsificando precisamente esas esculturas que estaban comenzando a descubrirse en distintos puntos de Albacete, Alicante y Murcia. Su falta de escrúpulos supuso un descrédito internacional para la escultura ibérica que incluso había sido expuesta ante todo el mundo en sendas exposiciones universales.

Ya por aquel entonces había arribado a territorio español una pareja de arqueólogos franceses que iba a tener un papel principal en los destinos de la arqueología ibérica. Pierre Paris y Arthur Engel, dos estudiosos de la antigüedad, fueron adquiriendo, por medio de excavaciones o por la compra directa financiada por el Museo del Louvre, una imponente colección de piezas de escultura, cerámica y orfebrería ibéricas. Ante este panorama de incredulidad internacional y también ante la incapacidad de unas instituciones españolas inmersas en la carencia de recursos que sufría el país, muchas piezas que hoy serían consideradas auténticas joyas desaparecieron irremisiblemente en este mercado incipiente. La acción de estos arqueólogos franceses debe ser considerada por tanto positiva, ya que aseguró la conservación de una importante colección de piezas que hubieran sufrido un destino mucho más sórdido de no haber sido por su intervención. Pese a esto, no deja de ser

curioso revisar la correspondencia que mantenían con sus centros de origen, ya que parecen más el registro de un administrador de bienes que el de un arqueólogo. En estos textos, además de una contabilidad exhaustiva de sus más mínimos gastos, tratan siempre de justificar su inversión en las más diversas piezas de la prehistoria y la antigüedad hispana ante los recelos de sus superiores. Estas discusiones epistolares nos prueban que en aquella época, incluso las instituciones que hoy parecen tener un aura de respetabilidad y prestigio, actuaban con total complacencia ante los designios del mercado de antigüedades.

ESCRITURA

DE

Compraventa

OTORGADA

POR

Don Fernando Gomez Cuadra

Á FAVOR DE

Don Arturo Engel representado por

Don José Joaquin Gomez y Ramirez

ANTE

DON ELISEO CASTELLÓ Y CALBO

NOTARIO DEL DISTRITO

DE LA VILLA DE OSUNA

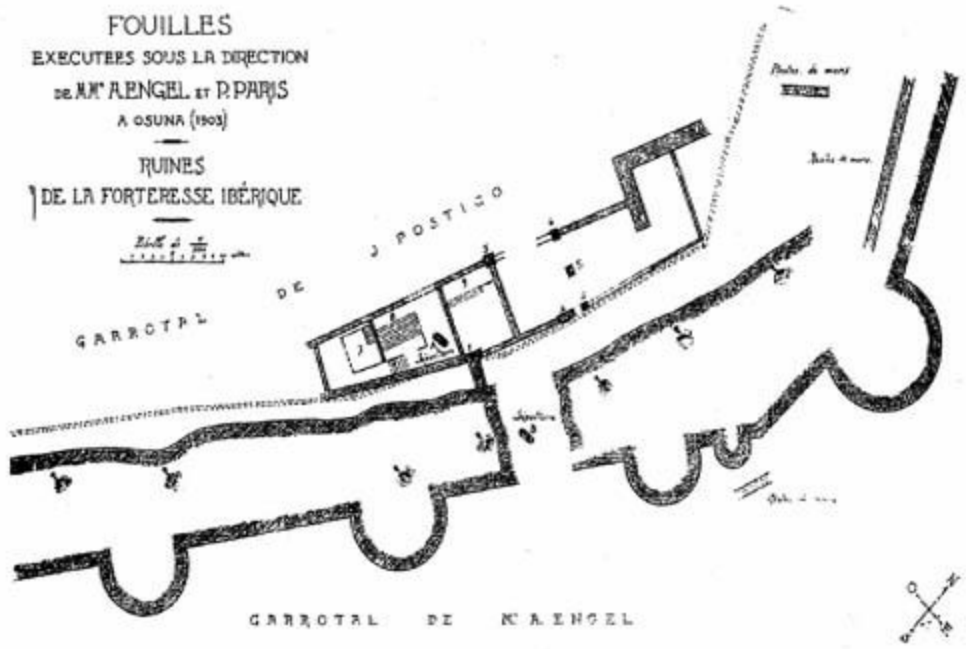
Dia 2 de Agosto de 1901

Escritura de compraventa a favor de A. Engel de los relieves encontrados en Osuna, según Beltrán y Salas (2002). Instituto de Francia.

Gracias al interés de estos y otros expertos en estas piezas, se fue conformando una magnífica colección de arte prerromano, procedente de yacimientos tan emblemáticos como Osuna (Sevilla), Agost o Albacete. El apogeo de esta colección se alcanzó mediante la compra de la famosa Dama de Elche, descubierta en 1897 por un agricultor de la zona mientras araba sus terrenos y que fue adquirida por el módico precio de 5.000 pesetas, una auténtica pequeña fortuna en la época aunque no hacía honor a la importancia y ca lidad de la pieza. Su traslado a Francia fue en tendido como una auténtica desgracia na cional para algunos arqueólogos de los selectos círculos académicos españoles.

La actividad arqueológica que Pierre Paris estableció en la Península tuvo dos momentos determinantes: las excavaciones llevadas a cabo en la ciudad romana de *Baelo Claudia* (Bolonia, Cádiz) y la fundación de la Casa de Velázquez, institución financiada por el gobierno francés, cuya sede actual se encuentra en la Ciudad Universitaria de Madrid. Este órgano promueve a

investigadores y artistas tanto franceses como españoles que a lo largo de su historia han albergado una tradición de eminentes iberistas. La vinculación política con el gobierno galo hizo que ejerciese de enviado al servicio de la república desde su posición privilegiada de Bolonia (Cádiz) observando el tráfico marítimo de las potencias del Eje por el estrecho de Gibraltar durante la Primera Guerra Mundial. En realidad no se trata más que de un episodio entre los muchos que han protagonizado los arqueólogos de todas las nacionalidades con relación a facetas políticas o de inteligencia militar[58].



Plano general de las excavaciones de A. Engel y P. Paris incluido en su memoria publicada en 1906, según Beltrán y Salas (2002).

Unos años antes el gobierno español promulgaba, en 1911, una ley y reglamento a fin de regular las intervenciones arqueológicas en nues tro país en un intento por frenar el expolio permanente al que estaban sometidos los yacimientos españoles. El vacío legal cubierto con esta ley permitía que cualquier personaje sin formación o interés científico, pero con algo de dinero, pudiese iniciar rebuscas arqueológicas con el fin de conseguir piezas que sacar al mercado negro. La nueva ley contribuyó a discipli nar un poco la situación, aunque no logró paliar el gran expolio al que los yacimientos arqueológicos eran sometidos. Lugares como el santuario de Despeñaperros han supuesto el fundamento de la economía de centenares de familias de la zona desde que se empezaron a descubrir las primeras figuras de bronce en su subsuelo.

Las décadas de los veinte y de los treinta supusieron el estudio, más o menos profundo, de algunos grandes yacimientos de época ibérica como la necrópolis de Galera (la antigua Tutugi, Granada) o el Castellar de Santiesteban (Jaén) excavadas en este periodo por Juan Cabré, arqueólogo de origen turolense que también será responsable de excavaciones en el Valle del Ebro como San Antonio de Calaceite (Teruel).

La actividad del padre Belda en las provincias de Murcia y Alicante puede equipararse en importancia a la de Cabré. Este religioso, gran aficionado a la arqueología, fue director del Museo Arqueológico de Alicante, así como de los primeros trabajos arqueológicos realmente serios iniciados en yacimientos contestanos tan importantes como la Illeta dels Banyets.

Mientras tanto, en Cataluña, la gran figura de Pedro Bosch Gimpera surgía desde la Universidad Autónoma de Barcelona para realizar la primera sistematización de la cerámica ibérica, así como una etnología de los pueblos prerromanos que sería el germen de nuestra actual concepción de la diversidad de las comunidades prerromanas en Iberia. Su visión étnica de la antigüedad estaba combinada con su pensamiento político, de corte nacionalista catalán, ocupando algunos cargos de importancia en la Generalitat catalana de la época republicana.

Por aquellas mismas fechas se empezaba a gestar el desciframiento del alfabeto levantino a cargo del arqueólogo e historiador del arte Manuel Gómez Moreno, erudito institucionalista y entusiasta del sentimiento nacional español. La metodología o el proceso deductivo que le llevó a este descubrimiento nos son completamente desconocidos por lo que las circunstancias de este hallazgo siguen siendo un misterio para la comunidad arqueológica.

La Guerra Civil (1936-1939) supuso, como en el resto de las facetas de las vidas de los españoles de la época, un corte traumático en el desarrollo de las investigaciones sobre el mundo ibérico. Después de la victoria del general Franco, algunos investigadores, formados en universidades alemanas mediante becas de la antigua Junta de Ampliación de Estudios, regresan a la España nacional profundamente influidos por la ideología y las tesis de arqueólogos germanos como Kossina. Durante los primeros años del régimen franquista (hasta 1945) se produce una subordinación política de la arqueología quedando el mundo ibérico interpretado dentro de la versión propagandística de la unidad territorial del pueblo español basada en criterios raciales y culturales. La postura heterogénea de autores como Bosch Gimpera no tuvo cabida en las universidades españolas de aquellos años. La propaganda fascista en la que se convirtió la mayor parte de la arqueología ibérica de la época queda atestiguada con artículos como el firmado por Juan Cabré en 1943 bajo el título de *El saludo ibérico. Saludo racial precursor del nacional. Su difusión por Europa en unión del Gladius Hispaniensis*. El hecho de que trabajos de esta temática no fuesen criticados por sus colegas nos indica la situación de los ambientes académicos en que se desarrollaba aquella investigación arqueológica. Mientras tanto, arqueólogos como Santa Olalla establecían un modelo de iberismo entroncado con las raíces prehistóricas de la supuesta unidad racial aria. Este autor trasladaba a ámbito hispano la tesis germana de la formación del sustrato ario a través de sucesivas invasiones de pueblos indoeuropeos acontecidos en Europa desde 1600 a.C. hasta épocas históricas. Esta supuesta unidad racial se basó en una corriente denominada como «celtismo», que abogaba por los orígenes centroeuropeos de la cultura ibérica entroncando con las ideas proarias de la arqueología nazi y negando sistemáticamente cualquier aporte mediterráneo de carácter fenicio (es decir, semita).

Pero este panorama tan politizado también tuvo algunas ventajas ya que, en 1941, en el marco de los lazos políticos surgidos entre los primeros gabinetes de Franco y el régimen colaboracionista del mariscal Petain, se produjo la permuta de una serie de bienes del patrimonio histórico considerados como de interés patriótico para ambas naciones. Se trataba de un episodio de exaltación patria a través del arte y la arqueología en el que el gobierno español obtuvo de las autoridades filonazis francesas la mayor parte de la colección de arte ibérico que hoy se encuentra expuesta en el Museo Arqueológico Nacional, incluidos los conjuntos de Osuna (Sevilla), gran parte de las esculturas del Cerro de los Santos (Albacete), la esfinge de Agost (Alicante) y por supuesto la Dama de Elche. La prensa de la época se hizo eco de la entrada de la gran Dama en territorio nacional y la maquinaria propagandística del general Franco se encargó de convertirla posteriormente en un símbolo de la unidad nacional.

La acción de ilustres arqueólogos de la década de los cincuenta y sesenta, cuando los sectores más

radicales de la dictadura habían reducido su presión sobre los círculos científicos y universitarios, hizo que se desestimase la explicación «celtista» para el fenómeno del iberismo. Antonio García y Bellido, una de las grandes figuras de la arqueología española del siglo XX, fue el encargado de estudiar las piezas que regresaban a España, con la permuta del gobierno de Vichy, desde «los sombríos almacenes del Louvre». Sus conclusiones, aunque alejadas del celtismo, establecían un arte ibérico como provincialización del arte romano, despreciando la capacidad creativa de los artesanos indígenas. Sin duda influido por su formación clásica, García y Bellido elevó las fechas de elaboración de la mayoría de estas piezas hasta poder encuadrar a la escultura ibérica en época romana.

Montaje museográfico, en las instalaciones del Museo del Prado, de la colección de escultura ibérica que regresó a España tras la permuta de 1941.

La imagen de toda nuestra prehistoria reciente iba a sufrir un vuelco espectacular durante los años sesenta y setenta, con un protagonista en la investigación, Tartessos. La mítica ciudad del rey Argantonios había sobrevolado las fantasías de arqueólogos y eruditos durante generaciones. Sobre su existencia y localización se habían propuesto múltiples y a veces extrañas teorías. Al final de los años veinte, un autor alemán, Adolf Schulten, publicó un libro que iba a compilar muchas de esas ensoñaciones. Su visión de Tartessos vinculaba la mítica ciudad a unos ascendentes de corte indoeuropeo por medio de un recurso lingüístico que veía en Tartessos una traslación del vocablo *tyrsenoi,* con el que los griegos denominaban a los etruscos. Según el investigador alemán los ascendentes de Tartessos eran los mismos inmigrantes que procendentes del Oriente mediterráneo se instalaron en la región etrusca en época arcaica. De esta manera y siguiendo la lectura de determinadas referencias de autores clásicos, creyó situar de manera física la sede de la mítica ciudad de la región bética, concretamente en las dunas del Coto de Doñana.

Más o menos en acuerdo con esa línea de investigación, que presuponía la ecuación Tartessos = ciudad, arqueólogos nacionales y extranjeros se lanzaron a la carrera en la búsqueda de la quimérica capital del reino tartésico. Ninguno de ellos consiguió encontrar la mítica ciudad, pero lo que sí hicieron fue ir descubriendo, uno a uno, los restos de los antiguos asentamientos fenicios en las costas de Cádiz, Málaga y Granada. Se conseguía identificar de una manera precisa el proceso

colonizador fenicio y se sentaban las bases del actual paradigma de los influjos orientales y orientalizantes en la Península, tan importante para el fenómeno ibérico. Los importantes enclaves fenicios: el cementerio de Laurita (Granada), El Cerro del Villar (Málaga), El Castillo de Doña Blanca (Cádiz) o los restos de la Malaka fenicia, entre otros, fueron haciendo ver a los investigadores la importancia del elemento oriental fenicio-púnico en la configuración de la cultura ibérica.

Será realmente en la década de los setenta cuando se produzca un auténtico vuelco con respecto a nuestra visión de este complejo cultural. En este periodo se produce uno de los mayores descubrimientos de la historia de la arqueología española, el del monumento de Pozo Moro, con el que se consiguió establecer de manera definitiva la raigambre orientalizante del mundo ibérico. Por esas mismas fechas se iba a producir un descubrimiento que iba a asombrar a la comunidad científica. El profesor Presedo descubría, al exhumar una de las tumbas de la necrópolis de Baza, una de las es culturas más famosas y enigmáticas de todo el arte ibérico. La Dama de Baza, representación polícroma de una gran señora, sacerdotisa o diosa entronizada, apareció para sorpresa de los arqueólogos que dirigían los trabajos de excavación. Se encontraba asociada a un ajuar de armas más propio de un jefe guerrero que de una dama de la aristocracia. El ritual de inhumación no ha permitido extraer conclusiones forenses, así que han sido muy variadas las hipótesis sobre su interpretación.

Las circunstancias en que se produjo su hallazgo estuvieron inmersas en un episodio poco frecuente. La administración pública había adquirido una de las dos fincas en las que se encontraba la necrópolis para posibilitar la intervención. Los otros terrenos pertenecían a un propietario privado que amablemente dio su autorización para la realización de la excavación. El azar quiso que la sepultura donde se encontraba la Dama de Baza, una cámara funeraria de paredes de adobes endurecidos, se encontrase justo en el linde entre las dos fincas. La precisa documentación que suele producir este tipo de excavaciones sirvió en este caso como prueba para situar la fabulosa escultura en el lado de la finca privada, de tal manera que los tribunales, en virtud de una ley vigente en aquella época, asignó el 50% de su valor económico, previa tasación por una comisión de expertos, al propietario. La junta de tasación, compuesta de peritos expertos, realizó su valoración y el estado español se vio obligado a entregar doscientos millones de pesetas al propietario de la finca donde se produjo el descubrimiento; hemos de resaltar que el pago de esos doscientos millones se produjo a mediados de la década de los setenta. En este caso el propietario salió tremendamente beneficiado de su colaboración con los trabajos arqueológicos y podría ser un ejemplo de cómo se pueden gestionar hallazgos arqueológicos de este tipo.

Resulta curioso comprobar cómo otras de las piezas más famosas de la arqueología ibérica se han visto envueltas en situaciones que en principio tienen muy poco que ver con la práctica de esta profesión.

El último episodio que vamos a relatar nos traslada a mediados de la década de los setenta cuando el por aquel entonces director del Museo Provincial de Jaén, Juan Agustín González Navarrete, tuvo noticia del hallazgo de numerosas piezas escultóricas encontradas en el Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén). Un individuo de etnia gitana, asiduo comprador y vendedor de piezas arqueológicas de dudosa procedencia, estaba poniendo en venta una serie de fragmentos del que probablemente sea el más significativo conjunto escultórico de todo el arte ibérico.

De manera progresiva, y al tener conocimiento de que el expolio realizado procedía de un único lugar, se realizaron las gestiones necesarias para el rescate arqueológico del resto de piezas que formaban el conjunto. Ante la conciencia de la magnitud del descubrimiento, el director del museo

jienense tomó la decisión de adquirir directamente las piezas aún a pesar de lo dudoso de las circunstancias de la compra. Por aquel entonces la legislación sí permitía este tipo de comercio de algunas piezas del patrimonio arqueológico. No es muy difícil imaginar que el precio solicitado por las esculturas debía exceder las posibilidades de un funcionario de la época pero, gracias a esta compra, hoy podemos disfrutar de tan preciado vestigio de la cultura ibérica en la capital de la provincia de Jaén.

Como hemos podido comprobar, la historia de la arqueología ibérica se encuentra jalonada de anécdotas y episodios curiosos, algunos de ellos en la frontera de lo legal. Con esta pequeña exposición hemos pretendido ofrecer al lector algunos fragmentos de esa visión tan variopinta y alejada de los cánones académicos que, sin caer en los tópicos «hollywoodienses», jalonan la vida profesional de aquellos que nos hemos dejado atrapar por esta apasionante ciencia que llamamos arqueología. Como solía decir el famoso arqueólogo Glyn Daniel: «la arqueología no es otra cosa sino placer».

---

57 Mencionado por John Dos Passos en su libro *Rocinante vuelve al camino*.

58 Sobre este tema queda pendiente la publicación de un amplio estudio.

Epílogo

Pese a los notables hallazgos que en esta materia se han producido en las últimas décadas: el descubrimiento de Pozo Mo ro y otros grandes conjuntos monumentales como Porcuna o el Pajarillo, los avances en el conocimiento de la toponimia y antroponimia indígena, la sistematización de algunos de los aspectos más relevantes de la cultura material ibérica, como la cerámica o la escultura, o la elaboración de nuevos modelos teóricos desde los que interpretar nuestra prehistoria reciente, todavía es mucho lo que desconocemos de estas comunidades.

Nuevas líneas de investigación se están desarrollando bajo la dirección de equipos de arqueólogos cada vez más amplios, algunas de ellas nos están revelando aspectos que tan solo hace algunos lustros nos parecían poco menos que descabellados. Los avances en el estudio de la arquitectura nos apuntan que debemos cambiar la mentalidad tradicional con la que se contemplaban las construcciones ibéricas. Las fortificaciones, los monumentos funerarios o los recintos religiosos nos están dando un nuevo punto de vista desde el que poder interpretar la sociedad que los erigió. Los avances en el conocimiento de los diversos asentamientos nos están haciendo conocer de manera más precisa las formas de planeamiento urbanístico, aspecto que hace tan solo veinte años era negado por algunas publicaciones de la época. El desarrollo de estudios territoriales ha provocado que cada vez tengamos una noción más precisa de las formas de dominio y estructuración geoestratégica de las diversas regiones del horizonte ibérico.

La excavación, publicación y conservación de nuevos espacios están haciendo cambiar nues tra concepción sobre los límites tradicionales del fenómeno ibérico. Así, por ejemplo, la excavación de algunos hábitats y necrópolis en las provincias de Ciudad Real y Cuenca ha cambiado nuestra percepción geográfica sobre las áreas de influencia del iberismo en regiones del interior de la Península. Además de esto, también está provocando el cambio de las consideraciones tradicionales en cuanto a la relación del mundo ibérico con otras áreas y etnias protohistóricas del interior que eran consideradas como retardatarias, culturalmente hablando, con respecto a las regiones con una vocación más claramente mediterránea.

La revisión, continua y crítica, de las fuentes clásicas está provocando que cada vez tengamos una conciencia más profunda de la evolución de las diferentes comunidades de la *koiné* ibérica. También hemos de mencionar la ampliación del corpus de los niveles arqueológicos adscritos al periodo de transición entre el final del orientalizante o la primera Edad de Hierro y el periodo llamado Ibérico Antiguo (siglos VI - V a.C.) de las diversas áreas del mundo ibérico con lo que podemos empezar a caracterizar de una manera más completa el surgimiento del iberismo como fenómeno protohistórico.

Pero todos estos avances chocan con una serie de problemas arqueológicos, la mayoría de ellos esbozados a lo largo del presente libro, por lo que todavía es mucho el trabajo que queda para futuros investigadores y estudiosos de este periodo. La resolución de algunos de estos problemas, como el desciframiento definitivo de la lengua (o lenguas) ibéricas, abriría un arco de posibilidades que nos conduciría a adelantos sobre los que hoy solo podemos hacer vagas conjeturas. El desarrollo constante de los trabajos arqueológicos y la revisión y sistematización de los datos será la vía por la que consigamos estos avances pero, para que puedan producirse, es necesario que la sociedad tome una conciencia crítica de la importancia de nuestro patrimonio cultural como forma de desarrollo social del mundo en el que vivimos. La responsabilidad de los expertos como supervisores de los

yacimientos y museos es una necesidad obvia, pero el traslado de esos conocimientos en beneficio de la sociedad es una de las principales asignaturas pendientes que tiene el gremio de la arqueología. Esta reflexión previa no debe ensombrecer las múltiples y loables iniciativas que en este sentido se están tomando en algunas instituciones, tanto públicas como privadas, protagonizadas por entusiastas de la arqueología. A este respecto, el crecimiento continuo de los recursos destinados a la difusión y musealización de los muchos yacimientos de nuestro país es un modelo del camino a seguir por parte de los arqueólogos actuales, esa es su obligación y ese es el cometido que la sociedad debe demandar como forma de ejercer su derecho sobre el patrimonio arqueológico común. Este objetivo tal vez sirva para asegurar la conservación y el estudio de los múltiples materiales que se destruyen diariamente a consecuencia de la absoluta falta de conciencia del monstruoso desarrollo urbanístico del que somos víctimas, así como de las autoridades que en teoría deberían regularlo. ¿Quién sabe si la Piedra Roseta de la lengua ibérica no ha sido desenterrada por la pala de una máquina excavadora en lugar del paletín del arqueólogo? Asegurar que no se repitan episodios como los acontecidos en gran parte de nuestro litoral mediterráneo, donde el sector de la construcción y el modelo de turismo «casposo» han provocado un auténtico desastre patrimonial, debe ser objetivo común de la acción de las instituciones e individuos que componen nuestra sociedad, pero esto es imposible si no se tiene un conocimiento siquiera mínimo de los bienes que se quieren proteger. Del éxito o fracaso de esta labor depende en gran medida la posibilidad de realizar futuros avances en esta materia.

Anexos documentales

DIRECCIONES DE INTERNET RELACIONADAS CON EL MUNDO IBÉRICO

http:// www.man.mcu.es

Página web del Museo Arqueológico Nacional. Contiene información e imágenes sobre las piezas que componen las salas de arqueología ibérica, así como diversas noticias vinculadas con el mundo de la arqueología de la península ibérica.

http:// www.mac.es

Página web del Museo Arqueológico de Cataluña. Podemos encontrar enlaces con todas sus sedes entre las que se encuentran Olérdola y Ullastret. Además contiene información y mapas sobre la *Ruta dels Ibers,* una guía para la visita de centenares de yacimientos ibéricos catalanes.

http:// www.ujaen.es/centros/caai

Página web del Centro Andaluz de Arqueología Ibérica. Centro de investigación vinculado a la Universidad de Jaén. En él podemos encontrar numerosos recursos e información sobre sus líneas de investigación y sobre la arqueología ibérica en general. Contiene además información sobre la *Ruta de los íberos,* un recorrido guiado por las ruinas del pueblo ibérico en la provincia de Jaén.

http:// www.ffil.uam.es/reib

Revista de estudios ibéricos. Publicación periódica dedicada al mundo de la arqueología ibérica. Contiene artículos en línea de algunos de los mayores especialistas en la materia.

http://www.usuarios.lycos.es/iberos/index.html# iberos

Página web de la Asociación de Amigos de los Íberos. Contiene artículos e información sobre acontecimientos relacionados con la arqueología ibérica, así como de cursos y congresos afines a la cultura ibérica.

http://www.contestania.com/principal.htm

Web titulada *Contestania ibérica*. Es una magnífica recopilación de textos, imágenes y recursos afines con esta región del mundo ibérico y con los museos que contienen materiales vinculados con esta comunidad prerromana.

http:// www.ceab.es

Web de la Asociación de Estudios de Arqueología Bastetana. Contiene abundante información y artículos en relación a la antigua Bas tetania ibérica. También tiene un pequeño ar chivo de imágenes e información sobre diferentes yacimientos.

http://www.xtec.es/»mroman/index0.htm

Página web titulada *Els Ilergets*, la etnia ibérica que poblaba la actual provincia de Lérida. Contiene enlaces, imágenes, artículos y biblio grafía sobre esta comunidad prerromana.

http://www.tinet.org/»jjdm

Página web sobre los asentamientos ibéricos en torno al bajo Ebro. Contiene un directorio de enlaces muy interesante, así como diversa información sobre distintos yacimientos.

http://www.webpersonal.net/jrr/índice.htm

Magnífica página web sobre la epigrafía ibérica. Contiene diversos textos alusivos a los diferentes alfabetos, así como transcripciones de multitud de textos prerromanos.

http://www.almendron.com/historia/antigua/prer romanos/lenguas/lenguas_pr.htm

Página web relacionada con la filología prerromana. En ella podemos encontrar variados re cursos para el estudio de las antiguas lenguas de la península ibérica.

http:// www.arqueoturismo.net

Web dedicada al mundo del turismo en yacimientos arqueológicos. Contiene variada información sobre yacimientos españoles de todas las épocas. Muy recomendada para los via jeros.

Tabla cronológica (a.C.)

1200 Edad de Bronce

1100 Fundación mítica de Gadir por los fenicios

1000 Primeras navegaciones de Oriente a la península ibérica

900 Santuario precolonial de Huelva

814 Fundación de Cartago

800 Factorías fenicias en la costa de Málaga y Granada

753 Fundación de Roma

700 Orientalizante tartésico

650 Colaios de Samos y Argantonio

600 Fundación de Emporion y Rhode

500 Monumento Turriforme de Pozo Moro

450 Conjunto escultórico de Porcuna

Mercenarios ibéricos en Sicilia

375 Reducción monumentos funerarios

348 Tratado Romano-cartaginés

264 Primera Guerra Púnica

237 Desembarco de los bárquidas en la Península

218 Desembarco romano en Ampurias

209 Conquista de Carthago Nova

206 Primera revuelta contra dominio romano

197 Hispania provincia romana

195 Campaña de Catón

Bibliografía

ABAD CASAL, L. (ed.) 2003: *De Iberia in Hispaniam: la adaptación de las sociedades ibéricas a los modelos romanos*. Universidad de Alicante.

ABAD CASAL, L.; GUTIÉRREZ LLORET, S. Y SANZ GAMO, R., 1993: "El proyecto de investigación arqueológica Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete): nuevas perspectivas en el panorama arqueológico del sureste peninsular" en J. Blánquez, R. Sanz y Mª.T. Musat (eds.): Jornadas de Arqueología Albacetense, Patrimonio Histórico. *Arqueología 6*. Albacete, p. 147-176.

ABAD CASAL, L.; SALA, F. Y GRAU, I. (eds.), 2005: *La contestania ibérica, treinta años después*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante.

ABAD CASAL, L.; GUTIÉRREZ LLORET, S. Y SANZ GAMO, R., 1998: *El Tolmo de Minateda. Una historia de tres mil quinientos años*, Toledo.

ADROHER, A. M., 1991: *Arqueología y registro cerámico. La cerámica de barniz negro enAndalucía Oriental*. Tesis doctoral, Gra nada.

ADROHER, A. M. Y LÓPEZ, A., 1992: "Reinterpretación cronológica de la necrópolis ibérica del Cerro del Santuario (Baza, Granada)", *Florentia Iliberritana 3*, p. 9-37.

ALMAGRO BASCH, M., 1983: Segóbriga I. Los textos de la antigüedad sobre Segóbriga y las discusiones acerca de la situación geográfica de aquella ciudad, en la serie *Excavaciones Arqueológicas en España* 123, Madrid.

ALMAGRO BASCH, M., 1979. Los orígenes de la toreútica ibérica. En *Trabajos de Prehistoria.* 36. 173 y ss.

ALMAGRO-GORBEA, M., 1976-78 : "La iberización de las zonas orientales de la Meseta", *Ampurias*, 38-40, Barcelona.

ALMAGRO-GORBEA, M., 1982: "Tumbas de cámara y cajas funerarias ibéricas. Su interpretación socio-cultural y la delimitación del área cultural ibérica de los bastetanos", *Homenaje a Conchita Fernández Chicarro*, Madrid, p. 249-258.

ALMAGRO-GORBEA, M., 1983: "Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica". *Madrider Mitteilungen* 24, p. 177-293.

ALMAGRO-GORBEA, M., 1988: "El área superficial de las poblaciones ibéricas", *Los asentamientos ibéricos ante la romanización* (Madrid, 1986), Madrid, p. 21-34.

ALMAGRO-GORBEA, M., 1996: *Ideología y poderen Tartessos y el mundo ibérico*, Madrid.

ALMAGRO-GORBEA, M., 1997: "El descubrimiento y estudio de las ruinas de Segóbriga. José de Cornide y la Real Academia de la Historia", en *Anticuaria y arqueología. Imágenes de la España Antigua*. Madrid, p. 37-39 y 63.

ALMAGRO-GORBEA, M., 1997b,: "Pozo Moro. Venticinco años después". *Revista de Estudios Ibéricos* 3, p. 27-59.

ALMAGRO-GORBEA, M., 1999c: "Dibujo del templo remano de Ebora Liberalitas Iulia (Évora, Portugal)", en M. Almagro-Gorbea y J.M. Álvarez Martínez: *Hispania, ellegado de Roma*, Madrid-Mérida.

ALMAGRO-GORBEA, M. Y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.).,1992: Paleoetnología de la península

ibérica. *Complutum 2-3*, Madrid.
ALMAGRO-GORBEA, M. Y ÁLVAREZ SANCHÍS, J., 1998: *Archivo del Gabinete de Antigüedades*. Catálogo e índices, Madrid.
ÁLVAREZ MIRANDA, A., 1961: *Las religiones mistéricas*, Madrid.
ÁLVAREZ-OSSORIO, F., 1941, *Catálogo de losexvotos de bronce ibéricos del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid.
ÁLVAREZ-OSSORIO, F., 1945: "El tesoro ibérico de plata procedente de Torre de Juan Abad (Ciudad Real)", Excavaciones Arqueológicas en *España* 18, p. 205-211.
ARANEGUI, C.; JODIN, A.; LLOBREGAT, E.; ROUILLARD, P. Y UROZ, J., 1993: *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero* (Guardamar del Segura, Alicante), Madrid.
ARANEGUI, C. (ed.); MATA, C. Y PÉREZ BALLESTER, J., 1997: Damas y caballeros en la ciudad ibérica, Madrid. Arce, J., 1991: "García y Bellido y los comienzos de la Historia Antigua en España", en: *Historiografía de la Arqueología y de la HistoriaAntigua en España, Congreso Internacional* (Madrid, 1988), Madrid, p. 209-211.
ARRIBAS, A., 1965., *The Iberians*. Londres.
AZUAR, R.; GAILLEDRAT, E.; MORET, P.; ROUILLARD, P. Y SALA, F., 1998: "El asentamiento orientalizante e ibérico antiguo de 'La Rábita', Guardamar del Segura (Alicante). Avance de las excavaciones 1996-1998", *Trabajos de Prehistoria* 55 (2), p. 111-126.
BADIE, A.; GAILLEDRAT, E.; MORET, P.; ROUILLARD, P.; SÁNCHEZ, M. J. Y SILLIÈRES, P., 1999: *Le site antique de La Picola à Santa Pola* (Alicante), París.
BALLESTER, I. et alii, 1954, *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de San Miguel de Liria*, C.S.I.C., Madrid.
BAQUEDANO BELTRÁN, I., 1991: "Juan Cabré Aguiló: Una vida dedicada a la arqueología", Revista de *Arqueología* nº 119, p. 46-51.
BAQUEDANO BELTRÁN, I., 1997: "Juan Cabré y la Edad del Hierro en la península ibérica. Vigencia de sus trabajos y de su investigación", *Conferencia del Ateneo*, octubre 1997.
BARTOLONI, G., 1989: *La cultura villanoviana. All'inizio della storia etrusca,* Roma.
BENDALA GALÁN, M., 1987: "Inhumations et Incinèrations dans l'Occident romain, aux trois premières siècles de notre ère: le Sud de l'Espagne". *Inhumations et Incinèrations dans l'Occident romain*, IV Congrés Archèo logique de Gaulle Mèridionale. Tolouse.
BENDALA GALÁN, M., 1988: Los albores de Grecia, vol. 9 de las *Historias del Viejo Mundo* de H 16, Madrid.
BENDALA GALÁN, M., 1989: "La génesis de la estructura urbana en la España antigua", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 16, p. 127-147.
BENDALA GALÁN, M., 1994: "Reflexiones sobre la Dama de Elche", Revista de *Estudios Ibéricos 1*. La escultura ibérica, p.85-106. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
BENDALA GALÁN, M., 1995: "Componentes de la cultura tartésica", en Ruiz Mata, D. (ed.): *Tartessos 25 años después*, 1968-1993 (Jerez, 1993), Jerez, p. 255-264.
BENDALA GALÁN, M., 1998: "La ciudad entre los iberos, espacio de poder", en Aranegui Gascó, C. (ed.): *Actas del Congreso Internacional 'Los iberos, príncipes de Occidente'*, Barcelona, p. 25-34.
BENDALA GALÁN, M., 2000: *Tartesios, iberos y celtas: pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*. Madrid. Temas de Hoy.
BENDALA GALÁN, M., y BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1997: "Observaciones sobre la Dama de Elche" en

R. Olmos y T. Tortosa (eds.): *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*. Colección Lynx, 2. Madrid, p. 133-144.

BETANCOURT, P.P. 1977: *The aeolic style in architecture*. Princeton.

BLANCO FREIJEIRO, A., 1960: "Die klassischen Wurzeln der iberischen Kunst", Madrider Mitteilungen 1, p. 101-121.

BLANCO FREIJEIRO, A., 1982: "Arquitectura", *Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal*, Tomo II, vol. II, Madrid.

BLANCO FREIJEIRO, A., 1983: *Historia del arte hispánico* I.2. La Antigüedad, Madrid.

BLANCO FREIJEIRO, A., 1985: "Mitología de las procesiones. Antecedentes paganos de las procesiones cristianas", *Boletín de la Real Academia de la Historia* CLXXXII, 1, p. 3-53. Madrid.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1986: "Los enterramientos de estructura tumular en el mundo ibérico", *I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Santiago de Compostela.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1991: "El impacto del mundo griego en los pueblos ibéricos de la Meseta". *Simposio Internacional. Iberos y Griegos:lecturas desde la diversidad*. Ampurias. P. Cabrera, R.Olmos y E. San martí (Coods.). Huelva Arqueológica XIII,1. p. 319-354.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1992a: "Las necrópolis ibéricas en el Sureste de la Meseta". *Congreso de Arqueología Ibérica: Las necrópolis*, J. Blánquez y V. Antona Eds. Serie Varia 1, Madrid, p. 235-278.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1992b: "Nuevas consideraciones en torno a la escultura ibérica". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 19, p. 121-143.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1993: "El poblado ibérico de La Quéjola". Homenaje a Raul Amitrano. *Pátina* 6, p. 99-107.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1994a: "El mundo funerario ibérico en la fachada oriental de la península ibérica y Andalucía. Los componentes indígena y foráneo". E*ncuentro internacional Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y península ibérica*. Cór doba 1993. Córdoba, p. 321-370.

BLÁNQUEZ PEREZ, J. (1994): "Primeras aportaciones arqueológicas sobre la cronología de la escultura ibérica". *Homenaje al profesor Tarradell* . Vol. II.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1994b: "Mundo funerario en la Alta Andalucía". *Jornadas sobre La Andalucía ibero-turdetana (siglos VI-IVa.C.)*, Huelva 1994. Huelva Arqueológica XIV, p. 205-244.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J., (ed.), 1995: El mundo ibérico. Una nueva imagen en los albores del año 2000. Toledo. Blánquez Pérez, J., 1995a: "La necrópolis ibérica de El Salobral (Albacete). Nuevos trabajos arqueológicos". Homenaje a la Drª A.Mª. Muñoz Amilibia. *Verdolay* 7, p. 199-208.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1995b: "El vino en los rituales funerarios ibéricos". *Arqueología del vino. Losorígenes del vino en Occidente*, S. Celestino Ed., Jerez de la Frontera, p. 213-240.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1997: "Caballeros y aristócratas en el s.V a.C.". *Iconografía ibérica,iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*, R.Olmos y J.Santos Eds., Serie Varia 3, p. 211-234.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1998: "Le Vie Di Comunicazione. Le Vie Commerciali. Ed Il Commercio Del Vino", *Simposio Internazionale. L'avventura del vino nel Bacino del Mediterraneo*,

Conegliano (en prensa).
BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1999: "Las necrópolis ibéricas en el actual territorio de Castilla-La Mancha". *Primeras Jornadas de Arqueología Ibérica*. Iniesta, 1998 (e.p.).
BLÁNQUEZ, J. Y ANTONA, V. (eds.), 1992: *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópo lis* (Madrid, 1991), Serie Varia 1. Universidad Autónoma de Madrid.
BLÁNQUEZ PÉREZ, J.; OLMOS ROMERA, R., 1993: "El poblamiento ibérico antiguo en la provincia de Albacete: el timiaterio de La Quéjola (San Pedro) y su contexto arqueológico". Jornadas de Arqueología Albacetense, J. Blánquez, R. Sanz y Mª.T. Musat (eds.). Patrimonio Histórico. *Arqueología* 6. Albacete, p. 85-108.
BLÁNQUEZ PÉREZ, J. Y ROLDÁN GÓMEZ, L., 1994: "Nuevas consideraciones en torno a la historiografía y tecnología de la escultura ibérica en piedra (1ª parte)". *Revista de Estudios Ibéricos* 1. La escultura ibérica, p. 61-84. Universidad Autónoma de Madrid.
BLÁNQUEZ PÉREZ, J.; SANZ GAMO, R. Y MUSAT HERVÁS, Mª.T. (eds.)., 1993: "Arqueología en Albacete". Jornadas de Arqueología Albacetense. Patrimonio Histórico. *Arqueología* 6, Albacete.
BLÁZQUEZ, A., 1916: "Construcciones ciclópeas de Alarcos", *Boletín de la Real Academia de la Historia* LXIX, p. 566-568.
BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., 1960: "La cámara sepulcral de Toya y sus paralelos etruscos", Oretania, año 2, nº 5, p. 233 y ss.
BLECH, M., 1995: "Schulten y Tartessos", en: *La an ti güedad como argumento* 2, Sevilla, p. 177-200.
BLECH, M., 1997: "Los inicios de la iconografía de la escultura ibérica en piedra: Pozo Mo ro". *Iconografía ibérica iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura.* Roma 1993, R. Olmos y J. A. Santos (eds.). Serie Varia 3, 193-210.
BONET ROSADO, H., 1995: *El Tossal de Sant Miquel de Llíria. La antigua Edeta y suterritorio,* Valencia.
BONET ROSADO, H. (et Alii), 2002: *El Puntal dels Llops: un fortín edetano. Trabajos variosdel SIP*. Valencia. Diputación Provincial.
BOSCH GIMPERA, P., 1913: "Zur Frage der iberischen Keramik", *Memnon* 7, p. 166-181.
BOSCH GIMPERA, P., 1915: "El problema de la cerámica ibérica". *Memorias de la Comision de Investigaciones Paleontológicas yPrehistóricas* 7, Madrid.
BOSCH GIMPERA, P., 1924: "Bronces ibéricos de la Luz (Murcia) al Museu de Barcelona", *Gaseta de les Arts* 10, Barcelona, p. 4-5.
BOSCH GIMPERA, P., 1920: *La arqueología prerromana hispánica*, Barcelona.
BOSCH GIMPERA, P., 1929: *El estado actual de la investigación de la cultura ibérica*, Madrid.
BOSCH GIMPERA, P., 1980: *Memòries*, Barcelona.
BREUIL, H. Y LANTIER, R., 1945: "Villages preromaines de la Peninsule Iberique. Le Tolmo a Minateda (Albacete)", Archivo de Prehistoria Levantina II, p. 213-239.
BRONCANO RODRÍGUEZ, S. Y BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1983: El Amarejo, Bonete (Albacete). *Excavaciones Arqueológicas en España* 139. Madrid.
BRUHL, A., 1932: "Excavaciones en el Cabezo del Cascarujo, término de Alcañiz (Teruel)", Memorias de la Junta Superior de *Excavaciones Arqueológicas* 121, Madrid.
BURGHOLZER, G., 1994: "Templos in antis de la península ibérica", *XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica* (Tarragona, 1993), Tarragona, p. 78-79.
CABALLERO, A. Y MENA, P., 1987: "Los exvotos ibéricos del oppidum de Alarcos", XVIII

Congreso Nacional de Arqueología (Canarias, 1985), Zaragoza, p. 615-633.

CABRÉ AGUILÓ, J., 1920: "Arquitectura Hispánica: El sepulcro de Toya", *Archivo Español de Arte y Arqueología I*, p. 73-101, Madrid.

CABRÉ AGUILÓ, J., 1920-21: "La necrópolis de Tutugi: Objetos exóticos de influencia oriental en las necrópolis turdetanas", *Boletín de la Sociedad Española de Excursionistas* nº 28. Madrid, p. 1-44.

CABRÉ AGUILÓ, J., 1944, *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica de Azaila.* C.S.I.C. Madrid.

CABRÉ AGUILÓ, J. y Calvo, I., 1917: "Excavaciones en la Cueva y Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)", *Memoria nº8 de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades,* Madrid.

CABRÉ AGUILÓ, J. Y LANTIER, R., 1917: "El Santuario Ibérico de Castellar de Santisteban", *Memoria de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas,* nº15, Madrid.

CABRÉ AGUILÓ, J. Y CALVO, I., 1918: *Excavaciones en la Cueva y Collado de los Jardi nes* (Santa Elena, Jaén), Madrid.

CABRÉ AGUILÓ, J. Y DE MOTOS, F., 1920: "La necrópolis Ibérica de Tutugi (Galera, provincia de Granada)", *Memoria de la Jun ta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, nº 25, Madrid.

CABRÉ AGUILÓ, J., 1944: *Corpus Vasorum Antiquorum. La cerámica de Azaila, ConsejoSuperior de Investigaciones Científicas*, Madrid.

CABRÉ AGUILÓ, J., 1947: "Deitania. Situación en el Sudeste de Hispania, situación artística y difusión", *Crónica del III Congreso Arqueológico del Sudeste Español*, p. 121-136, Murcia.

CACCIOTTI, B. Y MORA, G., 1995, "La moneda ibérica en las colecciones y tratados de numismática españoles de los siglos XVI a XIX", en García-Bellido, M.P. y Sobral Centeno, R. M. (eds.): *La moneda hispánica. Ciudad y territorio. Anejos de Archivo Español de Arqueología* 14, p. 351-359.

CALVO, I. Y CABRÉ, J., 1917: "Excavaciones en la Cueva y el Collado de los Jardines, (Santa Elena, Jaén)", *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas* 8. Madrid.

CALVO, I. Y. CABRÉ, J., 1918: "Excavaciones en la Cueva y el Collado de los Jardines, (Santa Elena, Jaén)", *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas 16. Madrid.*

CALVO, I. Y CABRÉ, J., 1919: "Excavaciones en la Cueva y el Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)", *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas* 22. Madrid.

CARO BAROJA, J., 1992: *Las falsificaciones de la Historia* (en relación con la de España), Barcelona. Carpenter, R., 1925: *The Greeks in Spain, Bryn Mawr Notes and Monographs* VI. Pennsylvania.

CARRASCO, E. Y PACHÓN, J.A. 1978: "Un capitel de tradición oriental procedente de Alcaudete". *Cua de Pre Univ Granada.* 3, p. 245-253.

CASADO et alii., 1998: "Nuevos aportes para el conocimiento del asentamiento ibérico de Iliberri (Granada)", en Aranegui Gascó, C. (ed.): *Actas del Congreso Internacional 'Los iberos, príncipes de Occidente'*, Barcelona, p. 137-144.

CELESTINO PÉREZ, S. Y RUIZ MARA. D. (eds.)., 2001: *Arquitectura oriental y orientalizante en la península ibérica.* Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

CHAPA BRUNET, T., 1991: "Algunas consideraciones sobre el estudio de los santuarios ibéricos", *Zephyrus*. 43. 249-251.

CHAPA BRUNET, T., 1993: "La destrucción de la escultura funeraria ibérica", *Trabajos de Prehistoria* 50, p. 185-195.

CHAPA BRUNET, T., 1994: "Algunas reflexiones acerca del origen de la escultura ibérica", *Revista de Estudios Ibéricos 1. La escultura ibérica*, p. 43-59. Universidad Autónoma de Madrid.

CHAPA BRUNET, T., 1995: "Algunas reflexiones acerca del origen de la escultura ibérica" *Boletín de la asociación española de amigos de la arqueología*. 35, p. 189-192.

CHAPA, T.; PEREIRA, J. Y MADRIGAL, A., 1993: "Poblamiento ibérico en el valle del Gua diana Menor (Jaén)", *Investigaciones Ar queo lógicas en Andalucía* (1985-1992), Huel va.

CHAPA, T. Y OLMOS, R., 1997: "Busto de varón hallado en Baza (Granada)" en R. Olmos y T. Tortosa (eds.): *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad.* Colección Lynx, 2. Madrid, p. 163-172.

CHAPA, T.; PEREIRA, J.; MADRIGAL, A. Y MAYORAL, V., 1998: *La necrópolis ibérica de Los Castellones de Ceal* (Hinojares, Jaén), Arqueología Colección. Sevilla.

CHAVES, F., 1999: "El Gabinete Numismático", en Almagro-Gorbea, M.,1999a: *El Gabinetede Antigüedades de la Real Academia de la Historia*, Madrid.

COARELLI, F., 1996: *Revixit Ars. Arte e ideologia a Roma. Dai modelli ellenistici alla tradizione repubblicana*, Roma.

COLONNA, G., 1974: "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", *Popoli e civiltà dell'Italia antica*, Roma, p. 273-317.

CHICHARRO CHAMORRO, J. L., 1998: *El Museo Provincial de Jaén* (1846-1984), Tesis doctoral inédita. Universidad de Granada.

CROISSANT, F. Y ROUILLARD, P., 1996: "Le problème de l'art 'gréco-ibère': état de la question", en: Olmos, R. y Rouillard, P. (eds.), *Formes archaïques et arts ibériques*, Madrid, Casa de Velázquez, p. 55-66.

CUADRADO DÍAZ, E., 1950: "Excavaciones en el santuario ibérico del Cigarralejo (Mula, Murcia)", *Informes y Memorias* 21, Madrid.

CUADRADO DÍAZ, E., 1987: La necrópolis ibérica de "El Cigarralejo" (Mula. Murcia), *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, vol. XXIII, Madrid.

CUNLIFFE, B. W. et alii, 1993: "Proyecto: Torreparedones, poblado fortificado en altura, y su contexto en la campiña de Córdoba", *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía*, 19851992. Proyectos, Huelva, p. 519-528.

DE HOZ, J., 1991: "Griegos e iberos: testimonios epigráficos de una cooperación mercantil". *Sim posio Internacional. Iberos y Griegos: lec turas desde la diversidad*. P. Cabrera, R. Olmos y E. Sanmartí (Coods.), Ampurias, 1991. Huel va Arqueológica XIII, 2. p. 243-271.

DELAUNAY, J. M., 1994: Des palais en Espagne. L'École des Hautes Études Hispaniques et la Casa de Velázquez au cours des relations franco-espagnoles du XXe siècle (1898-1979), Bibliothèque de la Casa Velázquez, 10, Madrid. Díaz-Andreu, M., 1995: "Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del s.XX, los becarios de la Junta de Ampliación de Estudios: Bosch Gimpera", *Madrider Mitteilungen* 36, p. 79-93.

DÍAZ-ANDREU, M. Y MORA, G., 1995: "Arqueología y política: el desarrollo de la arqueología española en su contexto histórico", *Trabajos de Prehistoria* 51 (1), p. 25-38.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., 1991: *La polis yla expansión colonial griega. Siglos VIIIVI*,

Madrid.

ENGEL, A., 1892: "Rapport sur une mission archéologique en Espagne (1891)", *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques et Littéraires*, III, p. 111-197.

Engel, A., 1896: "Nouvelles et correspondance", *Revue Archéologique*, p. 204-229. ENGEL, A. Y PARIS, P., 1904: "Une forteresse ibérique à Osuna (Fouilles de 1903)", *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques et Littéraires*, XIII, p. 357-487. (Traducido al español por M. Pastor Muñoz y J. A. Pachón Romero, con una contribución de P. Rouillard, Coll. Archivum, Grenade, e.p.).

FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1942: "El aparejo irregular de algunos monumentos marroquíes y su relación con el de Toya", *Archivo Español de Arqueología XV*, p. 344-347.

FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1943: "Notas sobre la necrópolis ibérica de Archena", *Archivo Español de Arqueología XIV*, p. 115-121.

FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1949: *El Cerro de los Santos (Aportación al estudio de la escultura ibérica)*. Tesis doctoral inédita.

FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1965: "Excavaciones en el Cerro de los Santos (2ª campaña)", *Noticiario Arqueológico Hispánico VII*, p. 143-145.

FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1966: Cerro de los Santos, Montealegre del Castillo (Albacete). Primera Campaña, 1962, en la serie *Excavaciones Arqueológicas en España* 55.

FERNÁNDEZ MARTINEZ, V., 1988: "El asentamiento ibérico del Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real)", *Arqueología en Ciudad Real, Patrimonio Histórico Arqueo logía*, 8. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, p. 359-369.

FERNÁNDEZ MIRANDA, M. Y OLMOS, R., 1986: *Las ruedas de Toya y el origen del carro en la península ibérica*, Madrid.

FERNÁNDEZ, J. Y SERRANOA, D., 1993: "Un importante yacimiento ibero-romano en la Cortijada del Duque (Puebla de Don Fa dri que, Granada)", *Verdolay*, 5, p. 89-107.

FLETCHER VALLS, D., 1974: *Museo de Prehistoria de la Diputación Provincial de Valencia*. Valencia.

FLETCHER VALLS, D. Y PLÁ BALLESTER, E., 1977: *Cincuenta años de actividades del Servicio de Investigación Prehistórica* (1927-1977). Trabajos Varios del S.I.P. 57, Valencia.

FRESNEDA, E.; RODRÍGUEZ-ARIZA, Mª O.; PEÑA, J. M. Y LÓPEZ, M., 1989: "Prospección arqueológica superficial del Río Galera desde Galera a Castilléjar. Campaña de 1989", *Anuario Arqueológico de Andalucía II,* Sevilla, p. 51-56.

FRESNEDA, E.; RODRÍGUEZ-ARIZA, Mª O.; PEÑA, J. M.; LÓPEZ, M.; ALEMÁN, I. Y RODRÍGUEZ, A., 1991: "Prospección arqueológica superficial del Río Huéscar desde Huéscar a Galera. Campaña de 1991", *Anuario Arqueológico de Andalucía II*, Sevilla, p. 185-190.

FRICKENHAUS, A., 1908: "Griechische Vasen aus Emporion", *Anuari Institut d'Estudis Catalans*, Barcelona, p. 195-240.

FUSTER RUÍZ, F., 1988: "Uno de los primeros textos bibliográficos sobre la Arqueología de Albacete. Carlos María Perier y sus noticias arqueológicas de Hellín en 1861", *Homenaje a Samuel de los Santos*, p. 56-58.

GAILLEDRAT, E., 1997: "Les Ibères de l'Èbre à l'Hérault", *Monographies d'Archéologie Méditerranéenne*, 1, Lattes.

GAILLEDRAT, E.; Moret, P. y Rouillard, P., 1996 (en prensa): "Dix ans de recherches françaises sur le monde ibérique (1986-1995)", Revista de Estudios Ibéricos 2. Universidad Autónoma de Madrid. García y Bellido, A., 1931: "La Bicha de Balazote", *Archivo*

Español de Arte y Arqueología, 21, p. 249-270.
García y Bellido, A., 1935a: "Una cabeza ibérica arcaica del estilo de las kórai áticas", *Archivo Español de Arte y Arqueología* 32, p. 165-178.
García y Bellido, A., 1935b: "La Cámara sepulcral de Toya y sus paralelos mediterráneos", *Actas y Memorias de la SociedadEspañola de Antropología, Etnología y Prehistoria* 14, 67 ss.
García y Bellido, A., 1943: *La dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reingresadas en España en 1941*, Madrid.
García y Bellido, A., 1971: "El recinto mural romano de Evora Liberalitas Iulia", *Conímbriga* 10, 1971, p. 85-92.
García y Bellido, A., 1976a: "La escultura", *Historia de España de Menéndez Pidal I*, 3. Madrid (3ª edición), p. 443-598.
García y Bellido, A., 1976b: *Les religionsorientales dans l'Espagne romaine*, Leiden.
García y Bellido, A., 1982: "Arte Ibérico", *Historia de España I*. España Primitiva. Espasa Calpe, Madrid, p. 373-675.
García y Bellido, A., 1993: *España y los Españoles hace dos mil años*, p. 10-44.
García Cano, J.M., 1997: *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla. Murcia)*. I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales. Murcia.
García Cano, J. M. y Page del Pozo, V., 1990: "La necrópolis ibérica de Archena. Revisión de los materiales y nuevos hallazgos", *Verdolay* 2. Homenaje a Emeterio Cua dra do. Murcia, p. 109-147.
García Cano, J. M., et alii, 1997: "El santuario de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia), a la luz de los nuevos hallazgos" Espacios y lugares cultuales en el mundo ibérico. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 18, p. 239-256.
García Huerta, R. et alii, 1994: "Carta Arqueológica de la provincia de Ciudad Real. Avances de resultados de la Primera Fase", *Arqueología en Ciudad Real, Patrimonio Histórico Arqueología*, 8. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, p. 17-41.
García López, J.C., 1903: "Inventario de antigüedades y objetos de arte que posee la Real Academia de la Historia", *Boletín de la Real Academia de la Historia* 42, p. 311-316,321-368,484-505 y 43, p. 257-322.
García Rodríguez, F. y Gómez Alfeo, M. V., 1997: "La Dama de Elche en la prensa española a lo largo de medio siglo" en R. Olmos y T. Tortosa (eds.) *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad.* Colección Lynx, 2. Madrid, p. 222-237.
Gardes, P., 1995: "Proto-urbanisme et mutation sociale dans la vallée de l'Èbre à la charnière de l'Âge du Bronze et de l'Âge du Fer. Quelques réflexions générales", Mé langes de la Casa de Velázquez 31 (1), p. 7-30.
Gil, J., 1981: "Epigrafía antigua y moderna", *Habis* 12, p. 163 ss.
Gimeno, H., 1997: *Historia de la investigación epigráfica en España en los siglos XVI yXVII*, Zaragoza.
Godelier, M., 1998: "Funciones, formas y figuras del poder político", en Aranegui Gascó, C. (ed.): *Actas del Congreso Internacional 'Los iberos, príncipes de Occidente'*, Barcelona, p. 13-21.
Gómez Alfeo, Mª. V., 1997: "Visión de la arqueología en la prensa española en el primer tercio de siglo", en G. Mora y M. Díaz- Andreu (Eds.): *La cristalización del pasado: Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Málaga.

GÓMEZ MORENO, M., 1949: *Miscelánea*, Madrid.

GONZÁLEZ NAVARRETE, J.A., 1987: *Escultura Ibérica del Cerrillo Blanco*. Porcuna (Jaén).

GONZÁLEZ NAVARRETE, J. A; ARTEAGA MATUTE, O. Y UNGUETTI, C., 1980: "La Necrópolis de Cerrillo Blanco y el poblado de Los Alcores (Porcuna, Jaén)", *Noticiario Arqueológico Hispánico* 10, p. 183-218.

GONZÁLEZ, C.; ADROHER, A. M. Y LÓPEZ, A., 1995: "El yacimiento de Canto Tortoso (Gorafe, Granada) un enclave comercial del siglo VI a.C. en el Guadiana Menor", *Verdolay* 7, p. 159-176.

GONZÁLEZ, C.; ADROHER, A. M. Y LÓPEZ, A., 1997: "El Peñón de Arruta (Jeres del Marquesado, Granada) una explotación minera romana", *Florentia Iliberritana* 8, p. 183-213.

GRACIA ALONSO, F., 1995: "Comercio del vino y estructuras de intercambio en el N.E. de la península ibérica y Languedoc-Rosellón entre los siglos VII-V a.C.". *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente, S.Celestino* (Ed.). Jeréz de la Frontera. Madrid, p. 297-331.

GRACIA ALONSO, F., 2003: *La guerra en la protohistoria: héroes, nobles, mercenariosy campesinos*. Barcelona. Ariel.

GRAN-AYMERICH, E. Y J., 1991: "Les échanges franco-espagnols et la mise en place des institutions archéologiques (1830-1939)", *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España* (siglos, XVIIIXX), Madrid, p. 117-124.

GROS, P., 1978: *Architecture et Société à Rome et en Italie centro-méridionale aux deux derniers siècles de la République*, Bruselas.

GUTIÉRREZ, L., 1996: *El poblamiento ibérico en el curso medio del río Guadalimar*, Tesis Doctoral. Jaén.

HAUSCHILD, TH., 1988: "Untersuchungen am römischen Tempel von Evora. Vorbericht 1986-87", *MDAI(M)* 29, p. 208-220.

HAUSCHILD, TH., 1992: "El templo romano de Evora", *Cuadernos de Arquitectura Ro ma na* 1, Murcia, p. 107-117.

HAUSCHILD, TH., 1994: "Evora. Vorbericht über die Ausgrabungen am römischen Tempel 1989-1992. Die Konstruktionen", *MDAI(M)* 35, p. 314-335.

HEUZEY, L., 1891: "Statues espagnoles de style gréco-phénicien", *Bulletin de Correspondence Hellenique*, XV, p. 608-625.

HEUZEY, L., 1902, *Catalogue des Antiquités chaldéennes*. Sculpture et gravure à la pointe.

HÜBNER, E., 1898: "Die Buste von Illici", Jahrbuch des Deutschen, Archäeologischen Instituts. Huertas, A., 1925: "Carlos Lasalde", *His toria Literaria y Bibliografía de las Escuelas Pías de España*, p. 15-17, Madrid.

IZQUIERDO, I., 2000: *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela. Trabajos variosdel SIP.* Diputación de Valencia.

JABALOY, E. et alii., 1983: "El yacimiento preibérico del Cerro del Centinela", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 8, p. 343-374.

JACOB, P., 1985: "Le rôle de la ville dans la formation des peuples ibères", Mélanges de la Casa de Velázquez 21, p. 19-56.

JACOB, P., 1988: "Un doublet dans la géographie livienne de l'Espagne antique: les Ausétans de l'Èbre", *Kalathos* 7-8, p. 135-148.

JORGE ARAGONESES, M., 1969: "El vaso ibérico de Santa Catalina del Monte (Murcia)", *Archivo Español de Arqueología* XLII, p. 200-204.

JULLIAN, C., 1903: "La Thalassocratie phocéenne. À propos du buste d'Elche", *Bulletin Hispanique* V, 2, p. 101-111.
KUKAHN, E., 1974: "Unas relaciones especiales entre el arte oriental griego y el Occidente", en: *Simposio de colonizaciones* (Barcelona, 1971), Barcelona, p. 109-124.
LANGLOTZ, E., 1966: *Die kulturelle und künstlerische Hellenisierung der Küsten de Mittelmeers durch die Stadt Phokaia*, Colonia.
LANTIER, R., 1917: *El Santuario Ibérico de Castellar de Santisteban*, Comisión de Inves tigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Madrid.
LANTIER, R., 1935: *Bronzes votifs ibériques*, Pa rís.
LANTIER, R., 1941: "Celtas e Iberos. Contribución al estudio de la relación de sus cul turas", *Archivo Español de Arqueología* 42, p. 141.
LILLO CARPIO, P., 1993-94: "Notas sobre el templo del santuario de La Luz (Murcia)", *Anales de Prehistoria y Arqueología*. Uni versidad de Murcia 9-10, p. 107-142.
LLOBREGAT CONESA, E., 1966: "La escultura ibérica en piedra del País Valenciano", *Archivo de Arte Valenciano XXXVII*, Va len cia.
LLOBREGAT CONESA, E., 1972: *Contestania ibérica.* Alicante.
LLOBREGAT CONESA, E., 1993: "Arquitectura y escultura en la necrópolis de Cabezo de Lucero", en Aranegui et alii, *Necrópole iberique de Cabezo de Lucero* (Guardamar del Segura, Alicante), Madrid-Alicante, p. 69-85.
LLOBREGAT CONESA, E., 1993b: "La Illeta dels Banyets (El Campello, camp d´Alacant). Fou un emporion?". *Homenaje a Miquel Tarradell*. Barcelona, p. 421-428.
LÓPEZ AZORÍN, F., 1993: "El padre Lasalde y los descubrimientos del Cerro de los Santos", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 33, p. 45-53.
LÓPEZ AZORÍN, F., 1994: *Yecla y el padre Lasalde*, Murcia.
LÓPEZ PRECIOSO, F. J. Y SALA SELLÉS, F., 1989: "La necrópolis del Bancal del Estanco Viejo (Minateda, Hellín)", *Lucentum VII-VIII*, p. 133-159.
LUCAS PELLICER, Mº Rosario Y RUANO RUIZ, En carnación 1990: "Sobre la arquitectura ibérica de Cástulo (Jaén): reconstrucción de una fachada monumental". *AEA*. 63, 1990, p. 43-64.
LUCAS PELLICER, Mº Rosario y RUANO RUIZ, Encarnación 1988: "El Cortijo del Ahorcado (Baeza, Jaén): Estudio de los restos arquitectónicos de época ibérica". *Espacio, Tiempo y Forma. Homenaje al prof. Ripoll*. Serie II, 1, UNED.
LUCAS PELLICER, Mª R., 1994: "Historiografía de la escultura ibérica. Hasta la ley de 1911 (1)", *Revista de Estudios Ibéricos* 1. La escultura ibérica, p. 15-42. Universidad Autónoma de Madrid.
MARCOS POUS, A., 1993; "Origen y desarrollo del Museo Arqueológico Nacional", en Marcos Pous, A. (Ed.): De Gabinete a Museo. *Tres siglos de Historia*. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.
MARÍN DÍAZ, N. (ed.), 1992: *Baza y su comarcadurante la época romana*, Granada.
MARÍN, N.; GENER, J. M.; Pérez, Mª A. y Puentedura, M., 1993: "Basti: la ordenación del territorio y la distribución del poblamiento durante la Época romana", en *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía 1985-1992 (Proyectos)*, Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía, Huelva, p. 591-600.
MARTÍ OLIVER, B., 1992: *Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia*. Nuestros Museos, vol. V, Valencia.
MATA PARREÑO, C.; 2000: "La Segunda Guerra Púnica y su incidencia en los pueblos indígenas

de la costa mediterránea peninsular". *La Segunda Guerra Púnica en Iberia, XIIIJornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Eivissa, p. 27-50.

MÉLIDA, J.R., 1903-5: "Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad ", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, T. I-VII.

MÉLIDA, J. R., 1908, *Catálogo del Museo de Re pro ducciones Artísticas*. Madrid (reimpr. 1911).

MERGELINA LUNA, C., 1926: "El santuario hispánico de la Sierra de Murcia. Memoria de las excavaciones en el eremitorio de Nuestra Señora de la Luz (1924-1925)", *Memoria de la Junta Superior de Excavaciones Arqueo lógicas*, p. 77.

MERGELINA LUNA, C., 1943-44: "Tugia. Reseña de unos trabajos", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, X, p. 13 y ss.

MOFFITT, J. F., 1995: *The Case of the Lady of Elche,* The University Press of Florida.

MOLINOS, M.; RISQUEZ, C.; Peña, J.L. y Montilla, S., 1994: *Un problema de fronteras en laperiferia de Tartessos. Las Calañas de Marmolejo. Monografías de Arqueología Histórica*. Universidad de Jaén.

MOLINOS, M.; CHAPA, T.; RUIZ, A.; PEREIRA, J.; RISQUEZ, C.; MADRIGAL, A.; ESTEBAN, A.; MAYORAL, V. Y LLORENTE, M., 1998: *El Santuario Heroico del Pajarillo* (Huelma, Jaén), Diputación Provincial de Jaén, Universidad de Jaén, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y Centro Andaluz de Arqueología Ibérica, Jaén.

MORÁN CABRÉ, J.A. Y CABRÉ HERREROS, E., 1996: "El Marqués de Cerralbo y Juan Cabré", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología,* nº 36, p. 2335, Madrid.

MONEO, T. Y ALMAGRO-GORBEA, M., 1998 : "Santuarios y elites ibéricas", en Aranegui Gascó, C. (ed.): *Actas del Congreso Internacional 'Los iberos, príncipes de Occidente'*, Barcelona, p. 93-98.

MONTES, R., 1993: *Falsificaciones arqueológicas en España*, Málaga.

MORENA LOPEZ, J. A., 1989: *El santuario ibérico de Torreparedones*. Castro del Río-Baena. Córdoba (Córdoba).

MORET, P., 1995: "Tite-Live et la topographie d'Emporion", *Mélanges de la Casa deVelázquez* 31 (1), p. 55-75.

MORET, P., 1996: "Les fortifications ibériques, de la fin de l'âge du bronze à la conquête romaine", *Collection de la Casa de Velázquez 56*, Madrid.

MORET, P., 1997: "P. Paris, précurseur de l'archéologie ibérique", En *Les Ibères* (catalogue de l'exposition du Grand Palais), París, p. 70-71.

MORET, P., 1998: "'Rostros de piedra'. Sobre la racionalidad del proyecto arquitectónico de las fortificaciones urbanas ibéricas". en Ara negui Gascó, C. (ed.): *Actas del Con gre so Internacional 'Los iberos, príncipesde Occidente'*, Barcelona, p. 83-92.

MORET, P.; GARDES, P. Y BENAVENTE, J. A., 1997: "La Torre Cremada (Valdeltormo, Teruel): un fortín ibero-romano en el Bajo Aragón", *Kalathos 16*, p. 19-44.

MURILLO, J. F., 1994: "La cultura tartésica en el Guadalquivir Medio", *Ariadna 13-14*. Puente Genil (Córdoba).

NEGUERUELA MARTÍNEZ, I., 1989: "Monomachias de carácter helenizante en la escultura ibérica de Porcuna", *Grecs et Ibères au IVº siècle avant Jésus-Christ. Commerce et Icononographie, Bordeaux 1986*. Publications du Centre Pierre Paris 19. Paris, p. 319-338.

NEGUERUELA MARTÍNEZ, I., 1990: *Los Monumentos escultóricos Ibéricos del Cerrillo Blanco*

de Porcuna (Jaén), Madrid.

NICOLINI, G., 1969: *Les bronzes figurés dessanctuaires ibériques*, París.

NICOLINI, G., 1990: *Techniques des ors antiques.La bijouterie ibérique du VIIe au IVe siècle*, París.

NICOLINI, G.; HORNOS, F.; LAURENÇO, S. et alii, 1985: "La campaña de 1985 en el yacimiento de Los Altos del Sotillo (Castellar de Santisteban, Jaén)", *Anuario Arqueológico de Andalucía II*, Sevilla, p. 357-368.

NICOLINI, G.; RUIZ, A. Y ZAFRA, N., 1987: "Infor me sobre la campaña de excavaciones arqueológicas de 1987 en los Altos del Sotillo, Castellar de Santiesteban (Jaén)", *Anua rio Arqueológico de Andalucía III*. Sevilla, p. 216-220.

NIETO GALLO, G., 1948: "La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)", *III Congreso Arqueológico delSudeste Español* (Murcia, 1947) Murcia, p. 176-183.

OLCINA DOMÉNECH. M (et Alii)., 1998: *La ciudad ibero-romana de Lucentum (ElTossal de Manises, Alicante). Introducción a la investigación del yacimiento arqueológico y su recuperación como espacio público*. Alicante.

OLMOS ROMERA, R., 1982: "Vaso griego y caja funeraria en la Bastetania ibérica", *Homenaje a Conchita Fernández Chicarro*, Madrid, p. 260-268.

OLMOS ROMERA, R., 1991: "A. Schulten y la historiografía sobre Tartessos en la primera mitad de s.XX", en: *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua enEspaña (siglos XVIII-XX)*, Congreso Internacional (Madrid, 1988), p. 135-145.

OLMOS ROMERA, R., 1991: "Apuntes ibéricos. Relaciones de la elite ibérica y el Mediterráneo en los siglos V y IV a.C." *TP. 48*, p. 299-308.

OLMOS ROMERA, R., 1992: *La sociedad ibérica a través de la imagen*, Madrid.

OLMOS ROMERA, R., 1996a: "Lecturas modernas y usos ibéricos del arcaismo mediterráneo", *Formes archaïques et arts iberiques*. Colección de la Casa de Velázquez 59, p. 17-31.

OLMOS ROMERA, R., 1996b: "Pozo Moro: ensayos de lectura de un programa escultórico en el temprano mundo ibérico". *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagenibérica*, R. Olmos Edt. Madrid, p. 99-114.

OLMOS ROMERA, R., 1997: "Encuentros y desencuentros con una dama ibérica" en R. Olmos y T. Tortosa (eds.) *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*. Colección Lynx, 2. Madrid, p. 17-47.

OLMOS ROMERA, R., 1998: "Naturaleza y poder en la imagen ibérica" en Aranegui Gascó, C. (ed.): *Actas del Congreso Internacional 'Los iberos, príncipes de Occidente'*, Barce lona, p. 147-157.

OLMOS ROMERA, R., 2002: "Los grupos escultóricos del cerrillo blanco de Porcuna (Jaen): un ensayo de lectura iconográfica convergente". *AESPA*. 75, p. 107-122.

OLMOS, R. Y TORTOSA, T., 1996: "El caso de la Dama de Elche: más que una divergencia", *Archivo Español de Arqueología 69*, p. 219-226.

OLMOS, R. Y TORTOSA, T., (eds.), 1997, *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad,* Madrid.

OLMOS ROMERA, R., 1998: "Naturaleza y poder en la imagen ibérica" en Aranegui Gascó, C. (ed.): *Actas del Congreso Internacional 'Los iberos, príncipes de Occidente'*, Barcelona, p. 147-157.

ORTEGA PÉREZ, ESQUEMBRE BEBIA, CASTELLÓ MARI, MOLINA MAS. (2003): "Una pieza singular: la terracota de una birreme del poblado ibérico del Cerro de las Balsas (La Albufereta,

Alicante). *SAGUNTUM. 35*.
PACHÓN, J. A.; CARRASCO, J. Y GAMIZ, J., 1983: "Sobre cuestiones de protohistoria. Algunos hallazgos de Loja", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada 8*, p. 325-342.
PARIS, P., 1897: "Buste espagnol de style grécoasiatique trouvé à Elche (Musée du Louvre)", *Monuments et Mémoires de la Fondation Piot IV*, 2, p. 137-168.
PARIS, P., 1901: "Sculptures du Cerro de Los Santos", *Bulletin Hispanique III, 2*, p. 113-134.
PARIS, P., 1901b: "Bulletin Hispanique, Sculptures du Cerro de los Santos", *REA 3*, 1901, p. 147-168.
PARIS, P., 1903-4: *Essai sur l'art et l'industriede l'Espagne primitive*, París.
PEIRÓ MARTÍN, I. Y PASAMAR ALZURIA, G., 1989-90: "El nacimiento en España de la Arqueología y la Prehistoria (Academicismo y profesionalización, 1856-1936)", *Kalathos 9-10,* p. 9-30.
PELLETIER, A., 1988: "Sagontins et Turdétans à la veille de la deuxième guerre punique", *Mélan ges Robert Etienne*, Burdeos, p. 307-315.
PELLICER, M. Y SCHÜLE, W., 1962: Cerro del Real (Galera), en la serie Excavaciones Arqueológicas en *España 12*, Madrid.
PELLICER, M. Y SCHÜLE, W., 1965: Excavaciones en la zona de Galera (Granada), *VII Congreso Nacional de Arqueología* (Sevilla-Málaga, 1963), Zaragoza, 1965, p. 387-392.
PELLICER, M. Y SCHÜLE, W., 1966: Excavaciones en el Cerro del Real (Galera, Granada), en la serie Excavaciones Arqueológicas en *España 52*, Madrid.
PELLICER, M, ESCACENA CARRASCO, BENDALA (1983): *El Cerro Macareno. Excavaciones arqueológicas en España*. Ministerio de Cul tura.
PEMÁN, C. 1959: "El capitel de tipo protojónico de Cádiz". *AESPA 32*, p. 58-60.
PEREIRA, J. (et Alii)., 2004: *La necrópolis ibérica de Galera (Granada): La colección delMuseo Arqueológico Nacional*. Ministerio de Cultura.
PÉREZ CRUZ, M.A. 1997: "La comunidad Bastetana en la Antigüedad". *Florentia iliberritana 8*, p. 383-400.
PERICOT GARCÍA, L., 1979: *La Cerámica Ibérica,* Barcelona.
PLÁ BALLESTER, E., 1987: "Domingo Fletcher Valls", *Archivo de Prehistoria Levantina XVII,* p. 3-28.
POTTIER, E., 1918: "Le problème de la céramique ibérique", *Journal des Savants*, p. 281-294.
PRADA, M., 1977: "Las esfinges oretanas del oppidum de Alarcos", *XIV Congreso Nacional de Arqueología* (Vitoria, 1975), Zaragoza, p. 695-704.
PRADOS TORREIRA, L., 1994: "Los santuarios ibéricos. Apuntes para el desarrollo de una arqueología del culto", *Trabajos de Prehistoria 51*,1, p. 127-140.
PRESEDO, F., 1982: "La necrópolis de Baza", en la serie Excavaciones Arqueológicas en *Es pa ña 119,* Madrid.
QUESADA, F., 1989: "Armamento, guerra y socie dad en la necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Murcia, España)", *BAR. International Series 502*, Oxford.
QUESADA, F., 1997: *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, socialy simbólico de las armas en la cultura ibérica (siglos VI-I a.C.)*, Montagnac.
QUESADA, F., Y ZAMORA MERCHÁN, M. (eds.)., 2003: *El caballo en la antigua Iberia: estudios sobre los équidos en la edad del Hierro*. Universidad Autónoma de Madrid.
RADA Y DELGADO, J. DE D. DE LA, 1875a: *Antigüedades del Cerro de los Santos en eltérmino de*

Montealegre: Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, Madrid.

RADA Y DELGADO, J. DE D. DE LA, 1875b: "Antigüedades del Cerro de los Santos en el término de Montealegre. Conocidas vulgarmente bajo la denominación de Antigüedades de Yecla", *Museo Español de Antigüedades, VI*, p. 249-290.

RADA Y DELGADO, J. DE D. DE LA, 1876: "Nuevas esculturas procedentes del Cerro de los Santos en el término de Montealegre, adquiridas por el Museo Arqueológico Nacional", *Museo Español de Antigüedades, VII,* 95, láms. I y II.

RAMALLO ASENSIO, S., 1993: "Terracotas arquitectónicas del Santuario de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)", *Archivo Español de Arqueología 66*, p. 71-98.

RAMALLO ASENSIO, S. Y BROTONS YAGÜE, F., 1997: "El santuario ibérico de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia), Espacios y lugares cultuales en el mundo ibérico. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló 18,* p. 257-268.

RAMALLO, S.; NOGUERA, J. M. Y BROTONS, F., 1998: "El Cerro de los Santos y la monumentalización de los santuarios ibéricos tardíos". *Revista de Estudios ibéricos 2*. UAM.

RAMOS FOLQUÉS, A., 1970: "Excavaciones en La Alcudia", en la serie Trabajos Varios del SIP 39, Valencia.

RAMOS FOLQUÉS, A., 1973: "El nivel iberopúnico en La Alcudia de Elche", *Revista Studi Liguri XXXIV 1-3* (Om. F. Benoit, II), p. 363-386, Bordighera.

RAMOS FOLQUÉS, A., 1976: Excavaciones en La Alcudia de Elche (1968 a 1973), en la serie Excavaciones Arqueológicas en *España 91*.

RAMOS FOLQUÉS, A., 1990: "Cerámica ibérica de La Alcudia", *Colección Patrimonio*, Alicante.

RIPOLL PERELLÓ, E., 1986: "D. Juan Cabré Agui ló y los Museos", en *Juan Cabré Aguiló: Encuentro de Homenaje, Institución Fer nan do el Católico* (C.S.I.C.), Zaragoza.

RODRÍGUEZ-ARIZA, Mª O. Y RUIZ SÁNCHEZ, V., 1993: "Acción antrópica sobre el medio natural en el Sureste de Andalucía durante la Prehistoria Reciente y Época Romana", en *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía 1985-1992* (Proyectos), Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía, p. 417-428, Huelva.

RODRÍGUEZ-ARIZA, M. O.; FRESNEDA, E.; PEÑA, J. M. Y LÓPEZ, M., 1999: "Los niveles ibéricos de Fuente Amarga (Galera, Granada)", *XXIV Congreso Nacional de Arqueología,* (Cartagena, 1997), Zaragoza. RODRÍGUEZ DE BERLANGA, M., 1903: *Catálogo del Museo Loringiano, Málaga* (2ª ed., Má la ga 1995, con introducción de P. Rodríguez Oliva).

ROLDÁN GÓMEZ, L., 1986-87: "La necrópolis de Mahora (Albacete)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid 13-14*, p. 245-259.

ROSSI, A., 1982: *La arquitectura de la ciudad*, Barcelona (edición original, en 1966).

ROUILLARD, P., 1979: Investigaciones sobre la muralla ibérica de Sagunto (Valencia), en la serie *Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica 62*, Valencia.

ROUILLARD, P., 1991a: *Les Grecs et la Péninsule Ibérique du VIIIe au IVe siècle avant Jésus-Christ*, Publications du Centre Pierre Paris 21, París.

ROUILLARD, P., 1991b: "L'usage des vases grecs chez les ibères". *Simposio Internacional.Iberos y Griegos: lecturas desde la diversidad. P. Cabrera, R. Olmos y E. Sanmartí* (Eds.). Ampurias 1991. Huelva Arqueológica XIII,1. p. 263-274.

ROUILLARD, P., 1995a: "Les emporia dans la Méditerranée occidentale aux époques archaïque et classique", en *Les Grecs et l'Occi dent* (Actes du colloque de la villa Kérylos, 1991),

Roma, p. 95-108.
ROUILLARD, P., 1995b: "Le pays Valencien et les archéologues français à la fin du XIXe siècle", Saguntum-Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia 29, p. 105-112.
ROUILLARD, P., 1996: "Dis moi qui tu es: "Espagnole", "Salammbô" ou "Carmen", *Formes archaïques et arts ibériques* (R. Olmos y P. Rouillard, eds.), Madrid, p. 34-42.
ROUILLARD, P., TRUSZKOWSKI, E., SIEVERS, S. Y CHAPA, T., 1997: *Antiquités de l'Espagne* (Musée du Louvre, Département des antiquités orientales, dépôt au Musée des antiquités nationales de Saint-Germain-en-Laye), París.
RUIZ BREMÓN, M., 1989: *Los exvotos del Santuario ibérico del Cerro de los Santos*. Albacete.
RUIZ BREMÓN, M., 1989b: "Las falsificaciones del Cerro de los Santos: cuestión de actualización", en Homenaje al Prof. Antonio Blanco Freijeiro. *Estudios de Geografía e Historia 3*, Madrid, p. 131-161.
RUIZ BREMÓN, M. Y SAN NICOLÁS PEDRAZ, Mª P. 2000: *Arqueología y Antropología ibérica.* UNED.
RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS MOLINOS, M. Y HORNOS MATA, F., 1986: *Arqueología en Jaén (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)*, p. 26-33, Diputación Provincial de Jaén, Instituto de Cultura, Jaén.
RUIZ RODRÍGUEZ, A., 1993: "Vida, muerte y resurrección de los iberos", *La antigüedad como argumento: Historiografía de Arqueología eHistoria Antigua* (J. Beltrán y F. Gascó eds.), p. 191, Sevilla.
RUIZ RODRÍGUEZ, A., 1995: "Plaza de Armas de Puente Tablas: new contributions to the knowledge of iberian town planning in the seventh to fourth centuries B.C.", *Proceedings of the British Academy 86*, p. 89-108.
RUIZ RODRÍGUEZ, A., 1998: "Los príncipes ibéricos: procesos económicos y sociales", en Aranegui Gascó, C. (ed.): *Actas del CongresoInternacional 'Los iberos, príncipes de Occidente'*, Barcelona, p. 289-300.
RUIZ A.; MOLINOS, M; LÓPEZ, J.; CRESPO, J.; CHOCLÁN, C. Y HORNOS, F., 1983: "El Horizonte Ibérico Antiguo del Cerro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén). Cortes A y F", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada 8*, p. 251-300.
RUIZ RODRÍGUEZ, A. Y MOLINOS MOLINOS, M., 1984: "Elementos para un estudio del patrón de asentamiento en las campiñas del Alto Guadalquivir durante el horizonte pleno ibérico (un caso de sociedad agrícola con Estado)", *Arqueología Espacial 4,* Teruel, p. 187-206.
RUIZ RODRÍGUEZ, A. Y MOLINOS MOLINOS, M., 1993: *Los Iberos. Análisis arqueológico deun proceso histórico*, Barcelona.
RUIZ, A.; RISQUEZ, C. Y HORNOS, F., 1992: "Las Necrópolis Ibéricas en la Alta Andalucía", en Blánquez, J. y Antona, V. (eds.): *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis* (Madrid, 1991), Serie Varia 1. Universidad Autónoma de Madrid., p. 397-430.
SAEZ DEL CAÑO, T., 1871: "Las antigüedades del Cerro de los Santos", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, I, p. 317-319.
SÁNCHEZ, J., 1998: "La Arqueología de la arquitectura. Aplicaciones de nuevos modelos de análisis a estructuras de la Alta Andalucía en época ibérica". *Trabajos de Prehistoria. 55* (2), p. 89-109.
SANDARS, H., 1913: *The Weapons of the Iberians*, Oxford.
SANTOS VELASCO, J. A. 1994: "Reflexiones sobre la sociedad ibérica y el registro arqueológico funerario". *Archivo Español de Arqueología*. CSIC. 67, p. 63-70.

SANZ GAMO, R., 1980: "Historia de la investigación arqueológica en la provincia de Albacete", *Revista Anales 2*, Anales del Centro Asociado de la UNED, Albacete, p. 173-184.

SANZ GAMO, R., 1998: *Cultura ibérica y romanización en tierras de Albacete: los siglosde la transición*, Albacete.

SAVIRÓN Y ESTEBAN, P., 1873: "Estatua procedente del Cerro de los Santos en la provincia de Albacete". *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos III*, nº 12, p. 177.

SAVIRÓN Y ESTEBAN, P., 1875: "Noticias de varias excavaciones del Cerro de los Santos", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, *V*, p. 125-129, 161-164, 193-197, 229-234, 245-247.

SCHUBART, H.; FLETCHER, D.; Y DE CÁRDENAS, J. O., 1962: Excavaciones en las fortificaciones del Montgó cerca de Denia (Alicante), en la serie Excavaciones Ar queo lógicas en *España 13*.

SCHÜLE, W., 1980: O*rce und Galera. Zwei siedlungen aus dem 3.* bis 1. Jahrtausend v. Chr. im Südosten der Iberischen Halbinsel I. übersicht über die Ausgrabungen 1962-1970, Mainz.

SCHÜLE, W. Y PELLICER, M., 1963: "Ein Grab aus der iberischen Nekropole von Galera (Provincia Granada)", *Madrider Mitteilungen*, vol. 4, p. 39-50.

SCHULTEN, A., 1913: "Hispania", en *Paulys Real-Encyclopädie VIII*, Stuttgart, p. 1965-2046.

STYLOW, A. U., 1995: "Von Emil Hübner zur Neuauflage von CIL II", *Madrider Mitteilungen 36*, p. 17-29.

TEICHNER, F., 1994: "Evora. Vorbericht über die Ausgrabungen am römischen Tempel (1986-1992). Stratigraphische Untersuchungen und Aspekte der Stadtgeschichte", *MDAI(M) 35*, p. 336- 358. TEJERA GASPAR, A., 1979: *Las tumbas fenicias y púnicas del mediterráneo occidental*, Se vi lla.

TORELLI, M., 1981: *Storia degli etruschi, Bari* (trad. esp.: *Historia de los etruscos,* Barcelona, 1996).

TORTOSA, T. (Coor.), 2004: El yacimiento ibérico de la Alcudia: pasado y presente de un enclave ibérico. *Anejos del Archivo Español de Arqueología*. Madrid. CSIC.

TORTOSA, T. Y MORA, G., 1996: "La actuación de la Real Academia de la Historia sobre el Patrimonio Arqueológico: ruinas y antigüedades", *Archivo Español de Arqueología 69*, p. 191-217.

TORTOSA, T. Y MORA, G., 1998: *Historias de Mármol. La Arqueología Clásica españolaen el siglo XVIII*, Madrid.

TORTOSA, T. Y OLMOS, R., 1997: "La heterogeneidad de un símbolo: las otras imágenes" en Olmos, R. y Tortosa, T. (eds.) *La Dama de Elche. Lecturas desde la diver si dad*. Colección Lynx, 2. Madrid, p. 281-295.

TRÍAS, G., 1967-68: *Cerámicas griegas de la península ibérica*. Vol I y II, Valencia, 1968.

TRILLMICH, W., 1991: "In memoriam Antonio Blanco Freijeiro", *Madrider Mitteilungen 32,* p. 232-241.

UNAMUNO, M. de, 1884: Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca, Tesis del doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras, leída en Madrid, el día 20 de junio de 1884 (*Obras Completas,* tomo VI. La Raza y la Lengua. Afrodisio Aguado, Madrid, 1958, p. 89-142).

VALENCIANO PRIETO, Mª C., 1998: "El Llano de la Consolación. El renacer de una necrópolis olvidada", *Revista de Arqueología nº 212*, p. 18-28.

VALENCIANO PRIETO, Mª C.1998: *Una nueva valoración de un grupo escultórico en el sudeste*

de la meseta. El Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete), XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997), Zaragoza.

VALENCIANO PRIETO, Mª C., 1999a: *Recientes investigaciones sobre la necrópolis ibérica de El Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)*, Verdolay, Murcia.

VALENCIANO PRIETO, MªC., 1999b: *La necrópolis ibérica de El Llano de la Consolación, (Montealegre del Castillo , Albacete)*, Albacete.

VÉLEZ, J. Y PÉREZ AVILÉS, J. J., 1987: "El yacimiento protohistórico del cerro de Las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)", *Oretum III*, p. 167-197.

VILÁ PÉREZ, C., 1994: "Una propuesta metodológica para el estudio del concepto "templo" en el marco de la concepción religiosa ibérica", *Pyrenae 25*, p. 123-139.

V.V.A.A., 1994: *Revista de Estudios Ibéricos 1*. La Escultura ibérica, Madrid.

V.V.A.A., 1997a: *Cien años de una Dama. Catálogo de la Exposición*. Ministerio de Cultura, Madrid.

V.V.A.A., 1998a: LOS IBEROS. PRÍNCIPES DE OCCIDENTE, Catálogo de la Exposición, Barcelona.

V.V.A.A., 1999: *Actas del XXV Congreso Nacional de Arqueología*, Valencia.

V.V.A.A., 2002: *La Guerra en el mundo ibérico y celtibérico* (ss. VI-II a.C.). Madrid. Casa de Velázquez.

ZANKER, P., 1987: *Augustus und die Macht derBilder*, Múnich (trad. esp.: Augusto y el poder de las imágenes, Madrid, 1992).

Agradecimientos

Quisiéramos agradecer al Profesor José María Luzón Nogué, Catedrático de Arqueología de la Universidad Complutense de Madrid, su ayuda y enseñanzas desde que me encontraba estudiando la carrera, así como la revisión y las sugerencias que hizo sobre el texto, las cuales han aumentado de manera sustancial la calidad del mismo. También quisiéramos agradecer a Guadalupe López Monteagudo, Investigadora Titular del Instituto de His toria del C.S.I.C. y a Irene Mañas Romero, arqueóloga y amiga, todo el apoyo que me han prestado de manera desinteresada. Igualmente queremos agradecer su ayuda y amistad a Juan Gómez Her nanz, Jorge García Sánchez, Sergio Viejo Guardia, Javier León Merino y a otros muchos/as camaradas y estudiosos/as de la Antigüedad. Por último, pe ro no menos importante, me gustaría hacer una mención especial a Cintia Cano Bollo (la "niña"), paciente compañera y obligada excursionista de innumerables yacimientos y tediosas salas de museos.

nowtilus
www.nowtilus.com

ÍBEROS

Jesús Bermejo Tirado

Guerreros, comerciantes y mercenarios, los íberos fueron una de las culturas más sofisticadas y relevantes del Mediterráneo en la Antigüedad. La intensa y apasionante historia de una civilización de orígenes oscuros que cayó bajo el dominio romano y que constituye la seña de identidad de la Península Ibérica.

La Breve Historia de los Íberos nos invita a recorrer el arte, las costumbres, la cultura, la sociedad y la evolución de las tácticas militares de las comunidades ibéricas que habitaban la Península en época prerromana.

Conoceremos de cerca aspectos tan misteriosos y desconocidos de esta mítica civilización como sus rituales religiosos, sus conjuntos monumentales, los santuarios y los templos, sus costumbres funerarias, el arte de la guerra o el desciframiento de su enigmático sistema de escritura.

La Breve Historia de los Íberos nos descubre un pueblo de guerreros y comerciantes, que mantuvieron relaciones comerciales y culturales muy fluidas con fenicios y griegos y que influyeron de manera esencial en el devenir histórico de la Península Ibérica.

BREVE HISTORIA
www.BreveHistoria.com

Visita la web y descarga fragmentos gratuitos de los libros, participa en los foros de debate temáticos y mucho más.

nowtilus
saber

BREVE HISTORIA de los...

ÍBEROS

Jesús Bermejo Tirado

2ª EDICIÓN

La apasionante y desconocida historia de uno de los pueblos más florecientes de la Iberia prerromana, clave para entender la cultura mediterránea occidental de la Antigüedad.